Brinzal

(Textos infantiles)



Brinzal | Víctor Olaya

2024

Brinzal.
Víctor Olaya.

Copyright ©Víctor Olaya, 2024.

Cuentos

I.

El faraón quiere ir al baño

Después de un par de siglos en el sarcófago, a la momia del faraón le entraron ganas de ir al baño. No era de extrañar, porque los días antes de su muerte habían sido muy calurosos allá en el desierto y no había parado de beber agua. Y claro, todo ese líquido ahora quería salir. El sueño eterno de los faraones no era en el fondo distinto de un sueño normal, y a veces había que levantarse para que uno hiciera sus necesidades.

Abrió el sarcófago y salió a dar un paseo. Tenía el cuerpo algo entumecido, lo cual era lógico después de tanto tiempo sin moverse. Hizo unos estiramientos y se sintió mejor.

A tientas logró encontrar una de las antorchas de la sala. La encendió y vio que allí estaban todas las joyas y los enseres de su ajuar funerario: una taza, un peine, un libro. Se suponía que esas cosas serían de utilidad en la otra vida, pero él ahora se daba cuenta de que quizás no sirvieran de mucho. Lo que él necesitaba ahora era bien distinto: un orinal. Pero por más

que buscó no fue capaz de encontrar uno. ¿Cómo podía ser que nadie hubiera pensado en ello? Se dijo que, si algún día resucitaba y volvía al mundo de los vivos, lo primero que haría sería actualizar el *Libro de los muertos* para incluir aquel detalle.

Salió de la cámara mortuoria y recorrió la pirámide. Aquellos pasillos eran demasiado laberínticos, y a saber cómo se llegaba desde allí hasta el baño. De hecho, ni siquiera estaba seguro de que hubiera un baño, pero esperaba que sí, porque tenía ya bastante urgencia y no creía que pudiera aguantar mucho más.

Encontró entonces un pasadizo secreto, y por él llegó a una estancia en la que había un pequeño cubículo. «Sabía que lo encontraría», dijo aliviado al ver ante sí el retrete faraónico.

Se llevó las manos al pantalón para despojarse de sus vestiduras, y al hacerlo se quedó lívido, incapaz de creer que aquello le estuviera sucediendo a él. Había olvidado algo muy importante: no llevaba pantalones que bajarse. En lugar de eso, sus piernas, al igual que el resto de su cuerpo, estaban recubiertas por capas y capas de venda de lino, bien ajustadas y sin que hubiera forma alguna de quitárselas. Malditas tradiciones, ¿a quién se le habría ocurrido aquello de momificar a los muertos? Empezó a palparse por todas partes para ver si encontraba algún resquicio, pero no había manera. Era inútil.

Definitivamente, había que corregir un par de cosas en el *Libro de los muertos*, aunque eso era ahora lo que menos le preocupaba. Sin nada que hacer allí, intentó no perder la calma y volvió a la cámara mortuoria dando pasos cortitos y sin hacer movimientos bruscos. Apagó la antorcha, se metió en el sarcófago y se tumbó boca arriba, con los brazos paralelos al cuerpo, sin moverse nada para poder aguantar aquellas horribles ganas que tenía de ir al baño.

Así lo encontraron siglos más tarde los arqueólogos, en idéntica postura y con el gesto constreñido que tienen todas las momias del Antiguo Egipto, y que ahora ya sabéis a qué se debe.

El legañosaurio

El dinosaurio más fascinante de cuantos han existido —y también uno de los más sucios— es sin duda el legañosaurio o gran saurio legañoso. Este dinosaurio tenía un cuerpo descomunal, un cuello gigantesco, una enorme cola y unas patas más gruesas que el tronco del mayor de los árboles, pero lo más grande que tenía eran sus ojos, desproporcionados y redondos como pequeños planetas.

Al legañosaurio le gustaba mucho dormir y, a diferencia del guaposaurio, que era muy presumido y se acicalaba con flores todas las mañanas, nunca se lavaba sus ojos ni iba al río a echarse agua a la cara. Por eso, al cabo del tiempo se le acababan formando unas legañas inmensas que podían incluso ser más grandes que su propio cuerpo.

Aunque por su tamaño y por sus ojos cubiertos de legañas tenía un aspecto de lo más intimidante, el legañosaurio era en realidad un animal muy pacífico. Se alimentaba de hierbas

y hojas, y a veces se comía alguna de sus legañas cuando nadie le miraba. No tenía enemigos, ya que el sabor de sus legañas no gustaba a ningún predador, y nadie intentaba cazarlo.

Aunque sabían que era inofensivo, los animales más pequeños temían al legañosaurio por su gran tamaño y se apartaban al verle llegar, porque pensaban que no los vería y podría aplastarlos. Pero el legañosaurio tenía una vista muy afilada y nunca pisaba a nadie. Y como era muy educado, siempre cedía el paso.

Cuando no era conveniente estar cerca del legañosaurio era en el momento en el que aquellas grandes legañas caían de sus ojos. Esto sucedía unas pocas veces a lo largo de su vida, pero era un espectáculo tan grandioso que todos los animales del bosque que lo contemplaban (eso sí, a una distancia prudencial) no lo olvidaban jamás.

Las legañas, en bloques descomunales, se desprendían y rodaban colina abajo como una avalancha, llevándose por delante todo cuanto encontraban a su paso. Al llegar a la parte baja de los valles, se desmenuzaban y formaban unas llanuras fértiles en las que los pájaros iban a picotear con frenesí para buscar los insectos que habían quedado atrapados en ellas.

El legañosaurio, ahora más ligero después de haber soltado el lastre de sus colosales suciedades, saltaba y corría por el bosque como un chiquillo. Aunque pronto se cansaba y se echaba a dormir una de sus siestas de varios días, y ahí las legañas empezaban de nuevo a acumulársele.

En ocasiones, las legañas que caían de los ojos del legañosaurio acababan llegando hasta el mar, donde daban lugar a un espectáculo aún más majestuoso. Como eran poco densas, flotaban sobre las olas y se iban alejando de la costa a lomos de estas, como enormes icebergs. Y por debajo de la superficie, los peces y los pulpos iban a lamer los grandes bloques, porque mezcladas con el agua salada las legañas dejaban de ser un plato incomestible y se convertían en un verdadero manjar.

El legañosaurio era una especie desconocida para la ciencia hasta hace bien poco. Hoy sabemos que existió gracias al único fósil encontrado hasta la fecha, que apareció en el lugar que desde entonces se conoce como «Vaguada de las Legañas». Se trata de un ejemplar viejo que se estima que murió con casi doscientos años de edad, y que quedó atrapado dentro de sus propias legañas, las cuales preservaron el esqueleto fosilizado durante millones de años. Todo el suelo de este yacimiento está formado por legañas prehistóricas ricas en elementos nutritivos, y a causa de ello se encuentra cubierto por miles de flores multicolores que crecen sanas y vigorosas.

El fósil fue descubierto por el profesor Roberto Perezossi, un eminente paleontólogo que nunca se levantaba antes de las diez de la mañana y siempre tenía cara de dormido. Fue el profesor Perezossi quien formuló la hipótesis de las legañas, al ver que la materia del suelo donde apareció el fósil no era tierra corriente, y que le recordaba a lo que se le formaba

en sus ojos durante sus largas siestas. El profesor Perezossi dedicó el descubrimiento a su madre, quien cuando era niño le regañaba todos los días antes de ir al colegio por no lavarse la cara.

El fósil del legañosaurio se expone en el Gran Museo de las Legañas Animales, una exposición que abre cuando se despierta su dueño (siempre tarde), y en la que está prohibido entrar después de tomar café.

Sopa de letras

La señora Castán intentaba convencer a su hija de que probara un pequeño trozo de tomate.

—Pero, mamá, no me gusta —protestaba.

—No lo has probado nunca, ¿cómo puedes saberlo?

—Sí que lo he probado. Y no me gusta.

—No es verdad.

—¡Claro que sí!

La madre odiaba esta clase de discusiones, pero más odiaba que su hija le mintiera.

—Papá, por favor, hazme una sopa de letras.

El padre, que tenía menos aguante y le concedía más caprichos a su hija, le preparó una sopa de letras.

—Pero el próximo día te comes el tomate, ¿eh?

La niña cogió entonces la sopa, aunque, en lugar de comérsela, buscó en ella algunas letras, las sacó del plato, y con ellas escribió sobre la mesa:

T - O - M - A - T - E

—¿Veis? Así puedo probar todo lo que quiero. Y el tomate ya lo he probado y no me gusta.

—Muy graciosa… —dijo la madre enfadada.

—Es en serio, mamá. Prueba, prueba.

La madre, con cara de cansancio, y para que su hija se dejara de tonterías, cogió las letras y se las comió. Y para su sorpresa… ¡sabían a tomate!

—No puede ser verdad —dijo confundida.

—A ver, déjame ver a mí —dijo el padre.

La niña se apresuró a escribir la palabra de nuevo y el señor Castán, lleno de asombro, confirmó que aquello sabía, efectivamente, a tomate.

—¿Tenía o no tenía yo razón? Mirad esto.

Y escribió:

S - A - R - D - I - N - A

—Probad.

—¡Sabe a sardina! —gritaron los dos padres al mismo tiempo, sin haber siquiera terminado de masticar.

Desde ese día, no hubo cena en la que no se preparara en esa casa una sopa de letras (además de otros platos, porque había que seguir llevando una dieta equilibrada), y con ella degustaban toda clase de manjares.

Escribían, por ejemplo,

C - A - V - I - A - R

y se daban un atracón sin tener que dejarse el sueldo del mes.

A veces no era fácil encontrar todas las letras necesarias, pero con el tiempo cogieron práctica en dar con platos suculentos y que tuvieran pocas letras. Además, como había menos letras que comer, no empachaban tanto.

Usando un poco la imaginación, probaron platos exóticos y comidas en las que antes ni siquiera hubieran pensado. Y un día, se les ocurrió llevar sus exploraciones gustativas un paso más allá y probar toda clase de cosas, incluso si no eran comestibles.

—¿Qué os parece esto? —preguntó el padre, y a continuación escribió:

M - E - S - A

—¡Pero, papá! Eso tiene que saber horrible.

—Habrá que probarlo para saberlo —le respondió él, que al minuto confirmó que no estaba malo, aunque tenía demasiado regusto a barniz.

Así continuaron, más imaginativos cada día, y probaron, entre otras cosas, el caldo de oruga, el calamar gigante que vive en las profundidades marinas, un vampiro con alioli, un acorde de fa menor, un relámpago, o la carne de pterodáctilo poco hecha. No había ningún sabor que aquellas letras mágicas no pudieran darles.

—Podríamos probarnos a nosotros mismos —propuso un día la señora Castán mientras comenzaba a deletrear el nombre de su marido.

—Quita, quita —dijo él—, eso no me da buena espina.

Una tarde, cuando fueron a comprar más letras de pasta en el supermercado, descubrieron que ya no había. Seguían estando allí las pastas de todas las formas y colores, pero las que tenían forma de letras no aparecían por ninguna parte.

—Parece ser que ya no las fabrican —les dijo un empleado al que preguntaron—. Aunque no se preocupen, que la semana que viene traeremos de otra marca.

Las nuevas letras de pasta llegaron a la semana siguiente, y esa misma noche cocinaron una buena cantidad de ellas y las sirvieron en el centro de la mesa. Pero se llevaron una gran decepción al ver que sabían…a pasta. No eran letras mágicas como las anteriores, y daba igual la palabra que uno escribiera: siempre tenían el mismo sabor.

Buscaron en otros supermercados, preguntaron en todas partes, pero ya nunca encontraron esas letras mágicas. Sus cenas volvieron a ser como las de cualquier familia normal.

Por si algún día vuelven a encontrar esa marca de letras de pasta, han dejado en la cocina un papel en el que cada cual puede anotar los sabores extravagantes que se le vayan ocurriendo. Si tuvieras esas letras mágicas, ¿cuál te gustaría probar a ti?

El pirata duplicado

Cuando el pirata Berberecho terminó de saquear el barco de la Bruja de las Aguas Turbias, esta, furiosa al ver cómo le robaban sus preciadas gemas, gritó:

—¡Maldito seas, Berberecho! Yo te maldigo por llevarte mis joyas. A partir de ahora, las cosas en la vida te vendrán por duplicado. Ese será tu castigo por ser tan malvado.

—¡Pues menuda birria de maldición! —dijo él riéndose—. ¡Eso es más bien un regalo!

—Ya verás, ya, cómo sufres por ello —respondió la bruja poniendo su peor cara de odio.

—Tonterías

Y sin parar de reír, se metió en su barco a contar su botín y puso rumbo hacia una nueva fechoría.

Echó un trago de ron y pensó que, si lo que la bruja decía era cierto, la próxima botella de ron que consiguiera no sería

solo una, sino dos. Esta bruja era bastante tonta si pensaba que aquello sería una maldición.

Al llegar a puerto una semana más tarde, decidió utilizar su dinero en procurarse un aspecto más acorde con su oficio y con la fama de pirata sangriento y feroz que empezaba a crearse. En realidad, el pirata Berberecho era todavía un principiante y no tenía tras de sí una gran carrera de malhechor. Vestía de traje y corbata, ya que venía de una familia adinerada, y acababa de terminar sus estudios de Piratería y Saqueo Naval en una carísima universidad privada. Ahora que surcaba las aguas en busca de inocentes a los que robar, era hora de ir adecuando su atuendo.

Encontró una sastrería y pidió que le enseñaran algunas ropas andrajosas. Tenían mal aspecto, sí, pero eran de seda y paño fino, y además muy caras, pues aquella era la última moda entre los jóvenes de buena familia que querían aparentar ser rebeldes. Le parecieron perfectas.

—¡Enhorabuena! —le dijo el vendedor—. Es usted nuestro cliente número mil, y como premio se lleva… ¡otro conjunto igual al que ha comprado!

—Esto debe ser la maldición de la bruja —dijo el pirata—. Yo tenía razón, esta maldición es… ¡una bendición!

—¿Disculpe?

—Nada, nada, tranquilo. Cosas mías.

El pirata salió de allí con sus nuevas ropas ya puestas y fue a la pajarería a buscar un loro. No hay pirata que se precie que no lleve un loro. Escogió el más caro, uno con buen *pedigree*

que sabía ya hablar tres idiomas, se lo puso en el hombro y volvió al barco. El loro era tan hermoso que todas las loras lo encontraban irresistible, y al poco tiempo de caminar, una de ellas se posó en el otro hombro del pirata con cara de enamorada. Era una lora también muy seductora, y el loro quedó prendado de ella. Ahora el pirata ya tenía dos loritos. La maldición de la bruja era maravillosa, no había duda.

Como esperaba tener mucho trabajo saqueando barcos cargados de oro y joyas, contrató a un ayudante para poder gestionar mejor su tripulación. Resultó que el joven aprendiz no solo era un muchacho muy eficaz, sino que además tenía un hermano gemelo que también quería iniciarse en las artes de la piratería, y que estaba dispuesto a subirse a bordo sin cobrar ningún sueldo. Dos ayudantes por el precio de uno, eso sí que era suerte.

La vida del pirata se iba poco a poco llenando de cosas duplicadas. En la ropa empezaron a aparecerle dobleces dobles, anunciaba sus ataques con un redoble de tambor, bailaba pasodobles para celebrar sus victorias, y para doblegar a sus enemigos ya no empleaba el clásico sable pirata, sino un mandoble de doble filo.

Sin embargo, pronto empezó Berberecho a darse cuenta de que no siempre es bueno tenerlo todo repetido.

El loro y la lora no paraban de hacerse carantoñas y hablar sin parar, y le ponían al pirata la cabeza como un bombo, de tal manera que no le era fácil concentrarse en perpetrar sus

maldades. Con el griterío que hacían los loros, no era capaz de luchar con la misma destreza que antes.

Además, los gemelos eran tan iguales que la mayor parte del tiempo los confundía y no recordaba a quién de ellos le había dado una orden, y su labor como capitán de barco pirata era un completo desastre.

Todo parecía irle bien hasta que un día, al atacar una carabela que creía que sería una presa fácil, resultó que tenía al frente no a uno, sino a dos capitanes experimentados en plantar cara a los piratas, y que además contaban con el doble de cañones. El intento fue un fracaso, y Berberecho tuvo que batirse en retirada. Y por si esto fuera poco, perdió un ojo en la refriega. Qué gran disgusto, su primera derrota y encima salía así de malherido. «Aunque no hay mal que por bien no venga», se dijo. «Ahora tendré un aspecto aún más duro y me temerán todavía más». Se puso un parche negro en el ojo y se convenció de que así no necesitaría ni desembarcar para intimidar a sus víctimas. Y con ese ánimo, se lanzó al abordaje de un nuevo barco.

Tampoco esta vez tuvo suerte, y además de no conseguir botín alguno, perdió una pierna. La verdad es que no le pareció tan malo, porque un buen pirata debía tener una pata de palo para parecer más fiero. Él ahora ya tenía un parche en el ojo y una pata de palo, así que, en el fondo, tenía mucha suerte. Su prometedora carrera de pirata temido en todos los mares no había hecho más que empezar.

Para celebrarlo y curarse bien de sus heridas, navegó hasta el Caribe con la idea de pasar unos días tumbado en la playa sin hacer otra cosa que beber zumos. Pero una mañana, mientras descansaba sobre la arena mirando el azul del cielo, pasó por encima de él una gaviota que fue a hacer sus aéreas necesidades cuando se encontraba sobre su cara, y el maloliente proyectil fue a caer justo en su ojo sano. Como resultado, perdió también este, y en vez de su parche intimidante, sus marineros, que empezaban a perderle el respeto, le pusieron una especie de máscara de carnaval sin agujeros.

La maldición de la bruja empezaba a hacer de las suyas, pero aún quedaba mucho por llegar.

Esa misma tarde, al pirata le apeteció darse un baño en el mar. Como ya no tenía ningún ojo con el que ver, no se dio cuenta de que el agua estaba infestada de tiburones, y al meter el pie que le quedaba sano para asegurarse de que no estaba demasiado fría, uno de enormes dientes se merendó toda su pierna. Le pusieron una segunda pata de palo (eso sí, muy exótica, porque estaba hecha de madera tropical), y a partir de ese momento tuvo que hacer sus abordajes con muletas y tanteando para ver por dónde pisaba.

Estaba claro que la maldición de la bruja era una verdadera desgracia, pero aún así estaba decidido a seguir su carrera de pirata. Y aunque empeño y moral no le faltaban, su valía como pirata era ya muy limitada. Cuando su barco se acercaba a otro para abordarlo, le veían en la cubierta con

su máscara de carnaval y sus muletas, y en lugar de provocar terror daba bastante pena.

El pirata Berberecho acabó sus días la mañana de un frío 2 de febrero, cuando, al llevar a su barco el botín de uno de sus saqueos (este sí completado con éxito, por sorprendente que parezca), tropezó y cayó al mar. Antes de que sus marineros consiguieran rescatarlo, lo atrapó un pulpo gigante al que le pareció muy apetitoso comerse un pirata sin barba. Berberecho pudo librarse de él dando golpes con sus muletas, pero entonces vino un segundo pulpo y ya no tuvo nada que hacer.

Nadie echó de menos al pirata Berberecho, porque los piratas no tienen amigos. Y si los tienen, son tan malos y fríos como ellos y nunca dirán que están tristes, aunque luego en la intimidad de sus camarotes se harten a llorar pensando en los compañeros que se han ido. Como su historia era tan peculiar, el famoso biógrafo Segundo Reincidente escribió un libro con sus andanzas, del cual tan solo se vendieron dos ejemplares. Y como, incluso después de muerto, al pirata Berberecho le han de llegar las cosas por duplicado, yo he escrito esta otra historia contando su vida.

Si te ha gustado, puedes leerla una segunda vez para así continuar la curiosa maldición del pirata Berberecho.

Historia del relieve

Todo se inició con el rey Cúspido I, apodado «El Elevado», quien decidió que quería tener la capital a mayor altitud de todo el continente. Dio a cada uno de sus súbditos una pala y un cubo, y les ordenó que apilaran tierra hasta construir una montaña lo más alta posible en el centro de la región. El trabajo se prolongó durante años, con toda la población dedicada a esta descomunal empresa, pero a la muerte del rey aún no se había alcanzado altura suficiente.

Su heredero, Cúspido II, conocido como «El Más Elevado», continuó la labor, y con los años no hubo un lugar a mayor altura que el de aquella montaña. En la angosta cima, Cúspido II estableció su palacio, pero como no cabía en ella más que una persona, aquello en lugar de palacio era más bien una pequeña cabaña, y además no había manera de alojar a la servidumbre. Cúspido II murió de hambre al cabo de una semana, pues es bien sabido que un rey no sa-

be ni hacerse un huevo frito por sí mismo sin ayuda de sus sirvientes.

A Cúspido II le siguió Terroliso, también llamado «El Nivelado», que era un rey mucho mejor, muy cabal y justo. Al contrario que su padre, Terroliso no era amigo de aquella gran montaña. Decretó que, bajo su mandato, ningún habitante de su reino debía tener más que los demás, y eso también incluía la altura de sus terrenos, así que hubo que desmontar la gran montaña para que el territorio de sus dominios fuera una única planicie llena de casitas idénticas. Terroliso fue un rey muy querido, pero por desgracia murió al caer de un bordillo de medio palmo de altura que, en aquel momento, era el mayor relieve de todo su reino.

El primogénito de Terroliso y heredero del trono real fue Dolino, conocido como «El Profundo», mucho menos responsable y bondadoso que su padre. A Dolino le gustaba salir por la noche y le molestaba la luz del sol cuando se acostaba de madrugada después de venir de fiesta. Y como en aquellos tiempos aún no se habían inventado las persianas, decidió que la capital del reino debía situarse en el fondo de un enorme agujero. De esta manera, la ciudad estaría casi siempre en sombra como si se encontrara en lo más hondo de un pozo.

Se tardó muchos años en excavar una depresión de la profundidad suficiente. Cuando al fin se completó el trabajo, Dolino levantó en el fondo del gran agujero su palacio real. Pero el primer día, cuando se acostó después de una de sus no-

ches de fiesta, cayó una tormenta que inundó toda la ciudad al completo, ya que los ingenieros habían olvidado añadir un drenaje. Dolino murió ahogado esa misma mañana, y así comenzó una nueva etapa en el relieve de este singular territorio.

El primero en la línea sucesoria de Dolino era su hijo Ondulino, que asumió el mando del país y pasó a la historia con el sobrenombre de «El Rizado», no porque tuviera el pelo de aquella manera, sino porque dejó el paisaje como la superficie de una patata rizada. Aunque en realidad, lo que a Ondulino le gustaba no eran las patatas fritas, sino las que aún están enterradas en la tierra, ya que su gran pasión era la agricultura.

En cuanto subió al poder, dictaminó que su reino debía tener el mismo relieve que una gran huerta, surcada de bancales perfectamente alineados. Y durante los siguientes años, el pueblo se dedicó a darle esa forma a su relieve.

A la muerte de Ondulino, quedó al cargo su hermano Oblicuo, más tarde conocido como «El Inclinado». Al rey Oblicuo le apasionaban los deportes de invierno, y, por no ser menos que sus predecesores, decidió que había que cambiar la configuración del relieve una vez más, en esta ocasión para convertir todo el país en una enorme pendiente.

Tras años de trabajo, todo el territorio se convirtió en una gran ladera, y desde cualquier punto uno podía deslizarse montaña abajo sobre sus esquís hasta la frontera del reino. El rey Oblicuo instaló su morada en la parte más alta, de tal ma-

nera que podía recorrer de un extremo a otro sus dominios sin más que dejarse caer.

Los sucesivos reyes continuaron moldeando el relieve a su antojo durante numerosas generaciones, hasta que Mesetario «El Escalonado», tras haber dejado el reino con un relieve hecho de terrazas perfectamente horizontales, murió sin descendencia ni herederos y no hubo quien ocupara su trono.

El pueblo, cansado de soportar tantos delirios, aprovechó entonces para deshacerse de su dinastía de reyes y eligió un presidente. Este, con menos deseo de grandeza que sus predecesores, hizo saber a los ciudadanos que no haría ya más cambios en el paisaje.

Sin embargo, y puesto que aquellas terrazas no eran del agrado de todos, los invitó a que dieran forma al relieve como ellos quisieran. Y así, cada cual fue moviendo un poquito de tierra aquí y otro allí, haciendo desmontes y terraplenes, dándole tierra al vecino o poniéndola en su terreno, de manera que al cabo de los años quedó este relieve actual de colinas tan hermosas con el que todos estaban satisfechos.

Para recordar los errores del pasado y no volver a repetirlos, se construyó en la capital del país un parque en recuerdo de aquellos viejos tiempos, con una estatua por cada uno de los reyes. A diferencia de las estatuas normales, estas estaban hechas de arena, para que cualquiera que pasase por el parque pudiera modelarlas a su antojo.

A día de hoy, según escribo esta historia, una de ellas tiene forma de piruleta y las otras forman una playa en la que los niños hacen castillos con cubos y palas.

Los nombres cambiados

En la clase de la maestra Rubio, todos parecían tener sus nombres y apellidos equivocados. Quiero decir, todos se llamaban de alguna manera que no era la que les correspondía, sino todo lo contrario. Por ejemplo, la propia profesora Rubio, que tenía una melena larga y de color negro azabache, y que habría sido más adecuado que se apellidara Moreno.

El que sí se apellidaba Moreno era el niño más trabajador de la clase, un tal Luis Moreno Gandul, pero él tenía el pelo rubio como el oro. Aunque si había un pelo que llamara la atención, ese era el de Sandra Calvo, una niña menuda y con una larguísima melena castaña que era la envidia de todos.

El delegado de clase era el bueno de Alberto Flaco, un niño inteligente y algo gordito. Solía juntarse con Ángel Bravo, a quién le asustaba que le dieran un balonazo y no le gustaba jugar al fútbol, asú que pasaban el recreo jugando a las cartas.

En general, eran todos buenos estudiantes y se portaban bien. La única que andaba siempre haciendo travesuras y peleándose con todos era Paz Flores, que traía de cabeza a la maestra Rubio.

—¿Por qué no la llamaron simplemente Inés o Sara? —les dijo una vez a sus padres, que no entendieron por qué les preguntaba algo así.

También le daba trabajo el pequeño Raul Parado, que aunque sacaba buenas notas, era demasiado inquieto y estaba todo el tiempo moviéndose de un lado a otro.

—Toma ejemplo de tu compañero Jorge, que mira lo bien que se porta —le decía la maestra.

Se refería a Jorge Travieso, el niño más obediente y aplicado de toda la clase. Se sentaba al lado de Manuel Viejo, un pequeño con gesto infantil y cara de estar todavía en el preescolar.

Pero la alumna preferida de la profesora era Laura Pena, una muchacha siempre alegre y risueña. Incluso el día que se le rompió su muñeca favorita en el recreo mantuvo su sonrisa y su carácter optimista. Los demás niños intentaron animarla y arreglar la muñeca, aunque ella dijo que la llevaría a casa y que quizás sus padres pudieran coserla. El único que no se acercó para consolarla fue Samuel Magdaleno, que no es que fuera mal chico, pero nunca tenía ningún gesto tierno.

En lo que coincidían todos los niños era en que las clases les gustaban mucho, y por eso llegaban siempre puntuales a

ellas y con muchas ganas de aprender. Bueno, todos menos Pedro Madruga, al que siempre se le pegaban las sábanas.

Al inicio del curso, la maestra se puso muy nerviosa, porque se dio cuenta de que en las listas tenía una nueva alumna: Dulce Bueno. Con ese nombre, ¡esa niña tenía que ser un demonio! Por suerte, la pequeña no hacia honor a su nombre (o al contrario de este, más bien), sino que era una niña muy normal, agradable y buena estudiante. Hizo buenas migas con Juan Arisco, que era un chiquillo de lo más amistoso, y juntos se pasaban el día jugando y haciéndose bromas.

A partir de ahí, todo volvió a ser como siempre, y la curiosa tradición de la clase seguía funcionando de manera infalible. Cada niño nuevo que entraba tenía su carácter y su apellido, y el uno era siempre el opuesto del otro.

Cuando la profesora Rubio cambió de colegio, los niños se entristecieron. Era una buena maestra y le habían cogido cariño. Sin embargo, se alegraron mucho cuando vino el nuevo profesor que habría de encargarse de ellos de ahí en adelante. No era para menos, porque nada más conocerle supieron que iba a ser un magnífico profesor.

—Chicos, os presento a vuestro nuevo tutor, el profesor Severo Seco — dijo el director.

Y los niños al oírlo se pusieron a dar saltos.

Una mancha de huevo frito

Aquel día don Copioso, el mejor cliente del restaurante, se sentó a la mesa, se puso la servilleta al cuello y, cuando el camarero vino a darle la carta, hizo un ademán para hacerle saber que no era necesario.

—No se moleste, hoy ya sé lo que voy a pedir —dijo con voz solemne.

Al dueño, que escuchaba desde el otro lado de la sala, aquello le pareció una buena señal. Don Copioso pedía siempre un montón de platos, así que, si ya lo tenía todo tan claro, solo cabía una posibilidad: ¡iba a pedir la carta entera!

Sin embargo, todos se llevaron una gran sorpresa cuando le escucharon decir:

—Tomaré nada más que un huevo frito. Y traiga bien de pan para mojar, por favor.

El dueño mandó al cocinero a freír el mejor huevo que tuvieran y le dio instrucciones de que la yema estuviera en

su punto. Había que cuidar a don Copioso si querían que volviera por allí con su providencial apetito.

Dio la casualidad de que ese día, al ir comprar el género al mercado, el cocinero había encontrado un huevo que le había llamado mucho la atención. Era más esférico que los otros, tenía un brillo extraño y, por alguna razón, le pareció de una calidad superior. Era, sin duda, el huevo perfecto para servírselo a tan distinguido cliente.

Cuando el huevo estuvo listo, se lo llevaron al señor Copioso, que cortó un trozo de pan con mucha miga y lo sumergió en la yema. Se lo llevó a la boca y el huevo resulto ser tan exquisito que el señor Copioso se quedó extasiado. Con la emoción, se le derramó un poco de yema, que fue a caer sobre la servilleta que tenía prendida del cuello.

La mancha de huevo, en lugar de quedarse en la servilleta, comenzó sin embargo a avanzar veloz en todas direcciones. Salió de la servilleta y ocupó el traje al completo, dejándolo cubierto de una película amarilla, y se extendió por la cara y el cuerpo del señor Copioso, que no se dio cuenta por estar disfrutando de su delicioso bocado.

Cuando la mancha llegó al suelo, comenzó a expandirse por el restaurante y el resto de comensales. Luego salió a la calle, cubrió de amarillo la calzada y los edificios, y así fue colonizando la manzana, el barrio, la ciudad, el país y el planeta entero.

No era solo una simple mancha de color amarillo, sino que lo que tocaba lo cubría de verdadera yema de huevo. Las

personas se chupaban los dedos y se sorprendían de lo sabrosos que estaban, aunque al mismo tiempo se preocupaban al ver que se iban convirtiendo en una sustancia pringosa y amarilla.

El saxofonista que en ese momento tocaba en el club de jazz junto al restaurante empezó a notar que su saxofón sabía a huevo y, con la sorpresa, se equivocó de canción. Aunque nadie se dio cuenta de ello, porque estaban distraídos viendo cómo se les llenaba de yema el cuerpo y la ropa. Y en la piscina municipal, los niños que chapoteaban se vieron de repente bloqueados en un fluido denso, y a los que iban buceando les costó mucho salir a la superficie a respirar.

Al cabo de un rato, mientras Don copioso se entretenía en relamerse una y otra vez los bigotes que no dejaban de llenársele de huevo, todo el planeta se había convertido en una enorme yema amarillenta.

Astrónomos de todas las civilizaciones de la galaxia contemplaban atónitos el suceso. Algunos incluso propusieron que a partir de ese momento el planeta Tierra pasara a denominarse planeta Yema.

Sin embargo, en ningún lugar del universo se observaba esta transformación como desde el planeta Mendrugo, en el Sistema Solar de Panseco. Allí, tras un enorme telescopio, dos hombrecillos comentaban el fenómeno.

—Jefe, la operación ha sido un éxito —dijo uno de ellos.

—¿Está ya el objetivo listo para que mojemos allí nuestro planeta?

—Confirmado.

—Entonces, ha llegado el momento.

Y a una señal del segundo hombrecillo, se encendieron unos descomunales propulsores que sacaron al planeta Mendrugo de su órbita y lo pusieron rumbo a la Tierra.

Quiero decir, a la Yema.

Cartas

El señor Fournier es muy bajito, más o menos del tamaño de una carta de poker. Y siendo así, un día pensó que no necesitaba una casa de ladrillo como el resto de personas, sino que le iría mucho mejor vivir en un castillo de naipes.

El castillo de naipes del señor Fournier no es una de esas pequeñas manualidades hechas con una sola baraja, qué va. El suyo está construido con muchas de ellas, y con todas las comodidades que puedan imaginarse. Tiene el tamaño de una pequeña tienda de campaña, y lo ha puesto en una parcelita donde crece la hierba sin que nadie la corte, de tal modo que en primavera a él le parece estar en mitad de un bosque frondoso.

Los paseantes que no conocen al señor Fournier miran el castillo con extrañeza cuando pasan por delante. Y él, a su vez, cuando quiere observarles y curiosear lo que sucede en el barrio, abre un poco las contraventanas (hechas con

dos ases de picas), enrolla un dos de tréboles formando un tubito y mira a través de él.

—Qué bien se ve todo con este *cartalejo* —se dice a sí mismo mientras recorre la calle con su peculiar anteojo.

El señor Fournier deja que todo el que quiera entre por el jardín y admire su casa, de la que está muy orgulloso, e incluso invita a la gente a asomarse y ver lo que hay dentro. Es amistoso con todo el mundo, salvo cuando algún niño travieso viene a hacer una gamberrada o intenta robarle alguna carta de una de las paredes o del tejado. Entonces, muy enfadado, defiende su castillo de naipes como si de un verdadero castillo medieval se tratara, e incluso saca la artillería que guarda en el sótano si así lo cree necesario.

—Es hora de usar la *cartapulta* —dice mientras dobla una carta y dispara con ella para disuadir a los intrusos.

Sin embargo, el señor Fournier es bondadoso y no quiere hacer daño a nadie, menos aún a un niño, y usa como proyectiles gominolas de fresa y pequeñas bolitas de azúcar.

—¿Caramelos? —dice sorprendido un chaval al que acaba de alcanzar en un brazo—. ¿Ese señor está disparando caramelos?

—*Cartamelos*, estos son *cartamelos* —corrige el señor Fournier—. Pruébalos, que están riquísimos.

Y el niño se lo mete en la boca y se va de allí contento mientras lo saborea, corriendo para que no le alcance otro disparo.

—¡Cuidado no corras tanto, que te vas a dar un *cartañazo*!

Hay días en los que al señor Fournier le apetece parecer elegante y se disfraza de rey de corazones, porque además dice que así se siente más parte de la casa.

—¿De qué va vestido? —le pregunta un vecino que ha venido a saludarle.

—Es mi disfraz de *Cartaval*. ¿A que me sienta bien? —responde él orgulloso.

Cuando el señor Fournier levantó su castillo de naipes, le preocupaban la lluvia y el viento, pero puso tanto empeño en hacer una construcción sólida y resistente que no hay tormenta que pueda hacerle ni un mínimo rasguño. Y ahora, de hecho, los días lluviosos son sus preferidos, porque en ellos aprovecha para salir a navegar en cualquier charquito o arroyuelo que se forme con la lluvia. Junta unas cartas para hacer una especie de balsa, pone dos o tres más enganchadas en la proa haciendo de vela, y así se construye un barquito de lo más práctico. O como él lo llama, un *cartamarán*.

Y si el charco es de más tamaño, le basta añadir más cartas y formar un velamen mayor.

—Allá va el señor del castillo de naipes con su galeón —dice una señora desde debajo de su paraguas.

—A mí me gusta más decir que es una *cartabela*. Como las de Colón, ya sabe —responde él.

Hoy el señor Fournier se queda en casa, tumbado en su cama y tapado con una de sus cartas a modo de manta. El día es soleado, pero ayer salió a navegar con sus barquitos y

acabó calado como una sopa, y esta mañana se ha despertado con un gran resfriado.

—Parece que me he *acartarrado* —se lamenta con la nariz llena de mocos.

El rey Migas

Cuando el dios Dioniso preguntó al rey Migas qué deseo quería que le concediera, este lo tuvo claro:

—Quiero que todo lo que toque se convierta en pan.

Debéis saber que el rey Migas no era un rey avaro, de esos que quieren siempre más riqueza, pero sí muy glotón, y la idea de poder convertir todo lo que tocase en un pan suculento le pareció fascinante.

—¿Está seguro? ¿No prefiere convertirlo en oro? —le preguntó el dios para confirmar.

Y el rey Migas le respondió que no, que aquello era lo que quería, y que no le hacía falta pensárselo más.

—Oro no quiero, pero que la corteza del pan esté bien doradita, eso sí.

Y el dios Dioniso le concedió el deseo.

El rey Migas ahora salía a dar un paseo y le bastaba poner su mano en una ramita para tener un delicioso colín. Si

quería una *baguette*, tocaba una rama más gruesa. Si quería un panecillo, agarraba un pedrusco. Y si quería una hogaza, cogía una piedra más grande.

Al despacho del rey Migas llegaban sus consejeros con papeles y documentos que necesitaban la firma real. Pero en lugar de firmarlos, el rey Migas los tocaba y los convertía en tostadas, pedía un poco de mantequilla, y allí mismo se los comía.

—Queda aprobado este presupuesto —decía con la boca todavía llena.

Gracias a ese poder del rey Migas, nadie en su reino pasaba hambre. De vez en cuando, el monarca se paseaba por las calles de la capital para ver a sus súbditos y, si los veía hambrientos, le bastaba tocar cualquier cosa vieja e inservible para convertirla en un pan nutritivo y recién hecho. Como ya supondréis, era un rey muy querido.

Además de comerlo sin parar y hacerse con él unos bocadillos riquísimos, el rey Migas le encontraba muchos otros usos al pan. Con el tiempo, la mitad de las cosas del reino acabaron estando hechas de pan.

Por ejemplo, los ejércitos del reino ya no disparaban bolas de metal, sino molletes de pan duro, más fáciles de fabricar pero igual de mortíferos. Y en palacio, los colchones de plumas habían sido sustituidos por unos de pan de molde. El propio rey los fabricaba nuevos cada noche, y así estaban siempre de lo más mullido.

De comer tanto pan, el rey empezó a engordar.

—Majestad, deberíais hacer un poco de ejercicio —le dijo un día uno de sus consejeros.

Y el rey Migas cogió una barra de pan, le clavó dos grandes hogazas tiernas en los extremos, y así se hizo unas pesas para mantenerse en forma.

Como veis, el rey Migas era un rey de lo más feliz, y el suyo, un reino muy próspero.

Acordaos de él cuando desayunéis vuestras tostadas o merendéis un bocadillo, y pensad que, aunque no lo parezca, el pan es mucho mejor que el oro.

El señor Kópek

Como cada mañana, el señor Kópek se levantó al salir el sol. En la tierra del señor Kópek, el sol no se alzaba desde el horizonte, sino que estaba siempre en el mismo lugar, justo en el punto central de la bóveda celeste. A la hora del amanecer, simplemente se encendía. Y al final del día, se apagaba. Además, el sol en la tierra del señor Kópek no era redondo, sino que tenía forma rectangular, como si hubiera una gran ranura allá en el cielo por la que entrara la claridad.

Aquel día era domingo. El señor Kópek se dispuso a esperar la extraña lluvia que llegaba cada domingo a mitad de la jornada. Porque en esos días, puntualmente, del cielo caía una enorme y pesada losa de metal, o a veces dos o tres de ellas, y estas se sumaban a las muchas otras que ya había en el paisaje. Y era así, con aquella lluvia de grandes discos metálicos, que el relieve iba cambiando domingo a domingo.

Sin embargo, ese día no cayó nada del cielo. El señor Kópek sintió agitarse el mundo, el suelo tembló y todo se llenó de un ruido ensordecedor. Y después, cuando por un instante regresó la calma, se oyeron unos golpes muy fuertes, como si el cielo fuera a derrumbarse. Y eso fue exactamente lo que sucedió. El cielo se vino abajo y se abrió de pronto como si se tratara de una cáscara enorme.

Al otro lado del cielo había una claridad deslumbrante. El señor Kópek nunca había visto una luz como aquella, y su vista tardó en acostumbrarse. Cuando pudo ver, se encontró con que allá fuera había criaturas enormes, y vio cómo una de ellas iba cogiendo uno por uno los discos metálicos y apilándolos más allá.

El señor Kópek, asustado, corrió todo lo rápido que pudo, trepó y descendió un número incontable de barrancos y paredes metálicas, y después siguió corriendo hasta caer rendido. Las enormes criaturas seguían allí, pero no parecía que le hubieran visto, y solo prestaban atención a las grandes losas de metal, que seguían apilando cuidadosamente.

Desde la distancia, el señor Kópek vio los restos de su pequeño universo y entendió muchas cosas.

Entendió las voces que en ocasiones escuchaba antes de que aquellas losas cayeran, y que él pensaba que pertenecían a alguna especie de dioses celestiales.

Entendió también los eclipses breves que se producían justo antes de que cayera cada una de esas grandes placas de metal, en los que el sol se apagaba durante un instante.

Entendió que su mundo era parte de uno mayor, y encontró respuesta a todas las preguntas que hasta ese momento se había planteado.

Viendo su mundo desde allá fuera, el señor Kópek lo entendió todo.

Bueno, todo no. Por más que pensó en ello, hubo algo que no fue capaz de explicarse: ¿por qué el mundo en el que había vivido tenía la forma de un cerdo?

Guadalupa

Siempre que había un misterio sin resolver, todos llamaban a Guadalupa. No solo los niños, sino también los profesores, porque no había nadie en el colegio con mayor instinto detectivesco que ella.

—Pero se llamará Guadalupe, no Guadalupa.

En realidad se llama Isabel, pero se ha puesto ese nombre que suena muy apropiado para una sabuesa como ella, siempre con su lupa a cuestas.

—¿Una lupa? ¿No suena eso un poco anticuado?

¡Qué va! El que está anticuado eres tú, que ahora las lupas hacen muchas cosas.

Por ejemplo, un día se perdió en clase de ciencias un compás, y nadie era capaz de encontrarlo. Como había clase de dibujo en la hora siguiente, el niño que lo había perdido estaba muy preocupado.

—Tranquilo, que esto lo encuentro yo ahora mismo —dijo Guadalupa mientras sacaba una de sus lupas.

Se la acercó al ojo derecho, miró durante unos segundos, y sin perder el tiempo resolvió el caso.

—Está en lo alto de aquel árbol, en el nido de la urraca.

Y en efecto, los niños fueron al árbol y en el nido de la urraca ladrona encontraron el compás.

—¿Pero cómo puedes saberlo, si has mirado al aire?

—Es que esta lupa es muy especial. No acerca las cosas, sino que las aleja.

—¿Eh? —preguntaron los niños sin entender nada.

—Miro por ella y veo todo el colegio, o incluso todo el barrio —aclaró Guadalupa—. No es una lupa para ganar detalle, sino para ganar perspectiva.

En otra ocasión, encontraron en el patio un abrigo olvidado, pero después de preguntar por todas las clases, nadie lo reconoció como suyo. Resultó que era de un niño tan despistado que, a esas alturas del día, ya había olvidado la ropa que se había puesto por la mañana, y que cuando lo vio pensó que era de otra persona.

Guadalupa sacó una lupa de su cartera, se la llevó a la nariz, y después se acercó con ella hasta el abrigo.

—¿Y no sería mejor que te la pusieras en un ojo? —dijo un profesor que no se fiaba de los métodos de la niña.

—Sepa usted, profesor, que esta no es un lupa como las demás —respondió ella muy segura—. Es una lupa olfativa.

No aumenta el tamaño de las cosas, sino la intensidad de los olores.

Y así, siguiendo el rastro con su olfato que ahora era más fino que el de un perro policía, Guadalupa llegó hasta el niño despistado y se le devolvió su abrigo, aunque él seguía diciendo que no era suyo.

Hoy le han pedido a Guadalupa que resuelva un nuevo misterio: hace días que desaparecen del comedor los bizcochitos del postre. Es un caso difícil, porque no hay pista alguna que ayude a aclarar lo que sucede, y también porque los niños que se quedan sin su pastel protestan con mucha furia y quieren que resuelva el misterio lo antes posible.

Guadalupa se ha pasado todo el recreo y la hora de la comida investigando, y al final ha encontrado en el patio un trozo de bizcocho. Los otros niños se han apiñado alrededor de ella y han visto cómo sacaba todas las lupas de su colección: la lupa sin cristal, la lupa gustativa, la lupa de tres cristales, la lupa capaz de detener el tiempo, y otras dos docenas de ellas. Sin embargo, con ninguna de estas ha sido Guapalupa capaz de deducir nada. Ya os decía yo que este era un caso difícil.

Entonces, ha sacado una última lupa, ha mirado al bizcocho con atención unos segundos, y después, sonriendo, ha dicho:

—Lo tengo. El que roba los postres es Manolín.

De inmediato, todos se han girado hacia el campo de fútbol, donde Manolín jugaba de portero. Y cuando un profesor se ha acercado a preguntarle, el muchacho ha empezado a

llorar y ha confesado que sí, que es él el ladrón, pero que le perdonen y que promete no volver a hacerlo.

—¿Cómo lo has averiguado? ¿Qué clase de lupa rara es esa última? —le preguntan a Guadalupa.

—Esta no tiene nada de raro, es una lupa normal. He mirado con ella y me he dado cuenta de que el bizcocho estaba sucísimo, y todos sabemos que Manolín no para de hurgarse la nariz y nunca se lava las manos. Era evidente que se trataba de él.

—¿Y qué hacemos con Manolín? —se preguntan entre ellos los profesores.

—Pues que ayude a Guadalupa, a ver si aprende algo bueno de ella —propone uno.

—¡Pero si yo no sé nada de detectives!

—Tranquilo, que yo te enseño —le dice ella.

Y dándole una lupa, se lo lleva a investigar otro caso.

—Oye, y ¿qué hago yo con esto? —pregunta Manolín muy intrigado.

—Tú no te preocupes, que de resolver misterios ya me ocupo yo. Tú mira por la lupa y ya verás qué divertido.

Y así es, porque aquella es un lupa cinematográfica por la que se ven películas. Así que, mientras todos creen que Manolín va ayudando a Guadalupa, en realidad él está feliz viendo una peli de aventuras con dinosaurios y extraterrestres.

Como veis, no hay nada que una buena lupa no pueda solucionar.

Cuentos con calamares

Yo siempre he querido escribir historias en las que el protagonista sea un calamar. No hay otro animal mejor para un cuento, y sin embargo son muy raros los calamares que salen en ellos, ni siquiera en segundo plano.

En mi opinión, todas los cuentos tradicionales mejorarían si se escribieran con un calamar como protagonista. Imagínate, por ejemplo, que *El patito feo* fuera *El calamarcito feo* y contara la historia de un pequeño calamar que se siente despreciado por los demás por tener la cabeza demasiado grande, y que cuando se hace mayor descubre que en realidad no era un calamar, sino un pulpo, más señorial e inteligente. ¿A que sería una historia mucho mejor?

O supongamos que Caperucita Roja no se encuentra con un lobo en el bosque, sino con un feroz calamar que anda por el campo. Aunque ahora que lo pienso, este ya no sería tal vez un calamar, sino más bien un «calatierra», ¿no?

De cualquier forma, no se me ocurre un malo más intimidante para una historia como esa. A los niños de hoy día ya no les da miedo un lobo, pero ¿quién no se moriría de susto si viera un gran calamar caminando por el bosque con malas intenciones? ¿Y qué me dices de *El calamar con botas*? Ocho botas de siete leguas en vez de las cuatro del gato, eso no hay duda que haría la historia mucho más interesante.

El caso es que, como digo, el calamar es el protagonista perfecto para toda clase de cuentos. Si quieres que sea una historia romántica, puedes escribirla sobre un «calamor», que es un calamar muy enamoradizo. O si vas a poner el clásico rey de las fábulas, el papel lo puede tomar el «calazar» o Zar de los Calamares. Un «cazamar» va bien para un personaje valeroso al que no se le escapan nunca sus presas. Y los galgos y liebres que siempre se usan para los personajes rápidos de los cuentos bien podrían sustituirse por el «balamar», que es veloz como un proyectil o un torpedo subacuático.

Una vez empecé un relato sobre un calamar que no tenía ventosas, y a quien, al abrazar a sus amigos, estos se le escurrían entre los tentáculos, y por ello se encontraba muy solo. También otro sobre un gran calamar que perdió un tentáculo y ya no conseguía nadar en linea recta, y se fue desviando poco a poco hacia las profundidades y acabó llegando al fondo marino. Ahí ya no supe como seguir, pero algún día retomaré esa historia.

En fin, que escribir historias de calamares parece una buena idea y es lo que siempre he querido hacer, pero por el momento no he sido capaz de lograr nada. Tendré que seguir intentándolo. La gran historia de calamares está aún por publicarse, y espero ser yo quien la escriba un día.

Por ahora, me conformo con escribir estos cuentillos con tinta de calamar, a ver si así me llega la inspiración. Y si no te lo crees, huele esta página y verás como huele a auténtica tinta de calamar, con su aroma a sal y océano, como debe ser.

La mofleta

Las mofletas son animales curiosos, no hay duda. Tienen el aspecto de una mofeta común, con su pelaje blanco y negro y su larga cola, pero presentan además unos carrillos grandes y sonrosados como los de una niña regordeta y muy vergonzosa.

Comparten con las mofetas esa fea costumbre de soltar un olor fétido cuando se ven en peligro, aunque se ha de decir en su favor que esto sucede raras veces.

Las mofletas son amistosas si uno lleva buenas intenciones, y se dejan acariciar sin problemas. Eso sí, uno ha de pasarles la mano por el lomo como haría con un gato o un perro, pero nunca pellizcarles los mofletes aunque sienta gran deseo de hacerlo (y la tentación es muy grande, te lo digo yo). Los abuelos, que tienen esta costumbre con sus nietos y no suelen pedir permiso para ello, lo hacen también

con las mofletas cuando tienen una cerca, y estas les rocían a menudo con sus pestilencias.

Salvo por este detalle, la mofleta es un buen animal doméstico, y da mucha alegría verla por las mañanas con sus coloretes y sus mofletes hinchados. Es además muy útil como animal de defensa, ya que es fiel y protectora, y en cuanto ve que uno está en peligro se apresura a enseñar el culo en señal de amenaza y eso da mucho miedo. Una mofleta enfadada intimida a los malhechores más que un perro rabioso, creedme.

La pequeña Lola, una niña de cuarto curso, incluso lleva su mofleta al colegio. Lola tiene, al igual que su mascota, unos mofletes muy grandes y colorados, y además llenos de pecas, y allá que van las dos juntas a la hora del recreo. Tal para cual. Y en clase, la sienta en el pupitre y aquella ni se mueve ni molesta.

Al principio, el profesor pensó que aquello no era buena idea y que prefería no compartir el aula con un bicho así, pero acabó acostumbrándose, y se dio cuenta de que la pequeña estudiaba mucho mejor cuando tenía su mofleta a su lado. El animal, además, le afilaba los lápices con los dientes y se dejaba acariciar por todos los niños si es que lo hacían con cuidado. Eso sí, al comedor escolar no la dejaban entrar, como es lógico.

La vida y costumbres de las mofletas, para el lector interesado, se describen con todo lujo de detalles en la monumental obra del doctor Eladio Pachulí titulada *Compendio de ani-*

males fétidos pero encantadores, donde puede encontrarse información abundante sobre criaturas tan curiosas como la chinche melodiosa, el ruiseñor pedorrero o el koala boca-sucia (también conocido como «osito de los tres alientos»).

Papiroflexia

La culpa de todo fue del tío Miguel, que se presentó al cumpleaños de su sobrino Samuel con un libro de papiroflexia.

—Ya verás que divertido es esto, te va a encantar —le había dicho mientras cogía una medialuna y un vaso de refresco.

El libro incluía nada menos que mil figuras distintas, según podía leerse en la portada, y venía además con cincuenta folios de papel de varios colores, para que uno comenzara con ellos a trabajar las primeras de esas figuras.

Antes de dormirse, muy contento después de su fiesta de cumpleaños, Samuel hizo una pequeña rana de papel y pensó que aquello era divertido.

Al día siguiente hizo nada menos que diez figuras, y al otro ya terminó con todos los papeles que venían con el libro.

—Mañana te compraré más —le dijo su madre.

Pero él tenía tantas ganas de seguir haciendo figuras que antes de dormir arrancó algunas hojas de un cuaderno e hizo un insecto y un cohete.

Y por la mañana, la tostada del desayuno la convirtió en una gaviota.

En el colegio, hizo unos hombrecillos con las hojas del libro de matemáticas, y una bandada de cisnes con las del de geografía.

—Se lo voy a decir al profesor –le amenazó Sebastián, el empollón de la clase.

Pero antes de que pudiera decir nada, Samuel lo plegó hasta convertirlo en una flor. Y como vio que aquello de doblar personas era igual de divertido, convirtió también a todos sus compañeros en florecillas. Luego dobló los pupitres y con cada uno de ellos hizo la figura de una abeja.

El profesor no se enteró de nada, porque estaba de espaldas a la clase apuntando cosas en la pizarra. Solo se dió cuenta cuando Samuel cogió la pizarra misma y la convirtió en un arbolito (figura que, según el libro, era de ejecución compleja). Y antes de que pudiera ponerle un castigo, al profesor lo convirtió en avioncito (figura para principiantes, del primer capítulo del libro).

De camino a casa plegó dos árboles, tres coches, un gato, una farola, dos señales de tráfico, e incluso una parte de la calle Hortensia, donde vivía su mejor amigo del colegio (ahora convertido en amapola).

Su madre le puso la merienda. Pero Samuel no probó ni un bocado. En su lugar, plegó el bocadillo y la manzana y los dejó convertidos en un barquito y un pequeño delfín. Luego dobló a su hermana. Y después de la cena, que tuvo que hacerse en el suelo porque había plegado la mesa en forma de cochecito, dobló a sus padres y los dejó acostados dentro de la cesta de la fruta.

—Buenas noches —les dijo mientras dejaba suavemente las figuras de dos pececillos.

Así, pliegue tras pliegue, Samuel dobló a lo largo de la semana todo lo que quedaba en el barrio, con sus habitantes y mascotas incluidos. Luego continuó hasta doblar la ciudad entera, y acabó doblando el planeta y construyendo con él una enorme mariposa. Sobre el ala derecha era donde quedaba ahora su casa, que ya no era una casa al estilo habitual, sino el resultado de haber plegado la anterior para que tuviera forma de calabaza.

Samuel se dijo entonces que ya estaba bien de tanta papiroflexia. No le quedaba nada que plegar, y había pasado ya varias veces por cada una de las figuras que su libro proponía. Y como en este mundo de figuritas empezaba a aburrirse, comenzó a deshacer todas sus creaciones.

El trabajo le llevó mucho tiempo, porque no era fácil dejar las cosas bien estiradas como antes, y para cuando todo volvió a la normalidad (salvo algunos pliegues que no fue capaz de quitar), su cumpleaños estaba de nuevo a punto de llegar.

El tío Miguel se presentó esta vez con otro libro, uno que se titulaba *Cómo hacer figuras con globos*. Lo acompañaba de una bolsa con un centenar de globitos de varios tamaños.

La mamá de Samuel le dió una medialuna y no le dejó entrar a la fiesta.

Comepipas

El monstruo es feo, tiene los dientes afilados y sucios, pelo en la cara y en las manos, y unas uñas enormes. Vaya, lo que uno espera de un monstruo que se pasa la vida dando miedo a los niños.

El monstruo acaba de asustar a un pequeño que estaba sentado a solas en un parque comiendo pipas. Una víctima fácil. Nada más verle, el chico ha salido corriendo y ha tirado por los aires su bolsa de pipas. Ni siquiera ha hecho falta gruñir o agitar los brazos. Pan comido.

Aún sin parar de reírse al recordar la cara de susto del niño, el monstruo se acerca y coge la bolsa de pipas. Quedan algunas dentro. Piensa que es una costumbre curiosa esta de comer pipas. Le parece algo ridículo, pero él entiende poco a las personas. A fin de cuentas, él es un monstruo.

Por curiosidad, prueba a comer una. Lo ha visto hacer muchas veces, no puede ser difícil. Pero con sus manos pelu-

das y sus uñas, apenas acierta a agarrar una sola pipa. Pierde la paciencia y come todo un puñado. Puagh, qué mal sabe aquello. Pero hay un regusto bueno, debe ser la semilla del interior. «Tengo que abrir una», se dice. Y lo intenta una y otra vez, y al final, torpemente, consigue sostener una entre sus dedos. Pero al llevársela a la boca, descubre que con sus dientes es complicado partirla, y la pipa se cuela entre ellos y no logra abrirla.

Lo sigue intentado. Con paciencia. Y al final, después de muchos intentos, lo consigue y se come su primera pipa. ¡Y qué placer el que siente! ¡Qué delicia! Los monstruos no tiene buen paladar para la comida, les basta cualquier cosa sucia, que para eso son monstruos feos, pero aquello es algo distinto. Qué maravilla.

El monstruo coge la bolsa de pipas y vuelve a su guarida. Al llegar, no puede esperar para comer otra pipa, pero lograrlo le lleva de nuevo un sinnúmero de intentos. Y a pesar de que le sabe tan bien como la anterior, aquello le parece demasiado esfuerzo. Ojalá pudiera comer pipas como un niño, con esa facilidad.

Ahora cada vez que el monstruo asusta a un niño comiendo pipas, ya no se ríe tanto. Salen corriendo despavoridos y tiran sus pipas, y el monstruo en realidad les tiene envidia. Y muchas veces, todas acaban desparramadas por el suelo, y es aún más difícil para él recogerlas con sus manazas.

El monstruo está cansado de ser monstruo y lo único que quiere es poder comer pipas. Muchas pipas, cientos de pipas,

no solo las dos o tres que es capaz de pelar y comer en una tarde a su ritmo fatigoso y torpe.

Un día decide cortarse las uñas. Eso ayudará a que pueda manejarlas mejor entre sus dedos rechonchos. El pelo de las manos tampoco ayuda, así que será mejor quitárselo.

Sigue sin ser suficiente. Morder las pipas correctamente es todavía un problema, así que el monstruo va a visitar al dentista de monstruos y le pide que le arregle los dientes.

—Pero así no va a dar usted tanto miedo —le dice el dentista, que está acostumbrado a dejar los dientes de sus pacientes sucios y estropeados.

—Da igual, yo lo quiero así. Y límeme los colmillos para que no sobresalgan tanto.

El monstruo no parece ya un monstruo, sino solo un señor gordo y algo feo. Ya no asusta a los niños, e incluso a veces nota que se ríen de él. Eso le molesta, pero luego se le pasa, porque si les pide un puñadito de pipas ellos se lo dan, y él se sienta en un banco del parque y pasa allí las tardes comiéndolas, ahora ya con algo más de soltura.

Nadie sabe cómo se llama. Los niños se han acostumbrado a verle pero no saben su nombre, y él, por supuesto, no se lo dice, porque el suyo es un nombre de monstruo, horrendo y terrorífico. Le llaman el «señor Comepipas», y eso a él le parece bien.

A veces, cuando algún muchacho se le acerca, tiene tentación de asustarle, de volver a ser un monstruo. Siente un cosquilleo en la tripa y quiere hacer algo aterrador, volver a

tener pelo y dientes negros, ser la pesadilla de los niños. Pero pronto se olvida de ello y piensa que es mejor así, siendo simpático con ellos para que le den de su bolsa de pipas. Qué buenas están esas pipas, no hay duda de que todo vale la pena para poder comerlas. Y así el monstruo que lleva dentro va muriendo poco a poco.

—Oiga, señor, no tire las cáscaras al suelo —le dice un niño con tono repelente.

El monstruo se indigna. Quién se habrá creído que es ese mocoso, no sabe con quién está hablando. Quiere meterle mucho miedo a ese niño, agarrarlo y darle un escarmiento. Pero vuelve a pensar en el sabor de esas pipas, y obedece a regañadientes.

—¿Quiere más? —le dice el niño sonriendo mientras le acerca su bolsa de pipas.

Trabajo de niño

Gómez y Márquez se encontraron un día por la calle. Llevaban casi treinta años sin verse, desde que iban juntos al colegio. Pero habían sido tan amigos que se reconocieron de inmediato, y allí se pusieron a recordar los viejos tiempos y lo felices que habían sido en esos días de la infancia.

—¿Sabes algo de González?

González era el mejor amigo de ambos en aquel entonces. Cuántas travesuras habían hecho juntos, y cuántas horas de patio habían jugado mano a mano.

—No le he visto desde que dejamos el colegio.

A ambos les pareció buena idea tratar de verse los tres un día. Se dieron los teléfonos, y Márquez dijo que él se ocuparía de buscar a su viejo amigo. Como no se le ocurría otra manera de localizarle, llamó al colegio, y tuvo la suerte de que allí le supieron decir cómo encontrarle.

—¿Gonzalez? Sí, claro que le conocemos. De hecho, sigue aquí en el centro.

—¿Trabaja allí ahora? Qué coincidencia. Pues dígale que sus viejos amigos Gómez y Márquez querrían verle.

Y así, consiguieron ponerse en contacto y quedaron en encontrarse una tarde en un bar del barrio.

El primero que llegó fue Márquez. Al poco llegó Gómez. Se habían tomado ya la mitad de su bebida cuando se sentó al lado de ellos un muchacho. Pero no era uno cualquiera, no. Era el mismísimo González, con idéntico aspecto al que tenía la última vez que lo vieron. Medía menos de metro y medio, aparentaba poco más de diez años, y llevaba a la espalda una cartera escolar.

Les saludó lleno de alegría. Su voz también era como entonces, e incluso el vocabulario sonaba infantil, aunque no era el que ellos recordaban utilizar en otro tiempo. No hablaba como un niño de ayer, sino como uno de hoy día.

—Estáis muy cambiados —les dijo— Aunque claro, han pasado tantos años. ¡Qué alegría volver a veros!

Gómez y Márquez se miraron entre sí disimuladamente. A ellos también les hubiera gustado decir que su amigo estaba muy cambiado, pero no era cierto, y no sabían bien qué decir en su lugar.

Fue una conversación algo extraña. Lo veían tan pequeño, con su aspecto de niño, que temían que cualquier cosa que dijeran pudiera sentarle mal o ser inapropiada para él.

—¿Y a qué os dedicáis? —les preguntó.

—Yo soy vendedor —dijo Márquez—. Vendedor de relojes y joyas.

Y se remangó para que pudieran ver la clase de relojes que vendía.

—Yo soy médico. Trabajo en el hospital de la ciudad —dijo Gómez por su parte.

Los dos se quedaron mirando a González. ¿Acaso trabajaba él en algo? ¿Era en eso un adulto o aún era demasiado pequeño para tener un empleo?

—Yo trabajo de niño —dijo antes de que tuvieran tiempo de preguntarle.

—¿De qué? —respondieron los dos a la vez.

—De niño. Hago de niño en el colegio. Estudio mates, lengua, ciencias, salgo al patio, ya sabéis. Lo mismo que hacíamos entonces, pero ahora como profesión. El sueldo no es malo, la verdad.

—No entiendo. ¿Para qué sirve eso? —pregunto Gómez.

—Pues para muchas cosas. Hay colegios con pocos niños, así que hay que contratar gente para llenar las clases. Somos como los extras de una película.

—Interesante —dijo Márquez.

—En algunos colegios —continuó González—, los niños son todos unos gamberros, y se necesita entonces meter algún empollón para compensar. En otros es al revés, los niños son muy buenos y nadie hace travesuras, y entonces los que trabajamos de niño tenemos que portarnos algo peor, para que la clase quede equilibrada y los profesores no se aburran.

Los otros dos no salían de su asombro.

—¿Os acordáis de Ordóñez, uno rubio con aparato? Pues ese no era en realidad un niño, sino que trabajaba de niño como yo ahora. Es más, en aquella época estaba ya a punto de jubilarse.

Así siguieron hablando, y, mientras se contaban sus vidas, Márquez y Gómez iban pensando para sí en lo raro que era todo aquello.

Se fueron a casa antes de que se hiciera de noche. Lo cierto es que se habrían quedado más, pero temían que González tuviera que estar antes de las diez en la cama, así que prefirieron no arriesgarse a incomodarle.

González se empeñó en pagar él las bebidas, y los otros aceptaron, aunque se les hizo extraño que les invitara un mocoso de diez años. Y más aún verle sacar de su cartera escolar una billetera bien surtida. También el camarero lo miró con desconfianza cuando cogió el billete que este le entregaba.

De camino a casa, cada cual por su lado, iban pensando en todas las preguntas que tenían acerca de su viejo compañero de clase, y que no habían sido capaces de hacerle. ¿Tenía hijos? ¿Estaba casado? ¿Seguiría enamorado de aquella niña de pequitas? ¿Habría crecido ella? ¿Qué había hecho él para no crecer y seguir pareciendo un crío? ¿Vivía solo o aún con sus padres? ¿Cenaría todavía una tortilla de quesitos y un vaso de leche con galletas?

Márquez y Gómez volvieron a verse, pero esta vez ya no invitaron a su viejo amigo. Tenían mucho que preguntarle, pero sabían que no debían hacerlo. Habría sido raro. Y más allá de ese asunto, lo cierto es que no tenían tema de conversación, porque él seguía haciendo la misma vida que en esos tiempos escolares y no tenía novedades que contarles.

Además, quedaban a mediodía, a la hora del café, cuando hacían un alto en su jornada de trabajo. A esa hora, González tenía clase de sociales.

Una brisa ligera

Es un mediodía de agosto y dona Encarna ha ido a la pastelería de don Buñuelo a comprar una tarta para el cumpleaños de su nieta. Pero cuando llega, delante de la tienda hay una larga cola de gente esperando. Doña Encarna pide la vez y se pone a la fila, algo preocupada porque no sabe si le dará tiempo a comprar la tarta y llegar a la hora de la comida.

El sol está ya alto y hace calor. Doña Encarna, que siempre va bien preparada, saca de su bolso un abanico y empieza a abanicarse. Le corre una brisa ligera por el cuello, y con eso siente un frescor muy agradable.

La fila apenas avanza, y el sol va subiendo cada vez más, así que doña Encarna agita el abanico con más brío. Ahora produce un vientecillo algo más fuerte, que no solo la alcanza a ella, sino también al señor Tomás, que espera delante para encargar una tarta de chocolate. El señor Tomás, igualmente acalorado, agradece que le llegue un poco aire.

De la tienda salen un muchacho con un cruasán y una señora con una bolsa de magdalenas, y con eso la fila se mueve. Pero todavía queda mucho, y doña Encarna está nerviosa. Entre los nervios y el sol que está ya casi en todo lo alto, vuelve a acalorarse y le caen de la frente unas gotas de sudor. Agita el abanico con más fuerza aún y suspira aliviada.

Ahora el señor Tomás ya no agradece tanto el aire, porque sus pelos se han desordenado y parece que acabara de despertarse. Delante de él, doña Margarita tiene que sujetarse la falda porque el aire que produce el abanico de doña Encarna ha empezado a levantársela.

—¿Por qué esto no avanza? —se pregunta en voz alta doña Encarna diez minutos más tarde, después de ver que la fila no parece moverse.

Y como empieza a desesperarse, mueve su abanico con más vigor.

Los pelos del señor Tomás apuntan hacia lo alto como si hubiera metido el dedo en un enchufe. Doña Margarita sigue sujetándose la falda con una mano, pero con la otra tiene ahora que sujetarse la peluca para que no salga volando. Y más allá, una chica joven que espera para comprar un bizcocho sujeta con fuerza a su perrito, que es tan pequeño y ligero que la ventolera de doña Encarna lo alza del suelo más de un palmo.

Pensaréis que, con ese huracán saliendo de su abanico, doña Encarna ya no tendrá calor y estará a gusto esperando que llegue su turno. Pero no es así. Este es un día tan caluroso

que ni con aquello se siente bien. Y como sigue acalorada, intenta abanicarse todavía con más fuerza.

Ahora del abanico de doña Encarna sale un vendaval que levanta al señor Tomás hasta dejarlo colgado de un árbol y más despeinado que nunca.

Doña Margarita, con la falda subida hasta taparle la cara, sale volando en dirección contraria a la de su peluca, que acaba aterrizando dos manzanas más allá en el nido de un cuervo.

La chica del perrito, que no quiere acabar por los aires, echa a correr calle arriba mientra el viento levanta a su caniche de tal manera que parece que fuera un un globo.

También sale volando doña Tilde, que al ver cómo aquel huracán la levanta del suelo, intenta protestar. Pero se calla de inmediato, porque el aire es tan fuerte que, al abrir la boca, se le sale la dentadura postiza. Después de un montón de piruetas, los dientes acaban en el nido del mismo cuervo, junto a la peluca de doña Margarita.

También salen volando un niño con una bicicleta, un chico joven, y una madre y el carrito de bebé en el que lleva a su hijo. Don Boliche, que es un hombre gordo que esperaba para comprar una empanada y una caja de palmeras de chocolate, no sale volando, pero el viento lo pone a rodar calle abajo y se pierde de vista.

Ya no queda nadie delante de doña Encarna, pero ella está tan concentrada en ventilarse que no se ha dado cuenta y sigue abanicando como si nada.

En la tienda de don Buñuelo se ha ido formando un remolino que de pronto levanta por los aires pasteles y rosquillas, y estos salen uno tras otro por la puerta como si fueran pájaros.

—Después de tanto esperar, y me he quedado sin tarta —se lamenta doña Encarna cuando mira y ve que los mostradores están vacíos.

Don Buñuelo, que estaba agarrado a la caja registradora para no salir volando él también, aprovecha la ocasión para echar el cierre. Y doña Encarna, sin nada que hacer allí, guarda su abanico y se pone a andar hacia la casa de su nieta, triste por no tener ningún pastel que llevar.

Mientras tanto, la bandada de dulces cruza la ciudad y choca contra los edificios, derriba la cometa de un niño y se engancha en los cables del teléfono. Una tarta de nata muy blanca se estampa contra la cara de don Anselmo, que había salido en ese momento al balcón de su casa.

Por la ventana del piso donde vive la nieta de doña Encarna, se cuela una tarta de chocolate que, milagrosamente, aterriza en perfecto estado sobre la mesa del comedor.

—Me encanta esta tarta —dice la nieta de doña Encarna al verla.

Y aunque su madre no entiende bien cómo ha llegado hasta allí, se apresura a meterla en la nevera para que no se estropee, justo cuando la abuela llama al timbre.

Después de la comida y de haber cantado el *cumpleaños feliz*, en la tarta se encienden diez velas rojas que la niña sopla con ilusión.

—Otra vez, mamá —pide emocionada, y la madre vuelve a encenderlas—. Abuelita, ¿quieres soplar tú?

—Uy no —dice doña Encarna—, eso son muchas velas para mí, yo no tengo fuerzas para soplar tanto. No podría apagar eso ni aunque me ayudara con mi abanico.

Cuestión de talla

La señora Chirivía ha salido a comprar un regalo para su amigo el señor Tupinambo, que mañana cumple años. Ha encontrado un jersey muy bonito y elegante, y cree que le irá muy bien. «Va a estar la mar de guapo», se dice. Pero a la hora de comprarlo, se da cuenta de que no sabe qué talla debe pedir.

A la señora Chirivía no se le da bien eso de los números y las tallas, aunque supone que deberá ser un jersey bastante grande, porque le parece que su amigo es un hombre fornido y ancho de espaldas. Y como no quiere quedarse corta y llevarle algo que le quede muy apretado y sea incómodo, en el último momento pide una talla todavía mayor.

—Bueno, no, démelo dos tallas más grande, para estar segura de que le vale —corrige.

La señora Chirivía va al mediodía siguiente a casa del señor Tupinambo, que la ha invitado a comer para que juntos

celebren la fecha. En sus brazos lleva una bolsa enorme en la que va el jersey, envuelto con nada menos que un rollo entero de papel de regalo.

—No hacía falta que trajeras nada —le dice él al verla llegar tan cargada.

El señor Tupinambo ha preparado un guiso que huele delicioso, y los dos se sientan a comer y charlar.

—¿Un café? —le propone él cuando acaban.

—Sí, pero primero abre el regalo —dice ella impaciente por ver si le gusta el jersey que ha escogido y saber si le sienta bien.

Así que el señor Tupinambo se sienta de nuevo y con paciencia desenvuelve el jersey. Y después, mete la cabeza en él para ponérselo.

La talla que la señora Chirivía ha elegido es, en efecto, algo más grande de lo que debería. En realidad, mucho más grande. Muchísimo más.

Cuando el señor Tupinambo abre los ojos, ve allá al fondo, muy lejos, un circulito de luz por el que supone que deberá sacar la cabeza. Y con paciencia, se pone en marcha para conseguir alcanzarlo y asomarse a su través.

El interior del jersey es como una enorme cueva, tan grande que hasta tiene eco.

—Hola hola —dice para comprobar cómo resuena su voz allá dentro, y el jersey le devuelve sus palabras con un sonido cavernoso.

El señor Tupinambo avanza a tientas, aunque poco a poco se le acostumbran los ojos a la oscuridad, y solo entonces se da cuenta del enorme espacio que hay allá dentro.

—Verdaderamente, este jersey es de un tamaño colosal —se dice.

Al mirar hacia lo alto, descubre que hay como un firmamento lleno de estrellas, con rayitos de luz que se cuelan por los pequeños agujeros entre las puntadas del tejido. Le parece un espectáculo maravilloso.

Va tan distraído mirando que de pronto se choca con un niño que pasa en bicicleta.

—¡Vaya por la acera, señor! —le grita el muchacho.

Y es entonces cuando el señor Tupinambo descubre que aquello es tan espacioso que allí hay calles y aceras y gentes, algunas casas, dos fuentes, un parque infantil, y hasta una tienda de ropa que vende jerseys más pequeños.

En esa misma calle, se cruza poco después con un coche de policía y otro de bomberos, y la idea de que haya delincuentes e incendios en un jersey que va a ponerse le inquieta. Se pregunta si, además, esa ciudad de su jersey tendrá un alcalde, y si acaso no debería ser él quien gobernara todo aquello. A fin de cuentas, él es ahora el dueño de la prenda.

Al borde de una placita muy recoleta, ve un banco y se sienta a hacer un descanso. Junto a él se posa una bandada de gorriones a la espera de que les eche algo para picotear. Aunque son unos pajarillos encantadores, el señor Tupinambo

no quiere que se le llene de miguitas el interior de su jersey, así que no les da nada.

Cuando reanuda su marcha, los pájaros salen volando y se posan sobre unos cables de teléfono, y el señor Tupinambo se pregunta qué prefijo tendrán los números de teléfono allá dentro.

Como el camino se le está haciendo ya largo, decide que es el momento de parar un taxi.

—¿Voy por la manga derecha o por la izquierda? —le pregunta el taxista al llegar a unos túneles que parten cada cual hacia uno de los lados.

—No, no, siga recto, yo voy al cuello —contesta él.

Al señor Tupinambo le gusta mucho aquel taxi, porque huele, como todo allí, a ropa nueva. Así que le deja una buena propina y por fin puede terminar su excursión.

Es tarde cuando el señor Tupinambo asoma la cabeza por el cuello del jersey y se encuentra de frente con la señora Chirivía, que le sonríe y parece muy contenta.

—Estás de lo más elegante —le dice ella—. Hay que reconocer que este jersey te sienta como un guante.

—Tienes razón —responde él—. Yo creo que ya me lo dejo puesto.

Bajo el charco

En cuanto dejó de llover y salió un poco de sol, Alvarito fue a pedirle a mamá que le pusiera las botas de agua y salieran a pasear. La calle estaba llena de charcos, y en el camino que se veía desde casa había aún más. Charcos grandes y profundos, como a él le gustaban, y sabía que mamá le dejaría meterse en ellos e incluso salpicar un poco.

—Pero no corras —le decía siempre.

Él obedecía al principio, pero luego empezaba a coger velocidad y echaba a correr por la parte seca del camino. Y cuando ya estaba algo lejos y su madre lo miraba feliz de verle tan animado, se metía de nuevo en un charco y corría por él.

—¡Que te he dicho que no corras! —le gritaba la madre, aunque era un enfado muy ligero.

En uno de los charcos más grandes y profundos, mientras corría por el agua riéndose, pisó en falso y cayó de morros. «Vaya bronca me va a echar mamá», iba pensando mientras

caía. Pero estos pensamientos desaparecieron de inmediato en cuanto su cara entró en el charco y descubrió que al otro lado de este había un mundo distinto. ¡Un mundo todo hecho de barro! Aquel charco debía ser una especie de pasadizo mágico entre mundos.

Era como mirar a través del cristal de una pecera. El mundo al otro lado del charco estaba hecho de casas de barro fresco, y por sus calles de barro caminaban hombres y mujeres de barro.

—Mamá, acaba de terminar el sol, ¿puedo ir a saltar en la tierra? —oyó decir a un niño de barro.

—Está bien —le respondió la madre, y le puso sus botas de plástico.

Los niños de barro llevaban botas de plástico igual que las suyas, pero le sorprendió que las madres les dejaban correr por los charcos y las zonas embarradas. Sin embargo, se ponían muy enfadadas cuando algún niño corría por las pocas zonas de tierra seca que había.

—¡Que no corras por la tierra seca! ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? Te vas a caer y te vas a quedar todo seco —refunfuñaban las madres de barro.

Estuvo mirando el mundo de barro unos segundos. Cuando estaba a punto de quedarse sin aire para respirar, se acordó de que su madre debía estar corriendo para llegar a donde estaba él, así que salió de inmediato. Tenía la ropa empapada y marrón, y la cara llena de fango.

La madre vino al momento y lo cogió en brazos. Él iba a contarle todo aquello, pero la vio con tal cara de enfado que pensó que sería mejor no decir nada. Se puso a llorar de mentirijilla, como hacía a veces, y su madre en vez de regañarle se apenó de él. Lo abrazó contra su cuerpo para darle calor, y lo llevó de vuelta a casa.

Al otro lado del charco, en el mundo de barro, un niño corría con sus botas de plástico por un trozo de tierra seca. La madre le gritaba enfadada. Entonces, por correr tan rápido, el niño se escurrió y cayó de boca.

Seguro que estás pensando que le sucedió algo parecido a lo del pequeño Alvarito, y que al caerse se asomó a este mundo nuestro y vio cómo los niños saltaban en los charcos. Pero no, porque se dio de bruces con el suelo, y la tierra seca no la puede uno atravesar como el agua, así que lo único que vio fueron las estrellas del golpe que se dio.

Cuando la madre lo cogió en brazos, estaba llorando, pero no era un llanto fingido como el de Alvarito, sino uno de verdad, por lo mucho que le dolía la nariz.

El mundo de barro es mucho más peligroso para los niños que este nuestro, no hay duda.

Ovejas

Periquete lleva unos días sin dormir bien. Se va a la cama, cierra los ojos, y no consigue dormirse hasta pasado un buen rato.

Periquete ha oído que contar ovejas ayuda a dormir, así que decide probar. Imagina ovejitas muy blancas que van desfilando en fila india y las hace pasar una tras otra a toda velocidad. No tarda mucho en dormirse, pero para cuando le llega el sueño, ya ha contado un montón de ellas. Y una vez que está dormido, las ovejas quedan sueltas por el mundo de los sueños, sin que nadie se ocupe de cuidarlas.

Periquete ha dormido bien toda la semana. Cada noche cuenta sus ovejas antes de quedarse dormido, y lleva ya una cantidad gigantesca de animales contados. Las ovejas están por todas partes, y el mundo de los sueños está ahora lleno de ovejas y corderitos blanquísimos.

Aunque Periquete ha vuelto a dormir sin problemas, resulta que los demás no consiguen conciliar el sueño. En cuanto cierran los ojos, no ven más que ovejas, un sinfín de ovejas ruidosas que lo ocupan todo.

Periquete se siente mal. Quiere dormir, pero le gustaría no molestar con ello a los demás. Preocupado, va a ver a su amigo Santiamén, a quien siempre se le ocurre la manera de solucionar cualquier problema.

—No te preocupes. Tú vete a dormir que esto lo arreglo yo esta misma noche —le responde Santiamén muy convencido.

Periquete hace caso, vuelve a su casa y se mete en la cama. Allí vuelve a contar sus ovejas, aunque esta vez más lentamente, porque le da apuro seguir llenando el mundo de los sueños con más animales repetidos.

Santiamén, por su parte, también se acuesta y se pone a contar, pero en lugar de ovejas él cuenta perros pastores. Uno, dos, tres... Se duerme rápido, apenas le da tiempo a contar una docena de ellos, pero con eso ya es suficiente. No hace falta más.

Mientras ambos duermen a pierna suelta, los perros se encargan de guardar a las ovejas sin que se escape ni una sola. Y así, quedan listas para que, a la noche siguiente, Periquete las cuente de nuevo.

Renombrar el mundo

Quizás te hayas preguntado alguna vez por qué el lugar en el que vives tiene el nombre que tiene, o por qué las calles se llaman de esa manera. Detrás de todos ellos hay una historia, pero es probable que ninguna sea tan curiosa como la de la región antes conocida como Sosaina (hoy llamada Tirimboque).

La región de Sosaina tenía en su territorio los nombres más aburridos de todo el planeta, puestos todos ellos con la mayor de las desganas. Los cartógrafos de Sosaina se quedaban dormidos frente a sus mapas, y los turistas que venían a ver sus riquezas, que eran muchas y muy atractivas, se sorprendían de que las hubieran nombrado de aquella manera tan insulsa. Subían a la «Montaña Cualquiera», se bañaban en el cristalino «Río Conagua», y tomaban un refresco en las terrazas de una de sus tres calles principales: la calle Normal, la calle Recta y la calle Otra. Y cuando volvían a casa

después de sus vacaciones, no eran capaces de contar nada, porque de inmediato se les olvidaban todos los nombres de los sitios en los que habían estado.

Fueron los niños los que cambiaron aquello. A los adultos de Sosaina les daban igual esos nombres, estaban tan acostumbrados a ellos que les parecían normales, pero los niños se aburrían y soñaban con otros más vivos y exóticos.

Una tarde, reunidos en el patio de la escuela, decidieron dar nuevo nombre a todo. Eso era fácil, no había más que inventar algunas palabras. Lo difícil era hacer que aquello durara y que el resto de gente acabara utilizando los nuevos nombres. Para ello, hicieron un juramento muy solemne: no volver a llamar a ningún lugar por su nombre original, sino por el nuevo, mucho más divertido. Luego se sentaron y se repartieron la tarea de renombrar el mundo.

A Damián, que era el más imaginativo y andaba siempre en las nubes, le dejaron que nombrara las montañas y las colinas. Se escapaba por las tardes y subía a todas ellas, apuntaba la sensación que le inspiraban, y con ello pensaba el nombre correspondiente. Así se le ocurrieron cosas como «Monte Mequedoboquiabierto» o «Cerro Vertiguillo»

Samuel, que era el más poeta de los niños, le puso nombre a los parques y las zonas arboladas. Los nombres más hermosos de todo el territorio, como por ejemplo «Vaguada Nemorosa» (en el lugar antes llamado «Bosque de Árboles»), son obra suya.

A la pequeña Carmelita, que apenas sabía hablar, no le encargaron nada, pero al ver que no la incluían en el juego, se puso a llorar y no hubo más remedio que asignarle una tarea. Decidieron dejarle que nombrara las fuentes, y a la que hay frente al ayuntamiento la llamó «Fuente Gluglú». Como aún no sabía pronunciar bien, hubo quien entendió que decía «Blublú», y otros entendieron «Pluplú». Es por ello que hoy día puede encontrarse con todos esos nombres, aunque en realidad la gente la llama «Fuente de las Burbujitas».

A los mayores les hacía mucha gracia aquella pequeña travesura, pero ya no les pareció tan gracioso cuando vieron que los niños seguían en su empeño meses después. Además, no solo evitaban llamar a los lugares con sus nombrez antiguos, sino que acabaron convenciéndose a sí mismos de que los nuevos eran los auténticos, y no reconocían los originales.

El día en que los padres de Alberto Bermúdez le dijeron que le recogían en la esquina entre la calle Ancha y la calle Conacera tras sus clases de piano, el niño no supo a dónde ir, porque para él aquéllas eran las calles Jejeje y Jojojo (de los nombres de las calles se encargó Beltrán Risueño, que siempre se estaba riendo, incluso cuando hablaba). Del susto que se llevaron, los padres decidieron empezar a aprenderse los nuevos nombres, y otros muchos padres siguieron su ejemplo. El plan de los niños empezaba a dar sus frutos.

En los exámenes, contestaban usando los nuevos nombres, y la asignatura de geografía se convirtió en una locura para la profesora Martínez, que estaba empeñada en no ceder en este

asunto. Pero al ver que los niños tampoco cedían y que todos los exámenes quedaban suspensos, no tuvo más remedio que dar su brazo a torcer. Hubo incluso que reescribir los libros de texto.

Cuando los niños se hicieron mayores, siguieron con su plan. El primero que llegó a ocupar un puesto de cartógrafo se encargó de rehacer todos los mapas. El que se hizo presentador de televisión daba las noticias con los nuevos nombres. Y así cada cual continuaba con su bien trazado plan.

Llegó un momento en el que no había nadie que nombrara los lugares a la manera de antes. Ese día, Carmelita, que ya pronunciaba correctamente y se había convertido en alcaldesa de la capital, anunció que a partir de ese momento aquellos serían ya los nombres oficiales. Y también, que aquella región dejaba de llamarse Sosaina.

Se dieron cuenta entonces de que, con todos los nombres que habían inventado…, ¡no tenían uno para la región! ¡Vaya despiste!

—No hay problema —anunció la alcaldesa.

Y se acercó al primer niño que vio y le preguntó:

—¿Cómo te gustaría que se llamara esta ciudad y toda esta región?

—Mmmm… —dijo el niño poniendo cara de estar muy pensativo—. ¡Tirimboque!

—Pues que así sea —respondió ella.

Con la música a otra parte

Cuando el niño puso el pie en el suelo nada más despertarse, sonó una nota. Después puso el otro pie y escuchó una distinta. Se diría que tenía un piano bajo los pies. ¡Y qué sonido más hermoso el que hacía! Movió los pies descalzos dando golpecitos contra el parqué, y comprobó que, efectivamente, ese era uno de aquellos días.

Bajó a saltitos la escalera tocando una canción, y al llegar abajo dio un salto y cayó sobre las puntas de ambos pies. Sonó un acorde triunfal.

Los padres se despertaron de mal humor.

—Otra vez la dichosa musiquita —dijo la madre.

—¿Es otro de esos días? —preguntó el padre.

—Me temo que sí.

Para el desayuno, le dieron un vaso de leche y una galleta. Al cogerla, sonó un saxofón. Puso los otros dedos y sonaron notas distintas, y después puso la otra mano y se escuchó una melodía.

—¡No la cojas con los diez dedos! —le regañó la madre.

Y él fue levantando los dedos uno a uno y sonó una escala de re menor.

El padre le acercó un pañuelo para que se limpiara, pero en lugar de pasárselo por la boca se sonó la nariz. Y al hacerlo, se escuchó retumbar por toda la casa una tuba.

En la ducha, al abrir el grifo del agua fría sonó una flauta. Y cuando abrió el de la caliente, un redoble de tambor.

Cuando se frotó la toalla contra el cuerpo, sonó un violín. Y los sonidos se hicieron más agudos según se fue secando partes más bajas de su cuerpo. El sonido que se escuchó al secarse los pies fue tan agudo que a la madre casi le dieron escalofríos al oírlo.

—Odio esto —masculló ella mientras él se reía.

Pero su momento favorito en días como aquel era cuando se vestía. Al ponerse el pantalón, sonaba un trombón, y la nota cambiaba según moviera la pierna hacia adelante o hacia atrás. Sucedía lo mismo cuando metía los brazos en el abrigo, solo que ahí el sonido era algo más suave.

Fueron hasta la parada del transporte escolar, y también en el camino sonaba a cada paso una nota distinta. El autobús vino poco después, pero en lugar de la algarabía de siempre, dentro se oía un caos de instrumentos.

El conductor la miró con cara de resignación.

—Hasta la tarde, cariño —dijo para despedirse de su hijo.

Él le devolvió un acorde de mi bemol.

Iguales

Cuentan que hubo en una civilización en la que todos sus habitantes eran iguales. No sé sabe cuándo ni dónde sucedió aquello, si fue aquí mismo o en un planeta al otro extremo de la galaxia, pero tampoco tiene importancia. Lo importante es que eran todos iguales. Completamente idénticos.

Medían todas las personas la misma altura, y tenían los ojos de color verde aguamarina y el pelo —que no crecía nunca— rubio hasta al altura del hombro. Lo que sí les crecían eran las uñas, pero lo hacían siempre a idéntica velocidad. Y, obedeciendo a alguna clase de desconocido impulso, se las cortaban puntualmente cada dos semanas y media.

Todos cumplían años el mismo día, aunque no se sabe a ciencia cierta si ese día era el 3 de febrero o el 22 de septiembre. Y todos los nuevos nacimientos se producían también en esa fecha. Las muertes, sin embargo, se tiene la certeza absoluta

de que acaecían invariablemente el 4 de marzo, y todas ellas a la edad de 79 años y por la misma causa: empacho de coliflor.

Como todos los habitantes eran iguales a los demás, podían sustituirse unos a otros. Cuando era hora de ir a casa, cada cual se metía en la casa más cercana, donde encontraba a su pareja y sus hijos. Bueno, tal vez no eran los suyos, pero como no había diferencia, no había forma de darse cuenta de ello. Las casas, por supuesto, eran todas idénticas, con la misma disposición y los mismos adornos.

—Pero las cartas en el buzón no serían las mismas, ¿no?

Eso es cierto, pero la verdad es que no se mandaban muchas cartas. Como todos sabían lo mismo y vivían las mismas experiencias, tenían poco que contarse.

Como digo, unos podían ponerse en el lugar de otros, y por ello no había ni enfados ni celos. A la salida del colegio, los padres podían recoger a los dos primeros pequeños que encontraban (todas las familias tenían siempre dos hijos, ni uno más ni uno menos), e irse con ellos a casa sin notar ninguna diferencia.

Eso, por supuesto, si hubiera habido colegios, pero no era así porque en esta civilización los niños no iban a la escuela.

—Pues no sería una civilización muy culta….

Nada de eso. Lo que sucedía era que nacían ya con todo aprendido y no les hacía falta. Y además, no había quien supiera de materia alguna más que el vecino. De haberse hecho exámenes, todos los pequeños habrían sacado la misma nota, que se cree que sería más o menos un notable alto.

No hace falta decir que todos hablaban el mismo idioma, y que además lo hacían con idéntico acento y entonación. No solo eso, sino que cada uno conocía el mismo número exacto de palabras: 22543. Suficientes para hablar y para escribir la media docena de libros que cada habitante escribía a lo largo de su vida, porque todos ellos eran amantes de la literatura y esta era la cifra concreta de obras que cada cual sacaba adelante a lo largo de su vida. Como bien habrás adivinado, todos escribían los mismos libros, y nadie publicaba ni compraba estos, porque qué interés iba a tener aquello si eran exactamente iguales a los que uno mismo inventaba.

Al morir, dejaban siempre un libro inacabado, y esos manuscritos aún por finalizar tenían invariablemente 116 páginas, repartidas en cuatro capítulos y un quinto a medio escribir.

Ahora es cuando, para darle emoción a esta historia, sucede algo que hace que no todas esas gentes sean iguales. Por ejemplo, aparece alguien con el pelo negro, o uno que una noche duerme diez horas en lugar de las nueve que todos ellos dormían cada día (esto había olvidado contarlo), o que sabe un par de palabras menos y entonces no entiende algunas conversaciones. Ahí comenzaría el embrollo y pasarían cosas extrañas, o quién sabe si todos los demás empezarían a cambiar y a diferenciarse entre sí.

Pero no, eso sería un recurso demasiado fácil. Aquí no pasan cosas de esas, no solo porque yo no quiera inventarme así este cuento, sino porque en realidad esta civilización

siguió siendo de la misma manera año tras año, generación tras generación, sin cambiar en absoluto.

Entonces un día, sin que nadie lo hubiera predicho (y de haberlo anticipado, lo habrían hecho todos a la vez), desaparecieron sin dejar rastro.

—¿Así de pronto? ¿De un día para otro?

Eso es. Se esfumaron sin más.

Hay quien dice que fue un meteorito, igual que sucedió con los grandes dinosaurios. Otros opinan que alguna clase de magia. Incluso hay quien opina que se combinaron todos en una sola persona, lo cual tiene sentido porque tanta gente repetida no es nada interesante.

En cualquier caso, también en esto fueron los habitantes de ese lugar iguales entre sí, porque desaparecieron todos a la vez.

—¿Y murieron todos de empacho de coliflor?

Buena pregunta. Pues no se sabe, pero la lógica dice que así debió de ser. Existe incluso una teoría que afirma que la extinción no la produjo un meteorito, sino el impacto de una enorme coliflor interestelar. También hay quien dice que pudo deberse a alguna gran celebración colectiva en la que, de tan felices, comieron todos demasiada coliflor y murieron antes de tiempo.

—Interesante…

En fin, que hubo una civilización de seres iguales entre sí, pero por desgracia ya no existe.

Esta historia nos ha de enseñar que es bueno que seamos diferentes, porque así la vida es más entretenida y nos libramos de algunos problemas.

Y también, que no es tan grave que a uno no le guste la coliflor.

El peor trabajo del mundo

De las notas que salieron de aquella promoción en la Escuela de Notas Musicales, todas encontraron trabajo. Una, la más elegante, como do sostenido en una ópera muy famosa. Otra, de mi bemol en una cajita de música. Dos de ellas se empleaban en la melodías que una señora silbaba mientras trabajaba, y tres más en la flauta que un niño llevaba a las clases de música del colegio. Y las demás, en canciones varias, en la sintonía de un programa de radio, o en la banda sonora de una película de terror, entre otras ocupaciones. Todas estaban felices con aquellos trabajos.

Solo había una nota que no estaba satisfecha con su puesto. Era dulce y bien afinada, pero el único trabajo que había encontrado era como nota larga y estridente dentro de un despertador. Cada mañana, a primera hora, tenía que hacer su sonido una y otra vez hasta que el dueño de aquel despertador se levantaba.

—¡Es el peor trabajo del mundo! —se quejaba día tras día.

La nota sabía que era difícil que encontrara algo mejor. Ella soñaba con ser nota en una canción de cuna, sonar despacio en la voz de una mamá que le cantara muy bajito a su hijo. O mejor aún, trabajar en el estribillo de una canción de amor. Pero su padre había trabajado media vida en un reloj de pared, y su madre en la sirena de una ambulancia, trabajos también duros y aburridos. Ella no podía esperar llegar a alguno de esos otros puestos, porque la vida de las notas, igual que la de las personas, es injusta.

Un día, harta de aquello, decidió no ir a trabajar a la mañana siguiente.

—¿Y a quién le va a importar eso? —le decían las demás—. Solo eres una nota que trabaja en un despertador.

Pero a ella le daba igual lo que dijeran. Estaba decidida y aquella mañana no se presentó en su puesto.

Había pasado casi una hora cuando el dueño del despertador, a quién había sacado del sueño el ruido de un frenazo en la calle, abrió un ojo y miró para ver cuánto tiempo podía quedarse todavía en la cama. Al ver la hora que era, pegó un grito, saltó a toda prisa de la cama, se puso la primera ropa que encontró y salió de casa sin perder ni un segundo. Se montó en su coche y condujo a toda velocidad.

Fue ahí que comenzaron todos los accidentes y desastres que sucedieron aquel día, y de los que seguro has oído hablar. Enormes atascos en todas las calles de la ciudad, colegios

cerrados, tiendas vacías. Se suspendieron todos los espectáculos y conciertos.

Música, por supuesto, hubo poca.

Nuestra nota se despertó bien descansada y se fue al parque a disfrutar de un poco de sol. Allí se encontró a un pajarillo que no sabía cantar y le ayudó a trinar algunas notas melodiosas. Qué bien sentaba hacer algo así, mucho mejor que hacer sonar aquel horrible despertador. El pájaro, agradecido, la llevó hasta lo alto de un árbol para que disfrutara la vista.

Desde allá arriba, la nota vio la ciudad en un completo caos. ¿Qué estaba pasando? No entendía nada. Y qué mala suerte; para un día en el que ella podía descansar y divertirse, y no iba a poder aprovecharlo. Volvió a casa de inmediato, y en el camino encontró a otras amigas notas con cara de disgusto.

—Estarás contenta con la que has liado —le dijo una de ellas.

—Hoy era día de estreno, y por tu culpa no hemos podido sonar —dijo otra muy enfadada.

La nota no podía creerlo. Se fue corriendo mientras pensaba en aquel desorden, y en que bastaba que ella no trabajase una sola mañana para que la ciudad dejara de funcionar como debía.

Quizás ella no tuviera la suerte de sonar en una ópera, pero, al parecer, su labor era más importante de lo que pensaba.

—Ahora sí que no voy a conseguir un trabajo mejor —pensó—. Aunque quizás sea un buen momento para pedir un aumento de sueldo.

Burbujas y alfileres

Como cada mañana, el marqués don Pomponio Jabonoso y su mujer, la marquesa doña Burbuja de la Pompa, fueron al comedor a desayunar. En la mesa les esperaba su hija Pompita, más madrugadora, y que había comenzado a degustar un delicioso desayuno de diminutas burbujitas de caviar y una copa de un zumo fresco y ligeramente burbujeante.

La marquesa, hambrienta, buscó con la mirada a uno de sus criados y gritó:

—Puntiagudo, ¿dónde está mi desayuno? ¿Es que no has visto que llevo aquí más de un minuto sentada?

—Sí, señora —dijo el criado—. Discúlpeme. Ahora mismo lo traigo.

—Es intolerable. Estos alfileres son cada día más inútiles —gruñó la marquesa.

—Tranquila, querida. Es un sirviente joven, ya irá aprendiendo —le respondió el marqués.

—Son todos una raza de vagos, no se salva ninguno.

Puntiagudo volvió pronto con una bandeja llena de caviar y champán, y sirvió apresurado el desayuno a los marqueses. Luego hizo una pequeña reverencia y se retiró hacia la cocina.

—Un momento, delgaducho —le dijo la marquesa—. Recuérdale a tus compañeros Aguijón y Afilado que tienen mucho trabajo que hacer. Esta noche damos una fiesta y hay que tener listos por lo menos cien globos bien redondos e hinchados. No quiero que se olviden.

—Si, señora —dijo Puntiagudo con voz temblorosa antes de irse.

El palacio de los marqueses era una enorme cúpula transparente hecha de cristal fino, y a través de esta ellos y su hija contemplaron el amanecer. Cuando el sol estuvo bien por encima del horizonte, el marqués le dijo a la pequeña Pompita:

—Hija, mira cómo es el sol. No es alargado ni tampoco cuadrado, sino redondo, como nosotros los burbujos. Por eso somos nosotros quienes gobernamos este mundo, y por eso los alfileres, delgaduchos y raquíticos, siempre serán nuestros sirvientes. Así lo ha querido el destino y así tiene que ser, no lo olvides nunca.

—Sí, papá—dijo ella mientras tomaba otro par de bolitas de caviar.

Puntiagudo había vuelto a la cocina y hablaba con Aguijón y Afilado.

—Maldita *burvieja*. Cómo la odio.

—Es una *burbruja* —dijo Afilado— Ojalá se atragante un día con esas bolitas que tanto le gustan.

—Deberíamos hacer algo, no podemos dejar que nos traten tan mal.

Aguijón, que era el más viejo de todos ellos, se reía al escucharlos.

—Cómo se nota que sois jóvenes. Ellos son los amos y nosotros sus sirvientes, siempre ha sido así, y no hay manera de cambiarlo. Yo también pensaba como vosotros cuando tenía vuestra edad, pero es mejor aceptarlo.

—Aguijón tiene razón —dijo Afilado—. Qué podríamos hacer un puñado de alfileres contra los burbujos. Son mucho más poderosos que nosotros. Si no, no serían ellos los que mandan.

Puntiagudo no dijo nada. Solo se quedó pensando, imaginando cómo sería el mundo si no tuvieran que servir a los burbujos y estos no les trataran tan mal. Ojalá hubiera algún modo de enfrentarse a ellos, ojalá se le ocurriera la manera de hacerlo...

—Por cierto, la marquesa ha dicho que no os olvidéis de preparar los globos para su fiesta.

El libertador

Un día la marioneta notó que se le rompía uno de sus hilos. Otra en su lugar habría pensado que aquello era una desgracia, que ya se notaban los años y el desgaste, pero ella, cansada de que fuera otro quien la manejara, se alegró de que así sucediese. Ahora tenía un brazo suelto, y con él, trabajando pacientemente, consiguió desanudar el resto. Por fin era libre.

Convencida de que sus otras compañeras querrían también librarse de sus ataduras, empezó a idear un plan para cortar todos sus hilos.

—Pero a mí me gustan las historias que me hacen representar —dijo una de ellas cuando empezó a quitarle el de una pierna—. ¿Quién jugará conmigo si no pueden moverme como hasta ahora?

—Créeme, estarás mejor así. El niño te ha convencido de que está bien ser la protagonista de sus teatrillos, pero una marioneta debe andar libre para ser feliz.

Y antes de que la otra marioneta tuviera tiempo de protestar, ya no tenía hilo ninguno y era incapaz de volver a atárselos ella misma.

Otras no pusieron pegas y le agradecieron que las liberara, pero no fueron pocas las que se quejaron y le pidieron que las dejara en paz. Querían seguir como antes, les gustaba actuar y que otros se sirvieran de ellas para contar historias.

—Hago reír a los niños —dijo una con voz triste para convencerle de que la dejara.

Pero la marioneta siguió desatándolas a todas y no pensaba parar hasta que ni una sola de sus compañeras valiese ya para los juegos de los demás.

Había entre los títeres un guiñol, es decir, uno de esos títeres de guante que se manejan metiendo la mano en ellos. Al guiñol le gustaba que lo utilizaran y era uno de los favoritos del niño. Y como no tenía hilos que pudieran cortarse, se creía fuera de los planes de la marioneta.

—No te preocupes, amigo, que también me encargaré de ti —le dijo esta.

—No, si yo quiero seguir así. Mejor que no hagas nada.

Pero la otra no escuchaba. Con los hilos que había desatado de las demás, le cosió la entrada del guante al guiñol y lo dejó inutilizado.

—Ahora ya nadie vendrá a decirte lo que tienes que hacer, ni jugarán a ponerte voces raras.

Y se fue a seguir con su plan sin ver que el pobre guiñol se quedaba deprimido y triste.

Cuando acabó con las marionetas, no se detuvo. Ahora quería cortar todos los hilos y cuerdas que viera en cualquier juguete. Arrancó el cordel con el que se arrastraba un trenecito de madera, quitó los cordones de los zapatos de una muñeca, y cortó la cuerda de un yo-yo.

—Se acabó el subir y bajar cuando otros te lo manden, compañero —le dijo a este, convencido de su buena acción.

El niño llegó para jugar con su colección de marionetas y las encontró todas deshechas. Su guiñol preferido estaba cosido y no podía tampoco usarlo. ¿Qué iba a hacer ahora sin sus títeres?

Desde su sitio, la marioneta vio al niño y se sintió poderosa. El mundo necesitaba de alguien como ella, no había duda. Qué orgullosa se sentía de sí misma. Y las otras marionetas que no habían sabido reconocer su trabajo pronto se darían cuenta del favor que les había hecho y vendrían a agradecérselo.

Se repitió que había hecho algo importante por las vidas de las demás marionetas y juguetes, e incluso la de ese violín a quien nadie podría ya hacer sonar contra su voluntad. El mundo era ahora un lugar más feliz y justo.

O al menos, eso pensaba ella.

Revuelta en el diccionario

Las primeras protestas se iniciaron en las páginas correspondientes a la letra J, habitadas tradicionalmente por palabras con poco uso.

—No podemos seguir así, yo hace ya tiempo que no salgo en ningún texto —dijo *Jaez* con tipografía de estar indignada.

—Qué me vas a contar a mí… —le respondió *Jofaina* apesadumbrada—. No podemos quedarnos de brazos cruzados, hay que hacer algo.

Y así, con la ayuda de otras palabras, se organizaron para pedir que no se olvidaran de ellas.

—Con todas estas palabras modernas, la gente ya nos nos usa. ¡Reclamemos nuestros derechos! —dijo *Yantar*

—Yo antes estaba en boca de todos —se quejaba *Pupitre*—, pero ahora apenas se me escribe, y ya nadie me pronuncia. Pobre de mí, yo que no tengo más acepciones que esta, ¿qué

voy a hacer ahora si no valgo para nombrar ninguna otra cosa?

—No sabes lo bien que te entiendo —le respondió *Plumier* meneando una de sus letras.

Surgieron protestas parecidas en casi todas las letras, y a estas se les sumaron otras nuevas reivindicaciones.

—Vienen de fuera y nos quitan el trabajo. Es intolerable —protestaba *Balompié*.

Pero no todo eran apoyos a la causa. Algunas palabras populares y sencillas veían aquella protesta como algo rancio y propio de las clases privilegiadas de otro tiempo, y comenzaron a quejarse de la importancia que se le daba a las palabras más rimbombantes.

—¡Arriba, compañeras! —arengaba *Dar* desde lo alto de su página—. Nadie como nosotras para transmitir un mensaje claro. Que las palabras largas y rebuscadas no se queden con nuestro trabajo.

—¡Fuera las palabras compuestas! ¡Abajo las palabras burguesas!

La tensión fue creciendo, y una tarde incluso tuvieron que escoltar a *Interpelar* y *Alocución* cuando iban de camino a su trabajo en el articulo de un columnista muy pedante.

—Por no hablar del daño que ha hecho lo políticamente correcto —se lamentaba *Tullido*—. Yo que nunca había tenido mala intención y de un día para otro ya casi no encuentro quien me dé trabajo.

Cuando la situación era ya insostenible, los académicos, muy serios y solemnes, decidieron finalmente intervenir y poner orden. Algunas palabras fueron eliminadas del diccionario, y a otras se les cambiaron sus acepciones, ahora que ya parecían no servir para nombrar ciertas cosas. Justificaron aquello diciendo que el diccionario recoge el uso que la gente hace de las palabras, pero a aquellas que fueron castigadas les pareció que era una decisión injusta.

—La autoridad siempre al servicio de los poderosos —se quejó *Pardiez*.

II.

Historia de un globo

El niño cogió el globo y con un rotulador le pintó un ojo. Luego otro. Con eso el globo pudo ver, y lo primero que se encontró fue una fiesta. Había muchos otros globos, y también más niños, y sobre la mesa una gran tarta con un número cinco. El niño le pintó una boca y el globo sonrió.

Terminó la fiesta y el padre empezó a recoger. Se llevó muchos globos, pero el niño consiguió que dejara unos pocos, y él estuvo entre ellos.

Pasaron los días y el globo notó que había perdido volumen. Tenía menos aire y, cuando el niño lo lanzaba hacia lo alto, ya no se quedaba flotando tanto tiempo. Nada de lo que debiera preocuparse. Además, parecía que a todos los demás les pasaba lo mismo.

Siguió perdiendo tamaño y, con el tiempo, empezó a arrugarse. Se le notaban ya algunos pliegues, y la tinta del rotulador quedaba ahora más gruesa. «Me hago viejo», pensó.

Un día uno de los globos se desinfló de repente. Poco después a otro de ellos lo atrapó el gato de la familia y lo pinchó con sus garras. Así vio marcharse a muchos de sus amigos.

Le quedaba ya apenas aire, pero los pocos otros que seguían con él tenían aún menos, y cuando se vaciaban por completo el padre venía y los tiraba a la papelera.

Llegó un momento en que no hubo más globos, solo él. Estaba tan desinflado que ya el niño no lo tiraba al aire, sino que lo guardaba junto a sus otros juguetes como si fuera un pequeño peluche de goma.

El globo vivió hasta la edad de un año, una cifra sorprendente para un globo de su clase. Antes de perder todo su aire, lo último que vio fue otra fiesta, muchos globos nuevos bien hinchados, y el niño pintándole ojos y boca a uno de ellos.

Sobre la mesa había una tarta con un número seis.

Papeles al viento

Los papeles llegaban siempre desde el este. Los traía el viento de la tarde, una brisa suave que llevaba volando folios como pájaros.

El lunes era el día de la poesía. Las hojillas eran pequeñas, como de libro de bolsillo, porque los poemas eran todos ellos breves y no hacía falta más. Sucedía lo mismo los martes, que eran los días de cuentos. Los niños recogían hojitas multicolores con ilustraciones y fábulas, y por las noches los padres se las leían en voz alta antes de dormir.

Los miércoles eran días de novela, y como una novela no cabe en una sola página, la gente se juntaba después de que llegaran las hojas para compartir lo que habían recogido e intentar completar los capítulos. A veces pasaban meses hasta que lograban reunir todas las páginas de un libro, y solo entonces lo leían de principio a fin.

Los jueves eran diarios o memorias, y a veces artículos como los que aparecen en los periódicos. Los viernes, teatro.

Los fines de semana eran diferentes. El sábado el viento traía papeles, pero estos no tenían nada escrito, eran solo simples cuartillas en blanco. La gente salía como de costumbre a recogerlas, y después escribía en ellas las historias que había estado imaginando durante el resto de la semana. El domingo el viento no traía nada, y desde las ventanas los habitantes del pueblo dejaban volar las historias que habían escrito el día anterior, con la ilusión de que así llegarían a otro pueblo y alguien se emocionaría con ellas.

¿De dónde venían aquellos papeles? ¿Por qué lo hacían de aquella manera? Nadie lo supo nunca. De hecho, nadie trató de averiguarlo. Tan solo los esperaban cada día, los recogían y los leían después. O escribían sus historias y las echaban a volar, como hago yo con esta mía, hoy domingo, desde la ventana de casa.

Gusanos

El primer gusano se instaló en una manzana. Era una manzana aún fresca y crujiente, y le pareció perfecta para tener allí su hogar. «Es el sueño de todo gusano», se dijo. Así que comenzó a morder y en unos minutos ya había llegado al corazón de la fruta. Satisfecho, se dispuso a vivir allí el resto de sus días.

El segundo gusano andaba buscando también una manzana, pero se le ocurrió que aquello era demasiado vulgar. Sus padres habían vivido siempre en una manzana, y también todos sus amigos, pero él quería ser diferente. «Puedo aspirar a algo más, no quiero ser como todos los demás» pensó. «Nos enseñan que los gusanos debemos vivir en una manzana, pero, ¿por qué no hacerlo en otra fruta».

Con esta idea en la cabeza, comenzó a buscar un lugar distinto en el que asentarse, y pronto encontró uno que le

satisfacía: un melocotón. Comió hasta llegar a su centro y se sintió feliz de hacer de aquel rincón su hogar.

El tercer gusano quiso ser aún más ambicioso. Por supuesto, no iba a vivir en una manzana como los demás, pero un melocotón también le parecía poca cosa. En el fondo, no era tan distinto de una manzana, y él quería algo más exclusivo. Iba pensando en ello sin saber bien qué hacer, cuando de pronto encontró la solución: un coco.

Bien es cierto que para un gusano no resulta fácil acceder al interior de un coco, y quizás por eso no había oído nunca hablar de ninguno que habitara en una de tales frutas, pero no había duda de que era algo de lo más exclusivo. Y sin pensárselo dos veces, empezó a mordisquear la corteza. No fue una tarea sencilla, pero al cabo de unas horas llegó a la carne, y desde allí al espacio vacío de su interior, lleno con la leche del coco.

«Esto sí que es una casa lujosa», se dijo con orgullo. «Es una auténtica fortaleza, hay espacio de sobra, y además tengo incluso piscina privada». Y allí se echó a dormir feliz después de tanto trabajo.

El cuarto gusano supo de aquello y no quiso ser menos. Antes le habría bastado con una manzana, pues eso era lo que durante toda su vida le habían dicho que debía hacer, pero ahora, viendo a los demás, se dijo que él era un gusano mejor que el resto y necesitaba un hogar a su altura.

Anduvo buscando y no encontró nada, solo otras manzanas y melocotones. No había más cocos, pero, incluso si

hubiera encontrado uno, no habría hecho el esfuerzo de instalarse en él. Era demasiado trabajo, y además ya no era algo novedoso. En eso estaba cuando apareció enorme ante él la solución a su problema: una sandía.

Se puso a comer y comer, y al cabo de un rato ya había excavado una docena de túneles y cámaras. Tenía un salón, una habitación, un cuarto de invitados, y un puñado de otras salas que no sabía siquiera para qué le servirían. «Vaya mansión», pensó. «Tengo más habitaciones de las que necesito, y aún me queda espacio para más si hiciera falta. Y qué fresco se está aquí dentro, nada que ver con él calor que hace en verano dentro de una manzana».

Quedaba un último gusano y aquel tampoco tenía casa. Pero este no quiso buscar un hogar, sino que prefirió deambular por el suelo y cobijarse bajo las frondas. Se arrastraba con sigilo y siempre miraba que no hubiera pájaros alrededor.

Los otros le miraban con superioridad desde sus casas grandes o pequeñas, sus manzanas, melocotones, cocos o sandías, y pensaban que aquella era una vida triste y aquel un gusano holgazán y sin futuro.

Pero cada noche, el gusano sin fruta excavaba un pequeño agujero en la tierra y se echaba a dormir. Y al hacerlo, imaginaba que el mundo era una fruta enorme y redonda, y se compadecía de esos otros gusanos en sus minúsculas casas.

El náufrago y el árbol

Desde la playa del pequeño islote, el náufrago veía hundirse los últimos restos de su barco. No había nadie más con él. Toda la tripulación se había ahogado.

Cuando pasó la tormenta, decidió recorrer la isla. Era poca cosa, pero encontró árboles con cuyas ramas podría hacerse una cabaña y unos cuantos cocoteros de los que podría comer. Partió un coco y le pareció delicioso. De hecho, le pareció tan bueno que olvidó de inmediato la poca comida que había salvado del barco en una bolsa, y que no consistía más que en una manzana y un poco de pan. El pan se lo comieron los pájaros y la manzana cayó al suelo y se pudrió.

Pasaron los meses y el náufrago se acostumbró a sus rutinas. Se hizo un arco y unas flechas, y aprendió a cazar pequeños animales. Por las tardes, se daba baños en la playa mientras veía atardecer. Sobrevivir ya no era un problema, pero se sentía solo, y no tenía esperanza de que nadie lo re-

cogiera. De la manzana había nacido un pequeño manzano al que le empezaban a salir ya las primeras hojas.

Siguió pasando el tiempo, y el náufrago echaba cada vez más de menos un poco de compañía. Aborrecía ya el sabor de los cocos, detestaba la playa. Habría dado lo que fuese por volver a ver a sus amigos, pasear por su ciudad, probar su comida de siempre.

Una mañana, se dio cuenta de que el manzano tenía una pequeña manzanita. Aún no estaba madura, pero faltaba poco.

Días más tarde, pasó por delante del árbol y vio la manzana, ahora ya en su punto. La cogió y le dio un mordisco. Al instante, aquel sabor le trajo de vuelta el recuerdo de su anterior vida. Recordó el frutero de su cocina, las montañas de fruta en el mercado de la ciudad, el olor de las tartas de manzana que a veces preparaba en el horno. Y con ello vinieron de pronto todos los olores y sensaciones de esos días ahora tan lejanos. En lugar de entristecerse más y ponerse melancólico, se sintió feliz, como si por un momento hubieran venido a salvarle de su soledad y estuviera de vuelta en su viejo hogar.

El árbol creció y dio cada vez más manzanas. Él las guardaba como un tesoro y cuando las comía volvía por un momento a casa.

Para combatir la soledad, empezó a hablar solo, pero al poco tiempo ya no se hablaba a sí mismo, sino al árbol. Y a

cambio de cada manzana, compartía con él un chorrito de sus reservas de agua de lluvia.

El náufrago ya era anciano cuando un día, mientras miraba aburrido al horizonte, creyó ver un barco a lo lejos. Hacía tiempo que había perdido la esperanza de que lo rescataran, pero por un instante volvió a creer que tendría suerte. Encendió de inmediato un fuego y se sentó a observar sin despegar la vista de aquel punto negro.

Efectivamente, era un barco, y además le habían visto y venían hacia su islote. Dos hombres llegaron en un pequeño bote. Resultaron ser amables y le dijeron que lo llevarían con ellos de vuelta a la civilización.

—Suba a la barca, amigo.

El náufrago miró a la pequeña embarcación.

—Pero ahí no cabemos todos — les dijo.

Los hombres se miraron sorprendidos. Había espacio de sobra para los tres.

—Tenemos que meter también el árbol — aclaró señalando al manzano.

Estuvieron discutiendo durante unos minutos. Los marineros estaban convencidos de que, después de tantos años de soledad, el náufrago había perdido la cabeza, pero aun así intentaron hacerle entrar en razón. Sin embargo, este no cedía e insistía en que había que llevar también el manzano.

—Ni siquiera tenemos palas en el barco para desenterrarlo.

—Si me esperan, yo mismo lo desenterraré con mis manos.

Al final, desistieron, y el náufrago les miró con tristeza.

—Lo siento, no podemos ayudarle. ¿Seguro que no quiere venir?

El náufrago negó con la cabeza.

—No se preocupen. Seguro que pronto pasa otro barco.

Los hombres subieron al bote y se alejaron remando.

Desde la orilla, el náufrago los vio perderse mar adentro mientras mordía una manzana.

Caracola

El hombre vio la caracola tirada en mitad de la playa, se acercó hasta ella y la recogió. Luego se la llevó al oído y comprobó que, al igual que en todas las caracolas, en aquella también resonaban el mar y el oleaje.

«Me la llevaré a casa, y así podré escuchar el sonido de las olas cuando quiera», pensó. Puso la caracola en su mochila y siguió caminando.

En la caracola se había instalado un cangrejo muy pequeño. Era tan pequeño y estaba metido tan al fondo de la concha que el hombre no lo vio. Al notar que movían su casa, el cangrejo se metió más al fondo aún y no salió de allí en mucho tiempo, hasta que estuvo seguro de que no habría más movimiento. Para entonces, el hombre ya estaba en casa y había puesto la caracola encima de un mueble. Cuando el cangrejo se asomó, descubrió con tristeza que no había mar alguno a la vista.

Salió de la caracola y recorrió la casa. No encontró ni rastro del océano. Volvió a entrar en su concha y se quedó allí, con su nostalgia de mar y de salitre, a esperar a que acaso una marea lo lleve de vuelta a su playa donde pueda ver el mar como antes hacía cada mañana.

Y ahí sigue, convencido de que volverá al mar algún día. Porque a veces, cuando también él echa de menos el mar, el hombre se lleva la caracola al oído. Y entonces, en el eco de su oreja, el cangrejo oye durante unos segundos el rumor de la marejada y eso le mantiene viva la esperanza.

El cielo bajo el mar

Cada vez que la sirena se sumergía hasta el fondo del mar, llevaba consigo un buen puñado de historias, y los otros habitantes del océano se sentaban a su alrededor para oírselas contar. Como era la única que podía salir al exterior y respirar, los animales de las profundidades la escuchaban con curiosidad, ya que nadie sabía tanto como ella acerca de ese otro mundo fuera del agua.

La sirena se acercaba a los pescadores y les oía comentar la actualidad del mundo, y con ello bajaba luego al fondo marino y tenía siempre alguna historia interesante que contar.

Un día los hombres consiguieron viajar al espacio. Qué gran proeza, el primer paso hacia la conquista del universo, y allá en tierra no se hablaba de otra cosa. La sirena, puntualmente, llevó la noticia a sus amigos, convencida de que aquel era el mejor relato que hubiera tenido jamás. Pero ellos, que

no habían estado nunca fuera del agua, apenas entendían de qué hablaba.

—¿El cielo? ¿Las estrellas? ¿El cosmos? ¿Qué es eso? —preguntaban.

Se dio cuenta de que no les había hablado antes del cielo, y que, para alguien que ha vivido todo el tiempo en las profundidades y al levantar la vista no ve más que agua, aquel era un concepto extraño. Así que les habló de ello y de cómo viajar al espacio había sido siempre un sueño inalcanzable para los hombres.

—Cos-mo-nau-ta— repitió con mucha lentitud el caballito de mar— . Qué interesante suena.

Acabó la sirena de contar aquello y todos volvieron a sus casas pensando en el cosmos y las galaxias. No solo había un mundo fuera del mar, sino que había otro mundo aún más allá, ¡un mundo exterior a lo que ellos llamaban mundo exterior! Y si para ellos era imposible salir a este, más todavía lo era llegarse hasta aquel, y con más ensueño aún pensaban en él.

Recostados cada cual en una esponja, pasaron todos esa noche mirando hacia lo alto. Y si veían pasar alguna estrella de mar, imaginaban que era una de aquellas estrellas brillantes de las que hablaba la sirena. Y cuando cruzaba un pulpo, soñaban que era un cometa, y sus tentáculos la cola brillante de uno de ellos.

La primera naranja

En la plaza de Jamma el Fna de Marrakech, los vendedores de zumo de naranja exprimen estas ante los ojos del comprador y le despachan el jugo más delicioso de todo Marruecos. Hay muchos, jóvenes y viejos, y ni se sabe la cantidad de naranjas que cortan y exprimen cada día.

Uno de esos vendedores, un señor mayor que llevaba ya muchos años regentando su puesto, se hizo esta pregunta una mañana mientras esperaba a su primer cliente: ¿Cuántas naranjas habré cortado a lo largo de mi vida? Y como le gustaban los números, se propuso calcularlo.

Aquel día, contó cada naranja que utilizó, y lo mismo hizo en los días siguientes. Con eso, ya tenía una idea de cuántas naranjas cortaba más o menos cada jornada. Después, ya en casa, calculó los días que trabajaba al año y el número total de años que hacía desde que empezó en aquel oficio. Y con aquello, ya pudo estimar el total de naranjas

que habían pasado por sus manos. Era una cifra gigantesca, algo impresionante.

Al día siguiente, cuando se juntó a tomar el té con los amigos al final de la tarde, le sumó a aquella cifra las naranjas de esa jornada, y les dijo que acababa de exprimir su naranja numero tropecientos.

Todos se quedaron sorprendidos. Qué cantidad más descomunal. Pero las cifras del vendedor cuadraban, así que no estaba mintiendo. Al día siguiente, los otros vendedores se pusieron a hacer sus propias cuentas, también con resultados colosales, y las ponían en común para asombrarse todos ellos de la cantidad de fruta a la que le habían sacado su jugo durante sus vidas. Algunos incluso escribieron sus números correspondientes en una pizarrita que decía cosas como «Compre en nuestro puesto. ¡Más de X naranjas exprimidas desde 1950!», e iban actualizando esa X cada día ante el asombro de los turistas.

Aquel juego de los vendedores de zumos se extendió a los demás comerciantes de la plaza. El vendedor de almendras garrapiñadas, un anciano centenario que despachaba su dulce mercancía en cucuruchos de papel con un pulso débil, contó las almendras que añadía de media en cada cucuruchito, los cucuruchos que vendía al día, y el número de años que llevaba trabajando. Como era tan viejo y las almendras son más pequeñas que las naranjas, le salió un resultado que hacía que los de los vendedores de zumo parecieran ridículos.

Pero el ganador indiscutible fue el vendedor de especias. Tuvo a su familia durante una semana contando las pequeñas motitas de polvo que había en un solo gramo de su preparado de especias para cuscús, y, con cálculos similares, estimó cuántas de esas minúsculas motas había vendido a lo largo de su carrera. Era un número tan grande que nadie sabía ni cómo llamarlo, para orgullo del vendedor.

Aquel era un juego tonto, pero les entretenía buscar los números más exagerados.

Una tarde, se unió a los comerciantes a la hora del té un joven que acababa de empezar como vendedor de zumos, sustituyendo a un hombre ya demasiado viejo que se había jubilado. Había sido un mal día para él. Nada más empezar, el exprimidor se le había roto, y había pasado el resto del tiempo reparándolo.

Escuchó a los otros hombres contar cada uno sus números, y aunque no supo muy bien a qué venía aquello, le pareció gracioso y quiso participar.

—Pues yo hoy he exprimido mi primera naranja— dijo algo azorado—, y ni siquiera he podido sacarle el jugo a una segunda, porque se me ha estropeado el exprimidor.

Bajó la cabeza esperando que fueran a reírse de él, pero de pronto todos se quedaron en silencio. Se habían olvidado de sus grandes números, de los muchos años que llevaban haciendo lo mismo, y se acordaban ahora de cuando eran como aquel muchacho y empezaban a vender sus productos en la plaza. La primera naranja…qué lejano sonaba aquello.

Uno de los vendedores de zumo recordó a su padre, que le exprimía de niño un vaso cada mañana. Otro se acordó de cómo hablaba con la gente entonces cuando les vendía su jugo, una costumbre que con los años había perdido. Y otro recordó el ambiente de la plaza en aquellos tiempos, muy distinto del de ahora.

El vendedor de almendras garrapiñadas se acordó de su primer cucurucho, que regaló a una chica con el pelo muy moreno de la que estaba perdidamente enamorado. Y al de las especias le vino a la memoria lo bien que olía el cuscús que preparaba su madre, a la que, cuando él aún era un vendedor novato, le llevaba cada semana un saquito con sus mejores especias.

El joven se quedó sorprendido al verles a todos tan silenciosos y con esas miradas agridulces.

—Tranquilo—le dijo otro vendedor de zumos—, no tengas prisa. Tienes aún tiempo de sobra para exprimir muchas naranjas.

Y según lo decía, una lagrimita de color anaranjado se le escurrió por la mejilla.

El niño que lloraba galaxias

En aquel entonces el universo era aún pequeño. Se podían contar las estrellas en el cielo nocturno y las constelaciones no existían.

El pequeño Leo, como todos los niños, nació llorando. Los que esa noche miraban al cielo vieron aparecer un punto brillante que no recordaban haber visto antes, y cada cual inventó una explicación para ello.

En los días sucesivos, nuevas estrellas aparecieron sin que nadie supiera el porqué. Y a veces, no era solo una de ellas, sino un puñado de motas luminosas, todas en el mismo rincón de la bóveda celeste.

Los primeros que se dieron cuenta fueron, lógicamente, los padres de Leo. Cada vez que el niño lloraba, al instante aparecía una estrella. Y si el llanto era más intenso, aparecían varias. No había lugar a dudas: el llanto de su hijo hacía nacer luceros y pequeñas constelaciones.

No dijeron nada a nadie, pero cuando Leo creció, otros no tardaron en darse cuenta. Le pedían que les hiciera brotar una estrellita, pero como él no podía llorar sin más, le hacían toda clase de cosas feas para que se sintiera triste y así soltara alguna lagrimilla. Sus compañeros del colegio empezaron a portarse mal con él.

—¿Ves esa estrella de allí tan brillante? Esa es del día en que no le invité a mi cumpleaños —llegó a presumir uno de sus antiguos amigos.

El pobre Leo ya no quería jugar con los otros niños ni ver a nadie. Se quedaba en casa, porque sabía que, si salía, alguien intentaría hacerle llorar. Pero se sentía solo y, algunas tardes, también lloraba por no tener con quien jugar. Los demás, jugaban a adivinar si había aparecido alguna nueva estrella esa noche.

El día en que Leo conoció a Lea, el cielo ya tenía suficientes estrellas como para que no fuera fácil contarlas, pero aún faltaban casi todas las que hoy conocemos. Lea era una niña muy sonriente que vino a vivir en la misma calle que la familia de Leo. Se cruzaron por casualidad mientras él iba de paseo con su madre, y ella le invitó a venir a su casa. Esa misma tarde los dos jugaron durante horas y se hicieron muy amigos.

Lea era divertidísima, no paraba de hacer bromas y se le ocurrían las ideas más locas. Tan divertida que a veces Leo acababa llorando de la risa cuando jugaban juntos. Y aunque ni él ni ella se dieran cuenta, porque mientras jugaban

solo se miraban el uno al otro, cuando Leo lloraba de la risa aparecía en el cielo no una estrella solitaria, sino una galaxia al completo.

Leo y Lea pasaron juntos toda la vida. Ella le hizo llorar de risa y también de felicidad, y cada vez que eso sucedía, el universo ganaba una nueva galaxia.

Entre los dos, llenaron el cielo hasta dejarlo como hoy lo conocemos.

Leo perdió a Lea una noche de cielo claro, cuando los dos eran ya muy mayores, y de lo que lloró entonces nacieron las estrellas más brillantes. Lloró esa noche y las que vinieron después, y cuando más tarde él mismo murió, el cielo dejó de llenarse y no ha cambiado hasta hoy día.

El final de esta historia es algo triste, lo sé. Hay quien no puede evitar soltar una lagrimilla al leerlo. Si tú eres de esos, mira hacia arriba y busca por si acaso encuentras algo diferente. Quizás hayas hecho aparecer una nueva estrella, quién sabe.

Pan

El señor Antúnez no da de comer pan a las palomas, sino al contrario: da de comer palomas al pan. El señor Antúnez tiene como mascota una hogaza muy peculiar, y cuando esta tiene hambre la lleva a la plaza en una talega de pan muy cómoda y mullida, se sienta en un banco, y la saca para ponerla sobre sus rodillas. Las palomas vienen entonces hacia él convencidas de que ha llegado su hora de comer, y el señor Antúnez deja su hogaza en el suelo. Y cuando aquellas se acercan a picotear, la hogaza, que es muy voraz y tiene gran apetito, abre de pronto una boca enorme con dientes hechos de corteza de pan seca y se merienda un par de ellas sin dejar ni una pluma. Las demás salen volando asustadas, y la hogaza vuelve a parecer un simple trozo de pan inerte esperando a que alguien corte de ella una rebanada y le ponga un poco de queso encima.

Como sabe que la gente no va a entender que tenga una mascota de esta clase, el señor Antúnez suele sacarla a comer a primera hora del día, cuando no hay apenas nadie en la calle. Después recoge el pan, se lo queda sobre su regazo y le hace mimos. Acariciarlo no es muy agradable, pero está tierno y le gusta que le aprieten con cuidado por la parte de abajo, que el señor Antúnez supone que habrá de ser como la tripa en los gatos o los perros.

La hogaza, claro está, no habla, pero el señor Antúnez la entiende de la misma manera que otros entienden a sus animales de compañía. Y en el fondo no le parece tan mal que vaya por ahí comiéndose palomas de aquella forma, porque las palomas se comen a su vez el pan, y su hogaza no hace sino tomar venganza por todas sus compañeras desmigadas y devoradas por estos pajarracos glotones.

Algunos días, en lugar de a la plaza, el señor Antúnez lleva a su hogaza al estanque del parque, lleno de carpas. Cuando lo intuyen llegar, los peces se arremolinan a la espera de unas migajas, pero en su lugar el buen hombre les echa la hogaza entera. Y antes de que tengan tiempo de acercarse a darle un mordisco, el pan abre una boca como un tiburón y se traga un par de ellos. Después queda flotando y el señor Antúnez lo recoge con cuidado y lo pone al sol para que se seque, porque ya se sabe que el pan cuando está húmedo cría moho y eso no es bueno para la salud.

A veces, para la cena, el señor Antúnez se fríe un par de huevos y deja las yemas bien líquidas y jugosas como a él le

gusta. La hogaza lo mira desde el otro lado de la mesa y él cree verla entreabrir la boca, igual que hacen los perros para enseñar los dientes cuando están alerta. Y al señor Antúnez no le queda más remedio que comerse el huevo con cuchillo y tenedor, tan elegante él pero sin nada que mojar en esas yemas, y piensa que quizás fuera mejor tener un gato o un perro como el resto de la gente.

Rayos

Cuando llegaban aquellas tormentas, las serpientes subían a los árboles para tener un mejor punto de vista, y allí se quedaban absortas mirando el cielo. Veían caer los rayos, las líneas serpenteantes sobre el firmamento, y pensaban que era una gran diosa serpiente hecha de luz, una serpiente luminosa y enorme que en esos días se aparecía ante ellas para revelarles alguna verdad. Y temerosas de no merecer la piedad de esta, inclinaban sus cabezas cada vez que el cielo se iluminaba.

Un ritual parecido era el de las lombrices, que salían de la tierra y se quedaban erguidas mirando el cielo, con la mitad de sus cuerpos aún en el suelo y la otra mitad fuera para observar el espectáculo. También veían su propia forma en cada relámpago, el trazo de aquellos pulsos de luz no dejaba lugar a dudas, y creían que era una diosa lombriz la que se

arrastraba por la bóveda celeste dejando tras de sí ese rastro brillante.

Las aves, por su parte, creían que los rayos eran plumas celestiales, y que aquello era obra del dios pájaro de los alimentos, porque cuando el cielo se cubría de destellos, las lombrices asomaban como flores por entre la hojarasca y la comida era abundante. Después de que pasara la tormenta, cantaban con sus mejores trinos para agradecer la ofrenda.

Y los ratones, que pasaban el resto del tiempo escondidos y no se arriesgaban apenas a salir de sus madrigueras, creían que aquellas luces eran la ira de un dios ratón contra sus enemigos, porque cegaban a los búhos y hacían que las serpientes quedaran hipnotizadas en las copas de los árboles, y aquel era el único momento en que podían salir a recorrer el bosque sin peligro. Luego volvían a sus casas y allí rezaban a ese dios ratón, con la esperanza de que pronto trajera más lluvias y sembrara de nuevo el miedo entre los depredadores.

Solo los erizos, que nunca sintieron la necesidad de crear su propia mitología, no creían en nada ni interpretaban aquello de manera alguna. En las noches de tormenta, caminaban con sus parejas hasta algún claro, se sentaban juntos a observar bajo la lluvia y se miraban entre sí ensimismados a la luz tan blanca de los rayos. Y allí no había más dios que el otro ni más religión que la de ellos mismos.

Bajar el cielo

Adelita se tumbó en el jardín a ver las estrellas, pero le parecieron todas muy lejanas y diminutas. Le gustaría verlas más de cerca, aproximar un poco las galaxias y poder observar con más detalle algún planeta. ¿Y por qué no tratar de bajar un poco el cielo? A saber por qué lo habían pintado allí tan alto, si bastaba con ponerlo un poco por encima de la tierra y no hacía falta tanto espacio. Se puso en pie, cogió una linterna, y se marchó a buscar una manera de bajar el cielo.

Mira tú por dónde, en un rincón del bosque fue a encontrar lo que buscaba. El mecanismo era bien sencillo, apenas una manivela que hacía un ruidito como el cricrí de un insecto. La giró un par de vueltas y se dio cuenta de que aquel no era el sentido correcto: toda la bóveda celeste se alejó aún más, y solo se veían las estrellas más brillantes. La luna era no más que una uña de luz.

Giró la manivela en el otro sentido y dejó el cielo a la distancia que le pareció adecuada, aún con amplitud suficiente pero con todo más al alcance de la mano. Y qué hermosos lucían los planetas ahora, y qué impresionante ese cielo, tan iluminado y a la vez tan negro, porque se veía su oscuridad tan cerca que uno casi podía tocarla.

En el otro lado de la Tierra, sin embargo, el cambio no fue bienvenido de igual manera. De pronto el cielo estaba demasiado cerca y no quedaba entre él y el suelo espacio suficiente.

Los aviones no podían elevarse como de costumbre y volaban más bajos, llenando todo con su ruido. El sol estaba ahora tan cerca que el calor era sofocante, aunque, para compensar, las sombras eran más largas y la gente iba presurosa a refugiarse bajo ellas.

Un globo aerostático que llevaba turistas a ver la ciudad desde el aire quedó bloqueado contra el cielo igual que el globo que suelta un niño y queda sujeto contra el techo. Los pasajeros pidieron la devolución de su dinero, porque, según dijeron, aquella altura no era suficiente para apreciar la ciudad en todo su esplendor y esperaban algo distinto.

A mitad de la tarde, Celedonio se dio cuenta de que, con aquel calor, se le estaban secando los rosales de su terraza.

—Esto no puede ser —dijo mientras le quitaba a una flor unos pétalos mustios.

Y sin perder ni un instante, salió a buscar la manera de volver a alzar el cielo como quien alza un telón.

Lo encontró al final de un callejón, casi por casualidad. Una manivela de madera gastada sujeta en un muro de piedra. Le dio vueltas con tal emoción que levantó el cielo demasiado alto, y para corregir tuvo que dar después un par de ellas en sentido contrario. Y cuando estuvo satisfecho y le pareció que había quedado todo igual que antes, se volvió a casa a regar sus macetas.

Al otro lado del mundo, las estrellas volvieron a perderse en la inmensidad del universo. A Adelita aquello ya no le importó, porque ni siquiera se dio cuenta de ello. Hacía horas que dormía a pierna suelta y soñaba con galaxias luminosas.

El cielo y el lago

Una noche de verano, el cielo se cansó de prestarle al lago sus estrellas y su luna. Se veían tan hermosas reflejadas sobre el agua que todo el mundo las prefería allí, en la superficie, y en lugar de alzar la vista miraban hacia el lago y se quedaban contemplándolo.

«No es justo», pensó el cielo. Y a la noche siguiente se guardó las estrellas y los cuerpos celestes, escondió la luna en la otra cara del mundo, y la noche quedó completamente oscura.

La gente que salió a pasear no veía nada más allá de sus manos. Los insectos buscaban desesperados un fanal por el que guiarse, pero no encontraban más que negrura.

Guiadas por el frescor del agua, las luciérnagas empezaron a sobrevolar el lago. Los peces, despistados con tanta oscuridad, veían sus brillos y subían veloces a la superficie, y allí la

luz de los insectos se reflejaba en sus escamas y parecía titilar como un lucero distante.

Fue así que el lago volvió de nuevo a centellear a la manera de un cielo estrellado, y todos los que se asomaban a la noche en los alrededores lo admiraban aún más que antes, por ver que el cielo estaba vacío y aun así las aguas estaban pintadas de luz igual que entonces.

El cielo tuvo envidia y quiso volver a sacar sus luces, pero pensó que, por una vez, quería también ser él como un espejo y copiar la belleza de otros, así que no hizo más que tomar prestados todos esos brillos del lago y dejar que se reflejaran en el firmamento.

La gente entonces volvió a mirar hacia lo alto. Señalaban maravillados la bóveda celeste, como si tras esos días de oscuridad total hubieran olvidado la profundidad del universo. Y el cielo se sintió bien y volvió a encender sus constelaciones, y aquella noche además trajo una luna llena más grande que nunca.

En la orilla, un niño tiró una piedra, y una pequeña onda echó a correr por la superficie del agua. El cielo respondió con una estrella fugaz.

Hacia atrás

Aquella mañana las hormigas comenzaron a caminar hacia atrás. Algo extraño había sucedido que las hacía moverse de espaldas en lugar de hacia el frente, de la manera habitual.

A pesar de la sorpresa, siguieron desfilando como de costumbre y aplicándose a sus tareas, aunque, eso sí, con algo más de torpeza y lentitud. Largas hileras de hormiguitas atravesaban el campo, con la diferencia de que ahora se movían en sentido contrario al que cabría esperar.

Esto intrigó mucho al caracol, aunque mayor aún fue su desconcierto cuando quiso acercarse a mirar lo que sucedía y vio que también él avanzaba hacia atrás. «Ahora además de ser lento me muevo al revés», dijo lamentándose.

Nada más abrir un ojo, el zorro se sintió hambriento y pensó que era hora de buscarse algo de desayuno. Vio a lo lejos un conejo y echo a correr hacia él, pero cuál no sería su sorpresa cuando se dio cuenta de que se movía en sentido

contrario y se alejaba de este. Así no iba nunca a atraparlo. Dio media vuelta y fue hacia él de espaldas, con la cabeza girada para no perderlo de vista mientras —ahora sí— se aproximaba sigilosamente a su presa.

El conejo lo vio y echó a correr de inmediato. Pero como también corría hacia atrás, resultaba que se iba acercando e iba directo a caer en las garras del zorro. Por suerte, se dio cuenta de aquello rápidamente, dio la media vuelta correspondiente, y siguió escapando, esta vez en el sentido correcto.

También el caballo se llevó una sorpresa esa mañana al ponerse en marcha. Vio el amanecer y quiso galopar hacia el sol, pero se dio cuenta de que en lugar de ello se iba alejando. Y antes de ponerse en movimiento, quiso encabritarse y ponerse sobre las patas traseras para saludar al día, pero se encontró con que lo hacía sobre las delanteras, y del susto casi pierde el equilibro y cae de morros contra el suelo.

Más difícil aún lo tuvieron los pájaros. Desde las ramas en las que habían dormido, echaban a volar, pero sus saltos no eran hacia la libertad de los cielos, sino hacia el interior del árbol. Solo cuando entendieron que ahora todo funcionaba al revés y se movían hacia atrás, se pusieron de espaldas y así saltaron al vacío, y a duras penas consiguieron mantener el vuelo. Como volar de aquella manera era difícil y peligroso, pronto decidieron que sería mejor ir por el suelo. Aterrizaron torpemente y se quedaron en tierra, moviéndose a saltitos como cuando van en busca de algo que picotear. Saltitos que, por supuesto, eran hacia atrás en lugar de hacia delante.

El cangrejo despertó y quiso dar un paseo por la arena. Para su sorpresa, echó a andar hacia el frente, algo que nunca antes había sido capaz de hacer. «Por fin puedo caminar como es debido», se dijo. Y al ver una gaviota pasear por la arena marcha atrás, le entró la risa y se sintió aún más alegre.

A la señora cangrejo le sucedió lo mismo. Igual que cada mañana, se dispuso a ir a ver a su pareja el señor cangrejo. Esta vez, sin embargo, tuvo que hacerlo de frente, porque también ella había comenzado de pronto a caminar como el resto de animales. «Vaya sorpresa. Y yo que pensaba que nunca iba a ser capaz de andar así», dijo con evidente satisfacción.

La señora y el señor cangrejo se aproximaron sin perderse de vista, mirando cada cual en el sentido de la marcha por primera vez y observándose cara a cara mientras lo hacían. Y qué emoción aquella de perderse en la profundidad de la mirada del otro según iban a su encuentro. ¡Cuántas veces habían soñado con poder hacer aquello!

Mientras el resto de animales se preguntaba la razón de aquel cambio, el señor y la señora cangrejo se preocupaban solo de mirarse y disfrutar el uno junto al otro. ¿A quién le importaba qué fuerzas extrañas hubieran provocado aquello? ¿Qué más daba todo lo demás si ahora podían acercarse sin dejar de mirarse? Y cuando se hubieron mirado lo suficiente, se dieron la pinza y se fueron a pasear, observando el hermoso paisaje que se extendía delante de ellos.

O no

Esta historia sucederá dentro de una semana. O bien pudiera ser un mes. O el año que viene. Incluso podría tener lugar cuando el mundo fuera otro y los humanos fuésemos criaturas distintas capaces de tejer telas como las arañas. O hacer miel como las abejas, que también es una habilidad bien útil, no cabe duda.

Una mañana, el sol saldrá y será de color verde cual una manzana. O quizás sea azul. O a lo mejor no salga durante dos días. O tres. O saldrá y volverá a esconderse por el mismo lugar por el que ha aparecido.

Poco importa eso. El caso es que el amanecer será distinto, y podéis imaginar la sorpresa que eso causará. Los pájaros erraran sus cantos o se quedarán mudos. O tal vez se pongan a maullar como gatos. O a mugir como vacas. O a entonar el canto silencioso de las lombrices y los pepinos de mar.

Desconcertado ante aquello, Juan García olvidará retirar del fuego su cazo con leche. ¿Que cómo sé que será Juan García? Pues porque siempre habrá gente que se llame de esa manera. Y si no la hubiera, será Blanca Pepino la que olvide su cazo con leche. O Clara Berza. O Alba Córcoles. Da igual el nombre. Lo olvidará y se formará en la leche esa nata que tanto gusta a unos y a otros desagrada. Y borboteará la leche fuera del cazo y dejará ese olor de la leche hervida. O es probable que me equivoque, porque si el cazo es lo suficientemente profundo no rebosará el líquido por mucho que hierva.

Vendrá luego el cartero a traer una carta. O un paquete. Será certificado. O un envío corriente. Al entrar en la casa notará el olor y recordará la granja de su familia. Era su madre quien ordeñaba cada mañana aquellas vacas. O su padre. O el hermano con el que hace tiempo que no habla. El cartero compartirá esas memorias y le obsequiarán un café manchado con aquella leche. Aunque tal vez prefiera tomarlo solo. O pudiera ser que no diga nada y no lo conviden a tomar ninguna bebida. En cualquier caso, se irá a repartir su siguiente carta. O paquete.

Todo esto que cuento sucederá. O solo en parte, pero al menos algo de lo aquí escrito ocurrirá. Entonces la gente vendrá y recordará que yo ya lo dije. Hablarán de mí como un gran profeta, un visionario. O quizás nadie recuerde esta historia. Pudiera ser incluso que nadie la hubiera leído. Lo único cierto es que yo la he escrito y tú aquí la tienes. O no.

Fábula del árbol viajero

El árbol odiaba a las hormigas, a las lombrices, a los escarabajos. Odiaba más todavía a los zorros y a las ardillas. Y más que a estos, odiaba sobre todo a los insectos voladores y a los pájaros. El árbol odiaba a todas las criaturas capaces de moverse, y su odio era más intenso cuanto más veloces y libres fueran estas.

Por supuesto, era todo cuestión de envidia. Pensaba que era una gran injusticia que él tuviera que estar allí plantado y sin poder moverse, mientras otros podían caminar o incluso volar para explorar el mundo.

Lo de volar estaba claro que era algo imposible, porque no tenía alas, pero quizás andar no fuera tan descabellado. A fin de cuentas, era capaz de sostenerse en pie y tenía raíces fuertes que podrían servirle de piernas. Aún era joven, su cuerpo no era demasiado leñoso, y se dijo que era el momento idóneo para intentarlo. Aprendería a caminar y saldría a ver mundo.

Todos los días entrenaba un poco. Al cabo de una semana, consiguió mover la punta de una raicilla. Al cabo de un mes ya podía hacer cosquillas a los topos que pasaban por debajo de él. Un día fue capaz de sacar toda una raíz a la luz, y poco después logró sacarlas todas y quedar fuera de la tierra, listo para empezar a andar.

Al principio lo hacía con torpeza. Cada noche, cuando nadie podía verle, daba un paso y aquello le fatigaba muchísimo, pero le llenaba de ilusión el pensar que pronto podría caminar con soltura y emprender viaje. Y así, paso tras paso, acabó llegando al borde del bosque, y cuando lo hizo era ya capaz de caminar con toda soltura, más o menos a la misma velocidad que una persona.

El primer lugar al que se dirigió fue a lo alto de una colina. Era una colina desnuda en la que no crecía ningún árbol, y siempre había soñado con observar el paisaje desde allá arriba. Exhausto, alcanzó la cima poco antes de que saliera el sol, y pudo contemplar un amanecer como nunca antes lo había visto. Luego se agarró con sus raíces a unas rocas y se quedó dormido.

Quienes miraron esa mañana hacia la colina se sorprendieron al verla coronada por un árbol. No recordaban que fuera así antes, pero, por supuesto, no imaginaban que el árbol había llegado la noche anterior hasta allí por su propio pie, así que pensaron que les fallaría la memoria. Más aún se sorprendieron cuando al día siguiente vieron que ya no ha-

bía en la cima ningún árbol, y para esto ya no fueron capaces de encontrar una explicación.

El árbol continuó su viaje y recorrió así los bosques de todo el país, y continuó después más allá, explorando los de otras latitudes. Se encontró con árboles y plantas muy distintas a las que conocía, y con climas que antes ni hubiera podido imaginar. Llegó incluso a los desiertos y a las nieves de las montañas, y le pareció increíble que otras plantas pudieran sobrevivir en esas condiciones, allá donde él no era capaz de quedarse ni un solo día sin morir de sed o de frío.

Cuantas más cosas nuevas veía, más le fascinaba el mundo, pero echaba de menos los árboles que había conocido cuando apenas era un arbusto, y se sentía extraño entre aquellas plantas tan distintas a él. La tierra en la que hundía sus raíces para beber y comer le traía sabores exóticos, pero añoraba los de esa tierra suya en la que un día germinó la semilla de la que él venía. Un día, vencido por la nostalgia, emprendió el camino de vuelta.

Se encontró de nuevo rodeado de árboles parecidos a él, y regresó a los relieves que tan bien conocía. Subió una vez más a aquella colina desnuda, y desde allí vio otro amanecer como el de entonces.

—Ha vuelto a suceder. De la noche a la mañana ha aparecido un árbol en la colina —decían las gentes sin poder creerlo.

Pero a la mañana siguiente la colina volvía a estar desnuda, porque el árbol había continuado su camino y estaba ya en su lugar de origen, bien enraizado en su tierra de siempre.

Llegó la primavera y, por primera vez, el árbol dio flores. Y después de estas, unas semillas aladas que salieron volando con el viento de la tarde y se perdieron de vista. Imaginó que las semillas llegaban a alguno de esos bosques remotos que él había conocido, y que allí comenzaban una vida tan feliz como la suya.

El árbol comprendió entonces que ya no quería ver mundo, sino quedarse en aquel rincón del bosque. Y que no había para él mejor viaje que el que hacía a través de aquellas semillas, capaces de volar y de llegar aún más lejos de lo que él había podido hacerlo por sí mismo.

El último billete capicúa

No hay otro en el mundo que pueda compararse a Román el coleccionista; ninguno es tan cuidadoso a la hora completar y guardar sus colecciones. Las tiene de todas clases: de sellos, de monedas, de cajitas de cerillas, de soldaditos de plomo…

La colección favorita de Román el coleccionista es la de billetes de metro capicúas. ¡Cuánto tiempo ha trabajado en ella! Coge el metro siempre que puede, y cuando no lo hace, a veces entra para husmear y ver qué numero es el que se reparte en ese momento. Y si queda poco para que salga un capicúa, espera y lo compra, y después viaja sin rumbo, de estación en estación, disfrutando la gloria de su nuevo billete capicúa. Luego vuelve a casa, busca el lugar exacto que le corresponde en el álbum, y allí lo coloca todo orgulloso.

A veces mira en las papeleras o en los billetes que la gente deja caer al suelo. Si es un capicúa, se lo lleva a casa. Si no lo es, se lo devuelve a su dueño.

—No sea usted tan maleducado y use la papelera, por favor —dice al devolver el billete.

Enterados de su afición, amigos y familiares le traen a veces algún billete capicúa, y así poco a poco ha ido consiguiéndolos todos.

A Román el coleccionista ya solo le queda un billete para completar su colección de billetes capicúas: el 45354. Hace meses que lo busca, pero siempre se le escapa. Ha pensado en apostarse frente a la taquilla del metro y contar la gente que llega, y así hasta que salga ese número, pero le parece demasiado forzado. También hay quien, sabedor de que lo busca, se lo ha ofrecido a cambio de dinero o de alguna pieza de sus otras colecciones, pero esto a él no le convence. Le gusta que sus colecciones crezcan de manera natural, porque cree que así tienen más mérito y son más hermosas.

Román el coleccionista empieza a perder la esperanza de conseguir su último billete. Encuentra muchos otros que ya tiene, pero ahora no le son tan valiosos. Solo hay uno que desea encontrar: el 45354.

Hoy Román el coleccionista pasa la tarde con su nieto. Juegan juntos, le cuenta una historia, van de paseo, y, cuando este se lo pide, le enseña sus colecciones. Y como se porta bien, incluso le deja que toque algunas de las cajas de cerillas, algo que no permite hacer a nadie más.

Se le ocurre que podría llevarle al centro. Es una excursión importante, y el nieto está que no cabe en sí de entusiasmo. Y además, irán en el metro, lo cual hace el viaje aún más emocionante.

Van por la calle de la mano, el nieto y el abuelo, y bajan las escaleras de la estación sonrientes y con aire triunfal. Al nieto le encanta estar con su abuelo, y al abuelo lo que más le gusta es pasar las tardes con su nieto.

Delante de ellos va una mujer con su hija. La niña le pide a la madre que le deje unas monedas para ser ella quien compre los billetes. La taquillera sonríe, coge las monedas, y le da a la niña los pequeños boletos y el cambio.

Cuando la madre coge después los billetes, se fija en los números: 45352 y 45353. Vaya, no les ha tocado un capicúa por los pelos.

—¿Has visto? —le dice a la hija enseñándole los números de los billetes—. Un poco más y nos sale capicúa. Le tocará a ese señor.

La niña mira hacia la escalera, por donde están llegando en ese momento Román el coleccionista y su nieto, y se encoge de hombros.

El nieto también quiere ocuparse él mismo de pedir, así que le pide a su abuelo el dinero y se acerca a la taquilla. Los compra, se los da al abuelo, y este le ve tan entusiasmado que solo piensa en pasarle la mano por el pelo y pellizcarle un moflete. Se guarda los billetes en el bolsillo sin mirarlos y le da la mano.

Román el coleccionista tiene ahora en su pantalón la pieza que más ha buscado en toda su vida, pero no lo sabe. Al llegar a casa, quizás se vacíe los bolsillos y descubra que allí está el número que buscaba. Y qué alegría la que se llevará al ver que por fin su colección está completa. Aunque también pudiera ser que a la noche, al quitarse la ropa, ponga el pantalón en el cesto de la ropa sucia con los billetes dentro y no sepa nada. Y la abuela los encontrará y le dará la noticia, o quizás no se fije en ellos y los tire a la basura.

Pero no, nada de eso sucede. Cuando llegan al centro, ven un puesto de helados, y aunque su nieto no se atreve a pedírselo, él sabe que le gustaría comer uno. Le dice que elija el sabor, y mientras tanto va sacando la cartera del bolsillo. Al hacerlo, se le asoman los dos billetitos de papel, y un soplo de aire se los lleva sin que se dé cuenta.

Allá va el billete 45354 revoloteando en el aire, alejándose cada vez más de ellos dos mientras el heladero sirve una bola bien redonda en el cucurucho.

—Gracias, abuelo.

Román el coleccionista guarda su cartera en el bolsillo, mira a su nieto feliz, y sonríe.

Uno mismo

Aquel era un camaleón asombroso. No se había visto nunca en el bosque a otro que tuviera tal capacidad de cambiar de color. Se ponía al lado de cualquier animal, o de un árbol, o en la tierra misma, y al instante su piel imitaba aquellos tonos con una precisión absoluta. Era un verdadero artista del camuflaje.

Al camaleón le gustaba mucho aquello de hacerse pasar por otros, y no descansaba nunca. Y como imitar el color del bosque era tan fácil para él, buscaba retos que fueran más complicados. Por ejemplo, en el otoño buscaba los lugares donde había montones de hojas de distintos colores, y se acostaba sobre ellas y era capaz de copiar todas y cada una de sus tonalidades con su cuerpo.

En una rara ocasión en que nevó en invierno, salió a pasear por una llanura de nieve para ver si era capaz de imitar aquel color tan blanco. Lo consiguió, y los demás animales, que

no habían visto nevar antes, pensaban que aquello debía ser cosa de brujería, porque de pronto aparecían huellas en el suelo sin que se viera a ningún animal caminando.

Sucedió un día que el camaleón se cansó de jugar al camuflaje. Ya no le divertía cambiar de color, y quería ser de uno solo de ellos. Pero por más que lo intentó, no fue capaz. No quería ser del color de los árboles, pero cuando se subía en una rama, su cuerpo imitaba este de inmediato. No quería ser del color de la tierra, pero su cuerpo se volvía rojizo junto a las arcillas. Y cuando el suelo sobre el que caminaba estaba mojado después de las lluvias, se ponía de color marrón oscuro.

Se había pasado toda su vida copiando el color de los demás y no sabía cómo parar de hacerlo. Él quería tener su propio color como los otros animales y cosas, no tomar el de nadie, sino uno que pudiera decir suyo. Quería encontrar el color con el que nació y que tenía antes de haber desarrollado esa capacidad de camuflarse.

Se dio cuenta entonces de que no sabía cuál era aquel color. Es decir, que no tenía color, sino que los tenía todos y sólo sabía ser como aquello que le rodeaba. Quería ser él mismo, pero eso ya no era posible.

El camaleón se sentó muy triste en una rama, pero su cuerpo no cambió esta vez para copiar los tonos de sus hojas, sino que todo él se puso del color de la tristeza. Y a pesar que ahora podía vérsele sin dificultad, siguió siendo igual de invisible que siempre para los demás.

El árbol de los pájaros

—¡Ya no aguanto más a esos pájaros! —gritó el señor Alarrota mientras agitaba enfurecido los brazos.

Del gran tilo que había en el centro de su jardín salieron volando un montón de pajarillos.

Aquel era el árbol favorito de los pájaros del pueblo, y siempre estaba lleno de ellos. Pero el señor Alarrota odiaba los pájaros de toda clase y estaba harto de escucharlos a todas horas, así que ese día había decidido que había que cortar aquel tilo. Fue a su cabaña de herramientas, cogió una sierra y un hacha, y se puso manos a la obra.

Estuvo toda la mañana cortando ramas y más ramas, y cuando ya no hubo más ramas que cortar, el señor Alarrota cortó también el tronco, y así acabó con el árbol.

Cuando terminó su trabajo, el señor Alarrota escuchó el silencio de su jardín y se sintió satisfecho. Sin el árbol, los

pájaros irían a otro lugar y ya no podrían juntarse frente a su ventana.

El señor Alarrota se levantaba ahora cada mañana y no escuchaba más que unos pocos trinos dulces, nada de aquella horrible algarabía de antes. Estaba encantado. Los animales, sin embargo, estaban muy tristes, en especial los pajarillos. Todos echaban de menos el tilo, y aunque podían refugiarse en otros árboles, ninguno de ellos era tan grande ni les parecía tan acogedor.

Un día, nada más amanecer, un mirlo fue volando hasta donde antes crecía el árbol. Llegó hasta lo que entonces era la parte más alta de la copa y se quedó posado allá arriba. Se posó en el aire, en la nada, sin rama ninguna que lo sostuviera, pero parecía que tuviese debajo de él un árbol invisible. Y desde allí, se arrancó a cantar para dar la bienvenida al día.

El mirlo volvió a la mañana siguiente para anunciar la jornada desde el mismo sitio, en el ápice invisible de un tilo que ya no existía, y siguió haciéndolo día tras día. Los otros pájaros, al verle, empezaron a regresar a su viejo árbol y fueron ocupando los lugares mismos en los que antes se posaban. Y todos quedaban suspendidos en el aire, como si sus patas estuvieran apoyadas sobre ramas invisibles que solo ellos podían ver.

Un gorrión trajo una ramita en su pico, y cuando la dejó caer, esta se quedó flotando cerca de sus patas. Luego trajo otra, después otra más, y así dio forma a un nido que quedó instalado en lo alto, como lo habría estado cuando el tilo

todavía seguía en pie. Una pareja de palomas construyó el suyo algo más arriba.

Ahora los pájaros venían por docenas, se posaban, saltaban y anidaban sobre ramas invisibles. Cantaban felices y jugaban. Algunos picoteaban como si buscaran algo entre las hojas. Hojas, por supuesto, invisibles. Un pájaro carpintero se agarró al tronco invisible y allí comenzó a tamborilear sin que se escuchara ningún sonido.

Los nidos se llenaron de huevos, y de esos huevos salieron polluelos que aprendieron a volar lanzándose desde las ramas invisibles del árbol.

El señor Alarrota despertaba ahora con el piar de cientos de pájaros, cada día más, y volvía a salir al jardín lleno de rabia. Intentaba espantar a los pájaros, pero estos ya no le tenían miedo. Por mucho que gritara, no se iban, y seguían posados en el aire, como levitando. Entonces el señor Alarrota agarraba su hacha y golpeaba donde un día estuvo el tronco del tilo, pero allí no había nada y solo cortaba el vacío, y por encima los pajarillos seguían trinando como si tal cosa.

A veces, de repente, le caía en el pelo una hoja de tilo sin que él supiera de dónde venía.

Historia de una montaña

La montaña, como todas las montañas, fue creciendo poco a poco. Empezó siendo no más que un pequeño montículo, y con el tiempo se fue alzando hasta ser la más alta de toda la región. Ya sabéis cómo funcionan estas cosas del relieve.

Todo esto llevó muchísimos años, claro, pero las montañas tienen una paciencia enorme, como la de ningún otro ser. Y mientras iba creciendo, soñaba con hacerse muy alta y mirarlo todo desde allá arriba, y también con que el resto del paisaje la contemplara a ella con admiración, igual que ella misma hacía con las que entonces eran las montañas más grandes.

La montaña, como digo, fue creciendo. La tierra se arrugaba y empujaba hacia arriba su cima cada vez más afilada. Los días en que había sido un simple cerro quedaban muy

atrás, y ahora ya era la protagonista del relieve. Podía vérsela desde todos los lugares.

Incluso después de ser ya la más alta de todo el territorio, siguió creciendo al mismo ritmo. Ahora las nubes quedaban la mayor parte del tiempo por debajo de ella, y los pájaros rara vez pasaban por esas alturas. No crecían sobre ella ni árboles ni hierbas, y ningún animal se aventuraba tan alto. Solo algún escalador de cuando en cuando, pero apenas se quedaba en su cima.

No se escuchaba otra cosa que el viento, no había trinar de pájaros ni voces. Ser la reina del paisaje no era como lo había imaginado.

La montaña se sentía sola. Se acordaba de cuando era más baja y por ella paseaban toda clase de criaturas. De los árboles que crecían sobre ella y de cómo los animales se escondían entonces en ese bosque. Se acordaba de los nidos y los pollluelos, y de las mariposas que se posaban sobre las flores. De las flores, sobre todo de las flores. Eso era lo que más echaba de menos.

La montaña estaba triste, pero, una vez más, solo era cuestión de paciencia. Y ya hemos dicho que no hay nada que tenga más paciencia que una montaña.

Año tras año, siglo tras siglo, la montaña ahora se fue desgastando. Se le derretía la nieve y al hacerlo arrastraba consigo un poco de su piel. De vez en cuando caía pendiente abajo alguna piedra, y eso le daba una alegría inmensa. Por-

que así, poco a poco, fue haciéndose más baja y recuperando sus colores, sus aromas, sus pájaros, su compañía.

La montaña era ahora una colina llena de vida a la que no le importaba haber perdido su altura. Ella antes pensaba que las colinas solo eran montañas que no habían tenido tiempo suficiente para crecer, pero descubrió que era al revés: las montañas son colinas jóvenes que todavía no han aprendido lo suficiente.

La colina ya no es más que una loma baja que sigue desgastándose lentamente, pero no echa nada en falta y se siente más feliz que nunca cuando los niños corren por sus senderos.

Y así, centímetro a centímetro, la montaña ya no es montaña ni tampoco colina, y un día desaparece y no queda de ella más que una pradera lisa. Al llegar primavera, se llena de flores.

El gato con una vida

El gatito tenía apenas unas semanas cuando su madre lo llamó para hablar con él mientras lo miraba con cara de pena. El gatito siempre había sospechado que él no era como sus hermanos, y que había algo que lo hacía distinto, aunque no adivinaba lo que era.

—Es hora ya de que lo sepas —dijo su madre—. Algún día serás un gran gato, pero no tendrás siete vidas como los demás. Tú has nacido con solo una.

El pobre gatito se echó a llorar. ¿Qué clase de gato sería si solo tenía una vida? Y mientras él lloraba, sus hermanos, todos ellos con siete vidas, empezaban felices a descubrir el mundo.

De joven, el gatito fue siempre un minino temeroso e indeciso. Todo le asustaba, y no se atrevía a hacer nada que pudiera poner en peligro su única vida. Los demás podían permitirse un cierto descuido, pero él no. A él cualquier des-

piste podía costarle esa vida, y no tenía otras seis de recambio como ellos.

—¿Te vienes a jugar por los tejados? —le decían sus hermanos.

Pero el gatito prefería no aventurarse en las alturas, le parecía todo arriesgado y se quedaba en casa dándole vueltas a un boliche de lana.

Se hizo mayor y siguió siendo muy precavido. Sabía que había muchas cosas interesantes que hacer, pero no quería jugarse el pellejo por ellas, eso era algo solo para los otros gatos. Para ellos la vida era un salto con red, pero el pequeño gatito tenía que hacerlo todo con mucho cuidado, no había lugar para errores.

Un día se cruzó con un ratón que andaba husmeando por la casa. Corriendo se abalanzó sobre él y lo atrapó de un zarpazo. El pobre ratoncito estaba muerto de miedo.

—No me comas, por favor. Yo solo he salido a por un poco de queso, no hago nada malo.

Al gato le dio pena el ratoncillo, y como estaba tan preocupado con aquellos asuntos de la vida y la muerte, le daba apuro comérselo.

—No te comeré, pero respóndeme a una pregunta —le dijo.

—Lo que tú digas —respondió el ratoncillo todo asustado.

—¿Los ratones tenéis siete vidas?

El ratón lo miro con gesto incrédulo.

—No, claro que no. Eso es solo cosa de vosotros los gatos.

—¿Y te juegas tu única vida solo por comer un bocado de queso?

—¿Y qué voy a hacer si no? La vida de un ratón es un peligro continuo, pero uno se acostumbra. Si pensara en todos los riesgos que corro, me quedaría en mi agujero y me moriría de aburrimiento.

El gato dejó ir al ratón y este desapareció en un santiamén.

Esa misma tarde el gato salió a la calle y se subió a un tejado. Qué hermosa era la vista desde allá arriba, y qué de gatos amigos encontró en las azoteas.

Al día siguiente robó un pescado y tuvo que cruzar la calle sin mirar para escapar del pescadero. Y cuando se quiso dar cuenta, ya hacía lo mismo que los demás gatos.

—¿Has recuperado las vidas que te faltaban? —le preguntó uno de sus hermanos al ver que se comportaba de esa manera.

—No, sigo teniendo una. Por eso tengo que aprovecharla lo mejor que pueda.

Y según dijo eso, trepó hasta lo alto de un árbol y se instaló en una rama para poder ver el atardecer.

Don Preciso

Don Preciso nunca llega tarde. Tampoco pronto. Llega a la hora justa, ni más ni menos.

Jamás se ha retrasado o adelantado ni un minuto, y no solo cuando queda con alguien o tiene una cita en el médico, sino incluso para celebrar su propio cumpleaños. Lo hace puntualmente cada 3 de marzo a las 6:33 de la mañana, pues esa es la hora a la que, según le contaron sus padres, había nacido. Sentado frente a su tarta, mira el reloj hasta que llega el minuto exacto, y solo entonces sopla las velas. Después se come un pedacito de tarta él solo, porque a esas horas tan tempranas todos sus amigos están aún durmiendo y no les viene bien ir a una fiesta de cumpleaños.

La exactitud de don Preciso es legendaria. Le gusta que todo se ajuste escrupulosamente a las cifras, y se pone muy nervioso cuando ve que la gente no es tan cuidadosa como él en esos asuntos.

Por ejemplo, si don Preciso va al mercado y pide un kilo de uvas, le gusta que le den exactamente un kilo, ni un solo gramo arriba o abajo.

—Perdone, pero ahí sobran dieciséis gramos —le dice al frutero—. Quite esas dos uvas y ese rabito, por favor.

Don Preciso, como no podía ser de otra manera, es un hombre muy elegante. Toda la ropa que lleva le sienta como un guante, porque la manda hacer a medida y no sobra ni falta ni un solo centímetro de tela.

Los miércoles por la mañana, a las nueve en punto, don Preciso va a desayunar al café de doña Teresa. Doña Teresa es una señora muy simpática y sonriente, pero absolutamente desastrosa. Se equivoca al cobrar y dar el cambio, trae siempre una cantidad de churros distinta a la que uno ha pedido, pone mermelada en la tostada cuando le piden mantequilla, se olvida de poner leche en el café cortado y la pone en el café solo, o le sirve a un cliente lo que otro ha pedido. Pero es tan agradable y sus pastelitos son tan deliciosos que tiene siempre el cafe lleno.

Y os preguntareis: ¿y cómo es que don Preciso va a ese lugar, si él es tan riguroso y tanto le molestan las imprecisiones? Pues, en primer lugar, porque, como he dicho, los pastelitos de doña Teresa son riquísimos. Pero sobre todo, porque ella es despistada hasta con los nombres, y casi nunca llama a ningún cliente como debe. Así que don Preciso pide un cafe y tres churros, y doña Teresa le trae un té con un panecillo, o quizás un chocolate con una magdalena, y le

cobra cada vez una cantidad distinta. Y cuando se lo deja en la mesa, le dice:

—Aquí tiene su desayuno, don *Precioso*.

Y don Preciso no se queja, sino que se pone un poco colorado, sonríe, y piensa que algo de imprecisión, a veces, no está tan mal.

Sin eco

La llamaban la «colina del eco» y había un camino que subía por el bosque hasta lo alto. Decían que la vista desde allí era muy hermosa y, sobre todo, que cuando uno gritaba desde la cima la voz se repetía una y otra vez.

Él no había estado nunca arriba de aquella colina. A sus padres no les gustaba caminar por el bosque, y como mucho le llevaban a un merendero cerca de donde arrancaba la senda. Pero él quería escuchar aquel eco, así que una tarde, en lugar de ir a jugar con sus amigos, se fue a solas a la colina.

Llegó a lo alto y la vista era como contaban, pero allí no había rastro del eco. Por más que gritó y gritó, las otras colinas de alrededor no le devolvieron ningún sonido. Supuso que el nombre no sería más que eso, un nombre, y que quizás tuviera tras él una historia distinta que lo explicara. Porque estaba claro que allí no había eco.

—¿Dónde estuviste ayer? —le preguntó uno de sus amigos al día siguiente.

Él le contó su excursión, lo mucho que le había gustado la vista desde la colina, y también la decepción al descubrir que, a pesar de su nombre, en ella no había ningún eco.

—¿Cómo que no? Yo he estado varias veces con mi padre y vaya si hay eco. Nos pasábamos la tarde gritando tonterías —le respondió el amigo, y luego fue a buscar a un tercero que también conocía la colina y que confirmó que aquello era cierto.

Tuvo entonces curiosidad por volver. Quizás aquel día sucediese algo extraño, quién sabe. Tal vez el eco no funcionaba siempre igual. Sería mejor comprobarlo de nuevo.

Esperó un par de días y regresó a la colina. Esta vez había alguien más, un padre y su hija, y los dos hablaban bien alto y escuchaban después el eco. Sí, era verdad que resonaba como le habían contado, y el eco era claro y muy fuerte. Casi podía entender las frases completas que decían, como si hubiera otra persona escondida repitiendo cada palabra.

Esperó a que se fueran y después probó él.

—Ecoooooo.

Pero no hubo respuesta.

—Holaaaaaaaa.

Pero, una vez más, todo era silencio.

Y aunque siguió intentándolo unos minutos y gritando con todas sus fuerzas, no consiguió que las otras colinas le devolvieran ni una sílaba de cuanto decía.

¿Y si acaso él no tenía eco? ¿Y si su voz se la tragaba el paisaje y no la devolvía como las otras?

Volvió a casa y empezó a pensar en otros lugares donde resonara algún tipo de eco, por ver si era verdad que su voz no se reflejaba en ellos: el interior de una iglesia, el salón de actos del colegio como aquel día que entró en él por error y lo encontró vacío, aquella pequeña cueva que descubrió en un paseo. Fue a probar a todos ellos, y en todos sucedía lo mismo que en lo alto de la colina.

Recordó haber leído que los vampiros no se reflejaban en los espejos, y aquello le pareció algo similar. ¿Sería él una especie de vampiro que sí podía verse en un espejo (eso lo comprobó de inmediato para asegurarse), pero no escucharse allá donde otros sí oían sus voces reflejadas?

No dijo nada de ello a nadie. Pero en los lugares espaciosos donde sentía reverberar la voz de los demás, hablaba poco o lo hacía en voz muy baja, temeroso de que otros pudieran darse cuenta de que él no producía ningún eco.

Había algo extraño en su voz, era diferente, y esto le hacía avergonzarse cada vez más de ella. Y con el tiempo, se hizo más callado, casi silencioso, y dejó de hablar si no era necesario.

Cuando no estaba delante, los demás hablaban de él y recordaban cómo era en otro tiempo.

—Es una pena que ya no hable como antes —decían—, con la voz tan dulce que tiene.

—Sí, es verdad, es una voz muy bonita.

Y las colinas, las iglesias, las grutas en donde había probado su voz, todos esos lugares guardaban como un tesoro las palabras que en su día le habían robado a aquella voz tan hermosa. Tanto que no habían querido devolverla como las demás, y la habían guardado para poder escucharla siempre que quisieran.

La cigarra y la hormiga

Al llegar el frío, como es sabido, la hormiga quiso darle una lección a la cigarra. Cerró la puerta de su hormiguero, y no dejo que entrara ni compartió con ella su comida.

—Así el año que viene aprenderá a trabajar más y almacenar comida para el invierno, igual que hacemos nosotras las hormigas— se dijo a sí misma muy orgullosa.

La cigarra volvió a la rama en la que solía ponerse y allí canturreó una de sus canciones favoritas. Le hubiera gustado explicarle a la hormiga que las cigarras apenas viven unas semanas y nunca sobreviven al invierno, pero la hormiga no quiso escuchar sus explicaciones.

La cigarra murió pocos días después, feliz mientras cantaba desde su rama y pensaba que no había desperdiciado ese tiempo trabajando sin sentido, sino haciendo música para los otros insectos del bosque.

Un «trabacuento»

Estaban tres tristes tigres tragando trigo en un trigal, cuando de pronto uno de ellos se dio cuenta de que le faltaba el rabo. A lo lejos, vio a un hombre que corría con su rabo en la mano.

—¡Eh, Ramon Rodríguez, vuelve aquí, que te has equivocado de trabalenguas! — le gritó el tigre.

Pero Ramón Rodríguez siguió corriendo bajo el cielo enladrillado.

Arena

I

Tartamudo hizo una tarta. Era demasiado grande para él, así que pensó que la llevaría a su amiga Tartamuda. Pero Tartamuda vivía en la otra punta del tartamundo, más allá de los tartamuros de la ciudad, y aquel sería un largo viaje. Metió la tarta en una caja, puso alrededor de ella un cordel dorado, y después ató este con un elegante tartanudo. Y con aquello, partió de viaje a lomos de su fiel tartamulo.

Tartamudo llegó a casa de su amiga, que se sonrojó al verlo. De la emoción, ambos tartamudearon un poco.

2

Montado de nuevo sobre su tartamulo, Tartamudo regresó a casa. Allí pensó en su amiga y en la tarta que habían comido juntos. La echó de menos.

Decidió escribirle una carta. Pero cuando puso el papel encima de su escritorio y cogió el bolígrafo entre sus dedos, aquello no le resultó tan fácil como esperaba. De los nervios, las palabras se le trabucaban en el papel igual que le sucedía a veces cuando hablaba.

«Vaya, además de tartamudo resulta que también soy *cartamudo*», se lamentó.

Aun así, terminó su carta, metió la hoja en un sobre, y la echó al correo para que Tartamuda supiera de él.

Días después, Tartamuda recibió la misiva y la leyó con entusiasmo. Daba igual cómo estuviera escrita, porque recibir carta de su buen amigo era siempre una gran noticia. Ademas, era una carta muy hermosa, de eso no había tartaduda.

3

Belerín aprovechó la mañana soleada para ocuparse del huerto. Llenó de agua una regadera, cogió su pequeña azada, y allá que se fue a hacer lo que más le gustaba en días así: sembrar vocales.

«Es buen día para sembrar algunas aes», se dijo. En realidad, siempre le parecía buen momento para las aes, porque de ellas brotaban después patatas, calabazas, bananas, habas, manzanas, y las cosechas eran siempre abundantes y variadas.

También, aunque menos, le gustaban las oes, de las que, según la suerte que tuviera y de si había sembrado otras letras cerca, salían cocos, col, repollo, brócoli o melocotón.

A veces sembraba ies, no muchas, y así en el invierno podía recolectar una sabrosa cosecha de kiwis.

Las es le parecían difíciles de cultivar, pero echaba siempre unas pocas, y a veces estas le daban alguna que otra berenjena.

De las ues nunca había conseguido que brotara nada, así que hacía tiempo que no las sembraba.

4

Belerín decidió esta vez sembrar minúsculas. La diferencia entre las mayúsculas y las minúsculas era que de las primeras salían árboles imponentes, mientras que de las segundas nacían tan solo arbustos y matas.

Tapó con cuidado cada semilla y echó un chorrito de agua sobre ellas.

Para asegurarse de que sus vocales estuvieran bien nutridas y crecieran sanas y fuertes, esparció sobre la tierra un puñado de tildes.

5

Para su cumpleaños, el muchacho regaló a su amiga un reloj de arena. No era, sin embargo, un reloj de arena cualquiera. Cada vez que la niña le daba la vuelta, la arena al caer no se depositaba sin más formando una montañita en el otro extremo de la ampolla de cristal, sino que creaba toda clase de esculturas, a cual más hermosa. Nunca se repetían estas esculturas, y si era otra persona quien daba la vuelta al reloj, el resultado era muy distinto.

A diferencia de otros relojes de arena, este no servía para medir el tiempo: la arena no tardaba siempre lo mismo en pasar de un lado a otro. A veces eran unos pocos segundos, otras podían llegar a ser incluso varios minutos.

—El tiempo no corre siempre a la misma velocidad —dijo la niña mientras veía formarse un castillo de arena similar a los que ella misma hacía en la playa los días de verano.

6

—Déjame a mí —dijo su hermana, que también quería probar suerte con el reloj de arena.

Apoyó el artilugio sobre la mesa e hizo un gesto de emoción antes de darle la vuelta. El castillo de arena se deshizo de inmediato, y sus restos comenzaron a formar una nueva figura al otro lado.

El rey y la reina que habitaban en aquel castillo de arena junto a sus príncipes y princesas, sus fieles caballeros y sus caballos de pura raza, todos ellos tan diminutos que nadie se había dado cuenta de su existencia, se sintieron de pronto caer hacia lo alto. Era como si aquel cielo de cristal que hasta entonces habían tenido sobre sus cabezas ahora les atrajera a la manera de un imán.

«Qué extraño terremoto», pensó el rey mientras lo iban sepultando los granos que antes formaban las paredes de su castillo.

Por encima de él, la arena quedó con la forma de un oasis con dos palmeras en su centro.

7

Las letras más sencillas de cultivar eran las oes —tanto mayúsculas como minúsculas—, las es mayúsculas (E) y las ies mayúsculas (I). Bastaba echarlas sobre la tierra y crecían sin problemas. Las demás letras, a diferencia de aquellas, había que colocarlas con cuidado, de tal manera que apuntaran hacia arriba. Por ejemplo, de una a mayúscula (A) que no tuviera su extremo afilado en la parte superior, no brotaba nada.

Belerín pensaba que esas otras posiciones hacían fracasar el crecimiento de la planta, y que esas vocales, una vez sembradas y regadas, seguían sin germinar aunque pasara mucho tiempo. Sin embargo, descubrió que no era así. Las semillas germinaban y crecían, pero si se sembraban en una orientación distinta, lo hacían en sentido opuesto, hacia el interior del suelo. Y vaya si debían crecer, porque hacía no mucho había intentado desenterrar una de esas plantas subterráneas —un manzano crecido a partir de una a mayúscula— y no fue capaz; era tan grande que se perdía metros y metros por debajo de la tierra.

Belerín pensó que incluso podrían atravesar el planeta entero y aparecer en el otro extremo del mundo. «Quizás», se dijo, «otra persona esté comiéndose ahora mismo lejos de aquí las manzanas de este árbol mío subterráneo».

8

Era ya tarde, casi la hora de la cena. La niña estaba sola en su cuarto y le dio la vuelta al reloj para ver qué forma aparecía.

Esta vez la arena fue bajando con más lentitud que nunca. Intrigada, la pequeña se quedó frente al reloj y vio cómo poco a poco se iba construyendo aquella nueva figura. Y por primera vez, lo que apareció fue una figura humana.

Parecía un hombre. Sí, no había duda, era un hombre, un hombre algo gordo y rechoncho. También sus brazos eran gruesos, y le caían pesadamente.

La llamaron a cenar. Comió con su familia, vio un poco la televisión, se lavó los dientes. Cuando volvió a su habitación para dormir, el hombre de arena había levantado uno de los brazos.

9

El hombrecillo estuvo en el reloj de arena casi una semana. Algo sorprendente, porque raro era el día en que la niña no le daba varias vueltas al reloj para que este le obsequiara nuevas figuras. Pero estaba convencida de que su hombre de arena volvería a moverse, y por ello lo mantuvo así tantos días mientras lo observaba con detalle.

La figura, sin embargo, no se movió más. Lo que antes le parecía una criatura animada, ahora volvía a ser una simple escultura de arena. Cuando se convenció de que no valía la pena esperar más, la niña dio la vuelta a su reloj con la esperanza de que apareciera algo más interesante.

Esta vez la arena cayó mucho más deprisa, y quedó con la forma de un montículo sobre el que se levantaba un pequeño banderín.

Le pareció un poco decepcionante. Estuvo a punto de volver a girar el reloj, pero entonces se detuvo a mirar con más atención y descubrió algo sorprendente: dentro de la ampolla de vidrio, el banderín de arena ondeaba suavemente.

10

Al banderín le siguió, días después, un barco de vela. También el velamen de aquel se movía soplado por un viento misterioso, y la niña se preguntaba qué milagro sucedía allí dentro para que aquello no se desmoronara y los granos se sostuvieran de esa manera. Podía llevar el reloj de un lado a otro sin siquiera hacerlo con buen pulso, y aun así la figura que en este hubiera no se desmenuzaba ni perdía un solo grano. Solo al darle la vuelta se deshacía y se formaba entonces otra distinta e igual de firme.

La niña inclinó el reloj de arena hasta dejarlo tumbado, por ver lo que sucedía. Para su sorpresa, el barco no giró. Siguió con sus mástiles apuntando hacia lo alto, pero la arena que había bajo él se extendió y una parte de ella pasó a la otra mitad de la ampolla. Ahora el barco descansaba sobre un gran mar de arena, y este tenía pequeños rizos, como olas. La vela mayor se diría que ondeaba más que antes.

Cuando más tarde la niña dio la vuelta al reloj para formar otra figura, la arena cayó y volvió a crear la superficie rizada de un mar. Y de este, asomaba majestuosa la cola de una ballena.

II

El peregrino llegó una mañana y pidió tan solo un vaso de agua. Belerín, que era hombre generoso, le ofreció, además, algunas frutas de su última cosecha, una de las más abundantes que recordaba.

Aunque el peregrino no hablaba con fluidez el idioma, Belerín pudo explicarle de dónde venían aquellas frutas, y le habló orgulloso de su peculiar técnica de sembrar vocales. Incluso le explicó la diferencia entre las minúsculas y las mayúsculas, para asombro del caminante, que no había oído nunca nada igual.

De un saquito de tela, Belerín cogió un puñado de vocales listas para sembrarse la próxima temporada, y se las enseñó para que aquel viera que todo lo que le contaba era cierto. Había muchas aes, algunas oes, y unas pocas ies y es.

El peregrino siguió su camino agradecido, con una manzana en el bolsillo y maravillado ante la innovadora manera de sembrar y cosechar de aquel hombre tan simpático.

Lo que no llegó a comprender fue por qué no sembraba ninguna u, siendo que la u, en su idioma, era la vocal con la que se escribían la mayoría de las frutas más sabrosas: mullur, súcuno, bunduk y, sobre todo, el delicioso tumul.

12

La niña llevó a su amiga al cuarto y le habló de su reloj de arena.

—Lo último que salió ayer fue esta figura con forma de pieza de ajedrez —dijo mientras le acercaba el reloj con un alfil de arena dentro.

La otra quiso probar por sí misma. El reloj, sin embargo, funcionó esa vez como cualquier otro: la arena caía regularmente y se depositaba en una colinita redondeada. Hizo un nuevo intento y sucedió lo mismo.

La amiga se sintió decepcionada. Aquello no era más que un reloj de arena corriente. La niña, sin embargo, notó un pequeño escalofrío al ver caer la arena sin más. Las cosas más vulgares pueden ser a veces las más inquietantes.

13

El reloj volvió a funcionar como antes algunos días más tarde. Esta vez apareció en él una figura curiosa: otro reloj de arena. No parece algo especial si se compara con un barco de vela, un hombre capaz de mover uno de sus brazos, un castillo, o cualquiera de las muchas figuras que habían pasado ya por allí, pero a la niña le resultó de lo más misterioso. En ocasiones, los mayores misterios están en las cosas menos extraordinarias.

Lo observó con detalle y advirtió que dentro de este segundo reloj de arena también la arena pasaba de un lado a otro, aunque a una velocidad ridícula, granito a granito y con mucha lentitud.

Cuando, al cabo de un largo rato, toda esa arena estuvo ya en la otra mitad, la niña consideró que era momento de buscar una nueva figura. Pero al darle la vuelta al reloj, no sucedió nada. La arena siguió donde estaba, ahora en la parte superior de la ampolla, y no comenzó a caer como de costumbre. Y aunque ella lo agitó por ver si así se solucionaba aquello, su intento fue en vano.

Sin embargo, en el pequeño reloj de arena del interior, ahora cabeza abajo, la arena había empezado a caer a su ritmo tan lento, igual que antes, grano a grano.

14

—Te dije que no lo trajeras —le gritó la madre mirando el reloj de arena roto en el suelo.

La niña no respondió. Se quedó triste, recogió los restos, y pidió que volvieran a casa.

Aunque la madre insistió en que lo dejara todo allí, ella no quiso hacerlo.

—Quizás pueda arreglarse —dijo, aunque sabía que no iba a ser posible.

En una mano llevaba el soporte de madera donde antes descansaba la ampolla de cristal. En la otra, con mucho cuidado para no cortarse, los tres trozos grandes en que aquella se había roto.

No prestó atención, sin embargo, a la arena esparcida, como si esta no fuera parte importante de aquel reloj suyo que acababa de perder. La dejó allí y ni se molestó en mirarla. Sobre el suelo, la arena tomó la forma de un pájaro.

15

Érase una vez un rey diminuto. Bueno, no, quizás no era un rey. Diminuto era, pero no tenía una corte ni nadie que le dijera «su majestad» con gran reverencia, ni tampoco una reina o unos hijos príncipes. Ahora bien, era el único habitante de aquellos confines, y por ello podemos llamarle rey o sultán o lo que bien nos venga en gana, pues no había otro que mandara en ese lugar.

El rey (o sultán) diminuto vivía en un desierto de arena, aunque uno muy especial: era un desierto perfectamente plano, sin desnivel alguno. Solo en su centro, en un lugar que él conocía bien, se encontraba un mínimo desnivel: un solo grano de arena elevado por encima de los demás.

Siendo él tan diminuto, aquello le bastaba para tomar altura, y ayudándose de las manos trepaba casi cada día a lo alto del grano. Desde allí, miraba con orgullo hacia el horizonte y se decía a sí mismo que tenía mucha suerte.

Bien es verdad que no tenía un castillo ni un reino ni un ejército, pero no todos podían decir que era suya la duna más singular de todo un desierto, o quién sabe si quizás del mundo entero: una duna hecha de un único grano de arena.

16

El rey estaba un día más en lo alto de su duna de un solo grano de arena, cuando de pronto vio la tierra moverse no lejos de allí. En mitad de la planicie inmaculada de arena, el brote de una planta se abría camino como una montaña gigantesca. El rey pensó que era emocionante asistir a un espectáculo así, la formación de un relieve, quién sabe si una cadena montañosa al completo, y todo ello en apenas un instante. Ventajas de ser tan diminuto.

Puesto que el suelo de aquel desierto era seco y hecho tan solo de arena, el rey quedó muy sorprendido de que una planta pudiera crecer en él. Tras pensarlo con detenimiento, llegó a la conclusión de que aquella planta no estaba creciendo allí, sino en algún otro lugar de suelo más fértil, y sucedía tan solo que era en mitad de aquel desierto por donde asomaba a la luz del día.

«Podría incluso venir del otro extremo del mundo», se dijo a sí mismo.

Mirando con detalle el brote, el rey no tardó en identificar la planta: era un manzano.

17

Tartamuda se acordó de su amigo Tartamudo y quiso devolverle aquel bonito gesto que él tuvo días atrás, cuando se presentó en su casa con una deliciosa tarta. Sí, estaba decidida: ella también le haría una tarta e iría a llevársela.

Al igual que él hiciera en su momento, Tartamuda preparó una tarta, la puso en una caja, la ató con un bello tartanudo, la puso en su tartamula, y allá que se fue con esta hasta el otro extremo del tartamundo, más allá de los tartamuros de su ciudad.

Por el camino, la tarta iba dejando tras de sí un exquisito aroma, ya que estaba hecha con la más fragante de las frutas: el tumul.

18

En sus ratos libres, Baodilán era afinador de paisajes.

Trepaba a los árboles y cortaba las ramas y ramillas de tal manera que el viento al pasar tuviera en ellos un sonido melodioso. Movía de lugar las piedras para que los animales que se encaramaban en lo alto a echar sus cantos sonaran lo mejor posible. Incluso invitaba a las criaturas a trasladarse a lugares distintos, como el director de una orquesta que colocase a sus músicos de la mejor manera posible. Y cuando el resto del pueblo dormía, se subía en secreto a los tejados y recolocaba algunas tejas para que las gotas de lluvia, al caer sobre estas, dejaran un repiqueteo musical.

Ahora que entraba la primavera, Baodilán tenía más trabajo que nunca. Los árboles echaban hojas y ramas nuevas, y los animales andaban más activos y ruidosos. El anuncio de la estación lo hacían las bandadas de pájaros que llegaban de lejos y se posaban en los árboles, como el extraño grupo de aves de arena que vino a posarse sobre el tilo a la entrada de su casa, y con los que no supo bien qué hacer. Apenas

piaban, pero el batir de sus alas de arena dejaba un ruido extraño que Baodilán no tenía ni idea de cómo afinar.

Dos de aquellos pájaros cayeron al suelo, pero cuando fue a ver si estaban heridos, no fue capaz de encontrarlos. Al pie del árbol, no encontró más que unos pequeños montoncitos de arena.

19

Tartamuda era coqueta y siempre vestía a la tartamoda. El peregrino, sin embargo, vestía ropas sobrias y muy sencillas, gastadas ya a esas alturas de su peregrinar. Se cruzaron en el camino e intercambiaron un saludo tímido.

El olor de la tarta animó al peregrino a hacer un comentario, y tras algunas frases, se sentaron juntos a hacer un pequeño alto en su camino. Se contaron su viaje y descubrieron que, aunque ahora iban en direcciones opuestas, ambos provenían de un mismo lugar.

El peregrino le habló de un hombre muy peculiar que había conocido en su camino, y que sembraba vocales en la tierra como quien siembra semillas de trigo o granos de maíz. Tartamuda pensó que le gustaría ver cómo crecían aquellas vocales y probar sus frutos.

A pesar de que la conversación era interesante y el peregrino le parecía un hombre encantador, Tartamuda reanudó pronto su marcha. No quería retrasarse y llegar tarde a casa de Tartamudo.

—No quiero ser una tardamuda —dijo para disculparse.

20

El peregrino conoció muchas otras gentes en su camino, entre ellas un curioso inventor de relojes de arena.

—¿Relojes de arena? —preguntó extrañado al saberlo.

El hombre le explicó entonces que había oído hablar de un curioso reloj de arena en el que esta caía formando figuras, una nueva y distinta cada vez que se le daba la vuelta. Obsesionado con aquel artilugio, trabajaba sin descanso intentando hallar la manera de crearlo, aunque por el momento no lo había logrado. Se confesó muy frustrado por todo ese trabajo, y admitió que estaba a punto de perder la esperanza de lograrlo algún día.

El peregrino recorrió con la mirada el taller del inventor y pensó que no entendía su frustración. Quizás no había sido capaz de crear aquel reloj de arena del que salían figuras, pero allí había una valiosa colección de otros relojes de lo más curioso, que se dirían incluso más interesantes que aquel que hacía figuritas.

Encontró, por ejemplo, uno en el que la arena se convertía en agua en una de sus mitades; otro que no tenía ampolla

ninguna, y en el que la arena simplemente flotaba y caía guiada por quién sabe qué fuerzas misteriosas; y uno muy hermoso cuya arena cambiaba de color al pasar de un lado a otro. También dos relojes de arena gemelos, en los que bastaba dar la vuelta a uno de ellos para que en el otro la arena subiera hasta su mitad superior y desde allí comenzase a caer.

No acertó a saber para qué servía uno cuya ampolla era opaca y tras ella no se veía caer ninguna arena, así como otro que no tenía arena dentro. Por vergüenza, no preguntó la razón de ser de aquellas creaciones.

—Llévese uno si quiere. A mí no sirven de nada —le dijo el inventor al ver cómo miraba sus relojes.

El peregrino lo pensó con calma, agradeció al inventor su regalo, y escogió un reloj normal en el que la arena caía sin más de un lado a otro. Después de ver tantos relojes extraños, se dio cuenta de que lo que le resultaba más fascinante era ver uno de ellos sin nada especial, que sirviera tan solo para medir el tiempo.

21

Baodilán seguía sin saber cómo afinar aquellos pájaros tan curiosos. Sin embargo, resultaron ser confiados, y había conseguido atrapar sin dificultad un par de ellos. Los guardaba en una pecera vacía sobre la que había puesto un tablón para que no volaran, y se pasaba el tiempo viéndolos revolotear allí dentro.

Al principio, había intentado encerrarlos en una jaula corriente, como lo haría si hubiera atrapado un jilguero al que quisiera poner a cantar para alegrarle las mañanas. Pero los pájaros de arena no tenían más que aplastarse contra los barrotes, y entonces empezaban a deshacerse y pasaban sin problema al otro lado. Los siguientes que atrapó los puso en la pecera, y de ahí ya no tenían manera de escapar.

Baodilán fue a ver sus pájaros de arena, y ya desde el otro extremo de la habitación notó que algo había cambiado. No se oía ese sonido áspero de su batir de alas, sino uno distinto. Y no es que ahora sonase aquello mejor afinado, que él para eso tenía el oído fino. Era un sonido igual de poco hermoso que el anterior, solo que diferente.

Cuando llego a la pecera, vio que allí ya no había pájaros de arena. En su lugar, una serpiente de arena se arrastraba por el fondo de un lado a otro.

22

A los turistas les gustaba especialmente aquella playa. El barco los llevaba por toda la costa, pero era allí donde se detenía más tiempo, a petición de los pasajeros, que sabían de aquel lugar y venían algunos a verlo desde muy lejos.

El mar estaba siempre en una calma absoluta. No se diría mar, sino más bien lago. Incluso al avanzar el barco, su paso no producía olas, y la superficie del agua seguía inmóvil, como si no hubiera manera de alterarla. En la orilla, la arena se extendía hasta donde llegaba la vista, y era allí, en tierra, donde se formaban las olas. Una tras otra, olas de arena rompían contra el mar, olas grandes y pequeñas que llegaban y se retiraban como una marejada suave y mineral, y aquel espectáculo tan extraño era lo que la gente venía a contemplar.

A veces, si tenían suerte, podían ver alzarse entre las olas de arena alguna otra forma, alguna figura hecha también de arena fina, como por ejemplo la gran cola de una ballena.

23

Sucedía raras veces, pero en ocasiones las olas de arena eran fuertes y grandes como las de un mar embravecido, y al romper contra al agua salpicaban algunos pegotes de arena que se separaban de la cresta de la ola. Estos pegotes se convertían entonces en pájaros, les crecían alas breves como las de los gorriones o amplias como las de un albatros, según fuera el tamaño, y echaban a volar y se perdían en la distancia.

En esos días, el capitán siempre tenía que dejar el barco frente a la costa más tiempo que de costumbre, porque aquel espectáculo encandilaba a los turistas como ningún otro.

No siempre esa arena tomaba la forma de un pájaro y volaba. A veces caía sin más al agua, y todos pensaban que allí no hacía sino disolverse, como lo haría cualquier arena de playa. Sin embargo, aunque nadie lo viera desde el barco, esos pegotes, una vez en el agua, se convertían en peces de arena que se alejaban nadando lentamente, y que se iban hundiendo poco a poco hasta llegar al fondo, donde se deshacían y se unían a las arenas del lecho marino.

Si alguien hubiera tenido curiosidad y hubiese buceado hasta las profundidades, habría visto un fondo hecho de arena blanca con la que se formaban extrañas figuras: conchas, animales marinos, corales y serpientes que reptaban entre ellos, e incluso una vez el casco de un barco hundido.

Pero esto, ya digo, nunca nadie llegó a verlo.

24

El tartamulo, que era torpe y viejo, tropezó con la raíz de un árbol y cayó al suelo.

—Vaya tortamuda nos hemos dado —le dijo Tartamuda a su animal una vez que se levantaron y comprobaron que no se habían hecho daño.

Por suerte, la tarta también estaba en buen estado. Tartamuda se aseguró de que no se le había caído nada, apretó las cuerdas que sujetaban su equipaje al lomo del tartamulo, y acarició el morro del animal.

Antes de ponerse en marcha, se sacudió de sus ropas la arena que se había quedado pegada a ellas.

25

Como el viaje había sido largo, Tartamudo invito a Tartamuda a quedarse en su casa a pasar la noche y descansar. Además, había sobrado mucha tarta, y así podrían tomarla juntos al desayuno. Tartamuda aceptó la invitación, y él le preparó una cama con sábanas limpias.

A Tartamuda le extrañaba la rara costumbre de Tartamudo, a quien le gustaba que sus invitados le leyeran un cuento antes de dormir.

—Es que mis padres me leían muchos cuentos cuando era pequeño —dijo él para justificarse.

Y no es que a ella le pareciera mal que Tartamudo pidiera a sus huéspedes un poco de lectura, nada de eso. De hecho, ella hacía lo mismo cuando otros venían a visitarla. Lo que le resultaba extraño era que aquellos cuentos se leyeran por la noche, antes de irse a dormir, cuando todo el mundo sabe que los cuentos se han de leer a los niños por la mañana, justo antes de que salgan de la cama.

—Pues aquí los leemos por la noche —respondió Tartamudo, a quién le no le convencía aquello de escuchar un cuento nada más levantarse.

Como cada uno tenía costumbres distintas, acordaron que ella le leería a él su cuento de buenas noches, y él a ella el suyo de buenos días.

Tartamudo cogió de su biblioteca un libro y se lo dio a Tartamuda.

—«Cuentos del afinador de paisajes» —leyó ella—. Parece raro.

—Ya verás, te va gustar —le dijo él mientras se metía ya bajo el edredón, listo para escuchar una de esas historias.

26

Baodilán andaba subido en un árbol ajustando un par de ramitas desafinadas, cuando vio llegar por la senda a un hombre al que no conocía. Supuso por sus ropas que habría de ser un peregrino de paso, de los que no era extraño ver por allí de vez en cuando. Apenas le prestó atención y siguió con su trabajo.

En esos días, tenía más tarea que nunca. Las hierbas crecían, las hojas brotaban en los árboles, los grillos andaban nerviosos, y las ranas no descansaban ni un instante en su croar. Afinar todo aquello era labor casi imposible. Si al menos alguien pudiera ayudarle... Pero claro, no había nadie que compartiera con él aquella afición tan peculiar de afinar los paisajes. ¿Lo había, acaso, en alguna otra parte del mundo? ¿Habría tenido alguien la misma inquietud que él y habría intentado dar mejor sonoridad al campo como él hacía?

El peregrino se detuvo no muy lejos del árbol al que estaba subido Baodilán, y este lo vio agacharse para coger algo. Se fijó en que había atrapado un par de ranitas, y las llevaba de

un lugar a otro. Puso una en lo alto de un arbolillo, y otra la colocó entre unos arbustos. A esta última, le acercó un dedo a la boca para que dejara de croar, esperó un instante, y después retiró el dedo. La rana volvió a su cantinela, pero ahora bien acompasada con los ritmos de sus compañeras.

A Baodilán, desde lo alto de su árbol, le pareció que el paisaje de pronto sonaba más melodioso. El peregrino le dejó un saludo discreto, y él se lo devolvió sin saber qué decir.

27

El viejo rey diminuto había muerto ya tiempo atrás. En sus últimos momentos, se entretenía recordando las épocas gloriosas de su reino y la duna de un solo grano de arena desde la que solía ver atardecer. Y cuando esos recuerdos le ponían melancólico, se distraía intentando averiguar de dónde vendría exactamente el inesperado manzano bajo cuya sombra ahora vivía.

El manzano ahora ya no estaba solo. Sus frutos y sus hojas, al caer y descomponerse, habían formado un suelo fértil, y el desierto de arena de aquel entonces ya no existía. La hierba crecía jugosa y fresca, y un bosque de manzanos cubría todo el lugar.

Una nueva civilización de seres minúsculos había aparecido de la nada y ahora habitaba sobre aquel suelo.

28

Tartamuda se soñó en una playa bajo el sol del verano. Estaba tumbada sobre la arena, una arena extraña que parecía moverse en pequeñas olas rizadas, y desde allí se veía un mar liso e inmóvil como un cristal.

Era un lugar hermoso, pero lo mejor fue que, en ese mismo momento, Tartamudo también se soñó en idéntico lugar. Y allí se encontraron los dos sin esperarlo, sentados frente al mar y felices.

Pasaron un rato agradable juntos, y antes de que a alguno de ellos le llegara la hora de despertarse, acordaron intentar verse allí, cada uno en su sueño, a la noche siguiente.

Así lo hicieron una noche tras otra, sin tener ahora que cruzar medio mundo para encontrarse.

—Lo único malo es que aquí no puedo traerte una de mis tartas, ni tú a mí una de las tuyas —le dijo él una noche.

Entonces ella arrastró un montoncito de arena y formó con esta un pequeño pastel. Luego hizo un gesto con sus manos para invitarle a probarlo. Él sonrió y acercó su nariz como para olerlo.

—Hmmmm, tarta de tumul, mi favorita —dijo sin dejar de sonreír.

29

Esa noche, Tartamudo no pudo conciliar el sueño. Lo intentó durante horas, pero algo le tenía desvelado. Y por ello, no pudo acudir a su encuentro con Tartamuda, que lo esperó como cada noche en sus sueños, sentada en aquella playa.

Aburrida de esperar, cogió un puñado de arena y vio que, sin más que apretarla en su puño, esta tomaba después la forma de un pajarillo. Y, más sorprendente aún, al lanzarla al aire, la figura no se deshacía, sino que cobraba vida y echaba a volar. Tampoco era algo tan extraño; a fin de cuentas, aquello era un sueño y en los sueños todo resulta posible.

Hizo muchos de aquellos pájaros y los vio alejarse hacia el horizonte. Estaba preguntándose hacia dónde irían, en qué árbol o roca acabarían posándose, cuando entonces sonó el despertador y perdió el sueño.

30

Tartamudo tampoco consiguió dormirse a la noche siguiente, ni la de después, ni la otra, y cuando al fin cayó rendido en la cama al cabo de unos días, su cabeza estaba tan cansada que tuvo pesadillas. Por supuesto, no pudo soñar con su playa de arenas ondulantes, y Tartamuda volvió a esperarlo en vano mientras hacía más pájaros de arena.

Tartamuda decidió dos cosas. La primera, intentar soñar algo distinto, quizás algo más excitante. La segunda, escribirle a Tartamudo una carta como en los viejos tiempos, para ver si estaba bien y preguntarle por su ausencia.

Tartamuda estaba inspirada (se ve que la tartamusa estaba rondando ese día), y no escribió una, sino nada menos que cinco cartas. Las echó todas ellas al correo y, como no tenía nada que hacer aquella tarde, se metió en la cocina a preparar una tarta.

31

El muchacho, aburrido, cogió de la estantería un tomo de su gruesa enciclopedia y, como hacía a veces, abrió una pagina al azar. Allí leyó:

> **Tumul.** m. Fruta carnosa muy apreciada por su sabor intenso. De gran tamaño, carne violeta, y con la piel rosada y fina. Presenta un estrechamiento en su parte central, lo que le da forma de reloj de arena. La planta del tumul requiere para su desarrollo suelos muy arenosos, por lo que su cultivo es difícil y su distribución reducida.

32

Esta vez fue Tartamuda la que tuvo pesadillas. Ella quería soñar algo distinto, ya hemos dicho, aunque no de esa manera.

Al principio, le pareció que volvía a tener el mismo sueño. Delante de ella estaba aquel mar inmóvil, y ella se sentaba en la playa. Pero pronto se dio cuenta de que era todo distinto.

Estaba en una isla desierta y muy pequeña, y quería irse. A su lado había un montón de cartas. Eran todas iguales, las había escrito ella misma: cartas de socorro informando de su naufragio.

Puso una de ellas en una botella que había cerca, pero al arrojarla al mar, la botella se quedó en el lugar donde había caído. Y a falta de olas y corrientes que la arrastraran, siguió allí sin moverse.

Después hizo con otra de las cartas un barquito de papel. Pero al posarlo al borde del agua, el barco no avanzó ni un solo centímetro, como si estuviera anclado y no tuviera manera de moverse.

Desesperada y sin nada que hacer, Tartamuda se sentó de nuevo en la playa y cogió un poco de arena en su mano. Cerró el puño y, al abrirlo, no había más que un pegote de arena blanda. Lo arrojó al aire y el pegote se desintegró y cayó al agua con un ruido cosquilleante.

El sueño se le hizo muy largo a Tartamuda, que ya se creía condenada a ser por siempre un náufrago en aquella isla.

Cuando despertó, tenía la respiración entrecortada, sudores fríos, y algo de arena en las palmas de sus manos.

33

A la noche siguiente, Tartamudo y Tartamuda volvieron a encontrarse mientras dormían. Ninguno de ellos esperaba ya soñar con aquella playa, pero una vez más aparecieron allí, en su sueño común.

Tartamuda le habló de las cartas que le había enviado, pero él dijo no haberlas recibido aún.

—El correo es más lento que los sueños —comentó entre risas.

Luego ella le mostró cómo hacer pájaros de arena, y él probó a formar uno de ellos con sus manos. Pero como estas eran más grandes que las de Tartamuda, sus pájaros eran más pesados, y al echarlos a volar aleteaban con menos brío.

Tartamudo hizo algunos más y vio cómo se perdían hacia el horizonte. Estaba preguntándose hacia dónde irían, en qué árbol o roca acabarían posándose, cuando entonces sonó el despertador y perdió el sueño.

34

El peregrino había llegado ya a la parte final de su viaje, y en los últimos días de camino hacía balance de aquel recorrido. Recordaba las gentes que había conocido, los paisajes que había visto, y pensaba en lo distinto que le resultaba todo ahora después de haber descubierto tantas cosas.

El peregrino, como todo viajero ingenuo, había salido de casa con idea de encontrar respuestas, pero a pesar de que lo aprendido en su viaje era mucho, se daba cuenta de que tenía pocas respuestas y un montón de preguntas nuevas. Algunas de ellas eran muy curiosas, y sobre estas se entretenía en pensar mientras hacía camino a solas: ¿De dónde sacaba aquel hombre las vocales que luego sembraba? ¿Por qué no utilizaba también consonantes? ¿Habría alguien que supiera afinar los paisajes igual que él hacía? ¿Cuánto durarían afinados después de que él pasara por ellos y los dejara atrás?

35

Las cartas le llegaron a Tartamudo un par de días después de aquel sueño en el que había vuelto a reencontrarse con su amiga. Reconoció de inmediato la caligrafía de Tartamuda, pero cuando comenzó a leer se dio cuenta de que aquello no era nada fácil. Y no, no era porque ella fuera también *cartamuda* como él, sino porque a aquellas cartas les sucedía algo muy extraño: les faltaban las vocales. En cada sitio donde debía ir una de ellas, no había más que un espacio en blanco, como si alguien las hubiese robado.

«¿Para que querrá alguien llevarse las vocales?», se preguntó Tartamudo. Luego, con esfuerzo, comenzó a leer de nuevo la primera carta: «Qrd Trtmd, …»

36

Belerín salió al jardín con un gran cubo lleno de vocales. Quería tener el mejor huerto de toda la zona, con frutas y hortalizas de toda clase, y para ello tenía aún mucho trabajo que hacer.

Puso las vocales con cuidado, mayúsculas y minúsculas, sin equivocarse en la dirección en la que las sembraba. Luego echó agua clara y buenos puñados de tildes para fertilizar la tierra. Al acabar el día, estaba cansado pero feliz.

Al día siguiente trabajaría en hacer un buen espantapájaros. Las vocales no gustaban a los pájaros normales, pero ahora, con aquellos pájaros de arena que habían empezado a aparecer, la cosa era distinta. No se comían las letras, pero se posaban en el suelo allá donde había una, y desaparecían dejando un montoncito de arena en el lugar. Si llegase una gran bandada de ellos atraída por todas aquellas vocales, de la noche a la mañana su huerto podría quedar convertido en un desierto arenoso.

37

Baodilán había terminado de afinar ya los árboles, las piedras, los tejados y el motor de su tractor. Incluso dio instrucciones a un vecino sobre el ritmo a seguir mientras cortaba leña con un hacha, para que sus golpes se sincronizaran bien con los otros ritmos del campo. Pero afinar un paisaje es un trabajo continuo, y cuando uno cree haberlo dejado ya todo bien ajustado, entonces crece una nueva flor, ruedan pendiente abajo unos cantos, o un animal decide cambiar el tono de su voz, y allá que hay que ir de nuevo para corregir aquello.

Esta vez fueron las ranas. Las oyó cantar y se dio cuenta de que no lo hacían a compás. La coral de las ranas necesitaba algunos ajustes. Buscó entre la vegetación algunas de ellas y las posó suavemente en otras ramas, en otros rincones donde sonaran mejor todas al unísono. Luego les iba poniendo un dedo suavemente sobre la boca para hacerlas callar, y que reanudaran después su croar mejor sincronizadas con el resto. Al hacerlo, Baodilán recordó no sin nostalgia el paso de aquel peregrino días atrás.

38

Algo debió haber hecho mal Belerín esa vez, porque de sus vocales no creció ningún árbol que diera fruto, ni tampoco ninguna mata de la que recolectar nada. Y no parecía importar si las letras que había sembrado eran minúsculas o mayúsculas, ya que de ellas no salieron más que arbustos densos y todos iguales, de tal modo que su huerto era más bien una colección de setos. Eso sí, eran setos muy hermosos y coloridos, ya que los había rojos (que crecían donde había sembrado oes) y malvas (allá donde recordaba haber puesto aes). Solo donde había sembrado alguna letra e, los arbustos tenía su color verde habitual.

39

Después de todo el día trabajando fuera, Baodilán entró en casa, se dio una ducha caliente, encendió la chimenea y se sentó frente a ella. Le gustaba mirar las llamas y escuchar el crepitar del fuego, pero al cabo de un rato de observar, se preguntaba siempre si habría alguna forma de afinar su chimenea, de la misma forma que afinaba los elementos del campo. Le gustaría que sonara más armoniosa, algo mejor que ese crujir desordenado, y quién sabe si quizás con eso también las llamas hicieran mejor sus bailes.

Había probado maderas de toda clase, de unos y otros árboles, de una y otra longitud. Incluso había cambiado la forma de la chimenea varias veces. Pero aun así, no había sido capaz todavía de lograr lo que se proponía.

Añadió un nuevo leño a la chimenea y siguió pensando en la manera de conseguirlo.

40

Después de su largo caminar alrededor del mundo, el peregrino regresó por fin a casa. Esperaba encontrar el lugar cambiado, algo de polvo en los muebles, algunas malas hierbas en el jardín, pero nunca hubiera imaginado algo así. Al borde de su casa, un denso bosque de manzanos había ocupado el sitio en el que antes no crecían más que algunas matas.

Cogió de uno de ellos una manzana y le dio un bocado. Al comerla, le vino a la memoria el recuerdo de los días pasados, de las tierras lejanas donde existían aquellos sabores y las frutas se escribían con vocales distintas.

41

Al ver el humo salir de la chimenea, todos supieron que su vecino había vuelto a casa. Y no era difícil darse cuenta de ello, porque de la chimenea salía una columna perfecta que ondeaba al viento con un pulso rítmico, como si estuviera siguiendo alguna música. No había un humo tan hermoso en toda la ciudad.

Decían quienes habían estado alguna vez en esa casa en un día de invierno que su chimenea era especial, que el crepitar del fuego era muy melodioso, como si estuviera bien afinado, y que las llamas danzaban de un modo diferente.

—Es algo misterioso, hipnótico, como un ballet bien orquestado —contó una vez uno de sus amigos, que acostumbraba ir los fines de semana a tomar café.

El peregrino, no obstante, no tenía compañía esa tarde. Bajó a la leñera y en ella cogió dos violines de entre el montón de viejos violines, guitarras y violonchelos que allí guardaba. Volvió al salón y los arrojó a las llamas, y se quedó mirando hasta que empezaron a arder con un sonido perfecto.

42

Unas semanas después ya se habían marchado los fríos y nadie encendía su chimenea. Sin embargo, todos sabían que el vecino seguía allí incluso si no se cruzaban con él por la calle o pasaban a visitarle, porque el paisaje había vuelto a sonar como era debido, de la misma manera bien afinada en que lo hacía antes de que él hubiera decidido irse a peregrinar por el mundo.

43

El muchacho se preguntó por qué nadie se lanzaba al agua. El día era claro, no soplaba viento, y la mar tan quieta invitaba a bañarse. Pero los demás parecían contentarse con mirar la orilla desde el barco y ver a la distancia esas olas de arena tan curiosas.

—No podemos acercarnos más, no hay profundidad suficiente —respondió el capitán cuando una mujer le pidió ir a ver la orilla desde más cerca. Ella aceptó la respuesta y no dijo nada más.

Pero el muchacho quería también acercarse, quería incluso tocar aquella arena. Se quitó la ropa y se echó al agua. Era una sensación extraña nadar en una lámina de agua tan inmóvil, quieta incluso a medida que él avanzaba.

Llevaba consigo un pequeño frasco en una mano. Al llegar al borde, donde las olas de arena rompían contra el mar dejando unos granos finísimos y blancos, acercó el frasco y recogió un puñado de aquella arena. Después lo tapó y regresó al barco, de nuevo sintiendo la extraña consistencia de

aquel agua tan firme a la que no había manera de arrancarle ningún oleaje.

La arena en el tarro parecía seguir aún rompiendo en olas diminutas. El muchacho pensó que sería una buena idea usarla para hacer un reloj de arena.

Poemas

Magdalena y Medialuna

Atardecer

Medialuna y Magdalena,
en un castillo de arena,
miran el sol que se apaga
y ven la luna salir.

Magdalena y Medialuna
han cogido cada una
un pez de escamas doradas
y una flor color carmín.

Medialuna y Magdalena,
bajo la noche serena,
escuchan cómo les llama
el viento desde un cantil.

Magdalena y Medialuna
no quieren más aventura,
se meten pronto en la cama,
tienen ganas de dormir.

Amanecer

Magdalena se despierta,
Medialuna ya la espera,
miles de pájaros blancos
montan guardia en la ventana,
música de primavera.

Magdalena hace la cama,
Medialuna desayuna,
mientras las flores de marzo,
molinillos de colores,
mueven su cuerpo y perfuman.

Mañanas de sol y luz,
mediodías de jardín,
mira cómo este rocío
moja un pétalo y despierta
mundos dentro de un jazmín.

Magdalena ha sonreído,
Medialuna ella también,
misterios les guarda el tiempo,
moradas flores de espuma
mueve el viento a su través.

A la mesa

Magdalena, triste,
magdapenas tiene,
Medialuna pronto
junto a ella viene.

Magdalena, hambrienta,
magdacenas quiere,
Medialuna le hace
buñuelos de nieve.

Magdalena come,
magdallena queda,
dentro un ronroneo
y silencio fuera.

Al escondite

«Te toca esconderte
donde no te vea.
Hasta cien yo cuento »,
dice Magdalena.

Medialuna mira,
sale a la carrera
¿Dónde va a esconderse?
Difícil tarea.

En el suelo dentro
de una madriguera,
o arriba del cielo,
tras la luna llena.

Bajo alguna concha
cubierta de arena,
a la que de noche
meza la marea.

«¡Ya lo se! », se dice,
«¡Qué genial idea! »,
corre a camuflarse
y quieta se queda.

En medio de un libro,
en este poema,
escondida donde
solo tú la leas.

Navegante

Magdalena en una espiga
se construye una guarida,
y por sus ventanas mira
a un pajarillo cantar.

Mientras el pájaro trina,
llega una brisa marina,
acuna el trigo y anima
oleaje cereal.

El trigal es mar bravía,
su refugio nave hacía,
Magdalena se creía
de aquel barco capitán.

Un caminito de migas
ha dejado a su partida,
para volver otro día
y de nuevo navegar.

Lluvia

De colores un paraguas nuevo,
en los pies, botas de agua de estreno,
¿dónde vas, Medialuna, si el cielo
limpio está como un cristal de hielo?

«¿Es que acaso importa que no llueva,
si yo quiero usar mis cosas nuevas?
Ven conmigo y soñemos que truena
y de charcos la calle está llena».

De colores un paraguas nuevo,
en los pies, botas de agua de estreno,
ya comienza este dulce aguacero
de ilusiones y puros deseos.

De la mano

Quiso Magdalena dar de comer
a un pájaro en el cuenco de su mano,
puso sobre su palma algunos granos
y muy despacio se acercó hasta él.

Vino el ave confiada y sin miedo,
mas no probó ni una sola semilla.
En lugar de comer, le hizo cosquillas:
quiso picar las pecas de sus dedos.

Moda

Magdalena viste lino,
Medialuna va de lana,
desfile de primavera,
un helecho y media rama
les sirven de pasarela.

De fina seda es el hilo,
ropas y plumas de gala,
telas y gasas ligeras,
a hacerlas bailar sin alas
la brisa con ellas juega.

Lección

A Magdalena una estrella
le pregunta la lección,
«Esto es», le dice ella,
«hoy lo que he aprendido yo»:

«A contar del mar las olas,
a pintar roja una flor,
a cantar con voz de noche
y a tocar la percusión.
A subir sobre la luna
y allí saludar al sol,
responder cuando me llame
de mañana un ruiseñor.
A rimar palabras largas,
a olvidarme del reloj,
a seguir ritmos y bailes
con la punta y el tacón.

Siete notas musicales,
si, la, sol, fa, mi, re, do,
y escribir con todas ellas
cada día una canción».

A Magdalena una estrella
le pregunta la lección,
a soñar le enseña luego
cantándole una canción.

Patatas con nubes

El olor a guiso
nutritivo sube,
Magdalena hizo
patatas con nubes.

Nubes esponjosas
que cogió del cielo,
las lava y remoja,
y las echa al fuego.

Nubecillas tiernas
de lluvia y de sueño,
sabores de tierra,
perfumes de viento.

Olor de puchero
llena la escalera,
delicias al fuego
hizo hoy Magdalena.

Con una flor

Medialuna, cuando llueve,
busca rápido una flor,
de paraguas se la pone
y espera a que salga el sol.

En el cuello de su blusa,
junto al último botón,
un clavel lleva prendido
que le deja buen olor.

Da vueltas a una amapola
y salta desde un balcón,
con su hélice encarnada
hace vuelo sin motor.

Magdalena que la ha visto
pilota también su avión,
son sus alas dos jazmines,
cada uno de un color.

Con una azucena blanca,
juntas se arropan las dos,
bajo un pétalo de seda,
duermen dándose calor.

Nota

En un papel de colores,
ha apuntado Magdalena,
dos frases con un secreto,
y tres versos de un poema.

Dobla la hoja y se la pasa,
sin que nadie más la vea,
a su amiga que la esconde
bien dentro de su cartera.

Medialuna, emocionada,
cuando al fin a casa llega,
aquel mensaje furtivo
en su habitación desvela.

En un papel de colores,
a la luz de una candela,
versos de aire y un secreto
para que solo ella lea.

Medio remedio

Medialuna, al mediodía,
un remedio de agua fría
toma y de inmediato ansía
beber un traguito más.

Medialuna, a medianoche,
con medias negras y un broche,
de comediante fantoche
se disfraza y va a bailar.

Medialuna, luna errante,
una gran regla mediante,
medía el pelo brillante
de su caballo alazán.

Caras

De carmín, acuarelas y tinta,
Medialuna a las piedras les pinta
nariz, ojos y boca de cinta,
y las hace sonreír.

Hoy de azul y de verde ha pintado,
un mirar en un canto rodado,
una risa de rojo encarnado
y violeta algún matiz.

De un guijarro el rostro de un amigo,
de sonrisas alfombra el camino,
de sus manos hoy ha amanecido
este día más feliz.

Huerto

Medialuna en un hoyuelo
pone el néctar de unas flores,
chucherías de colores
y un trozo de caramelo.

Un terrón blanco de azúcar
entierra en una maceta,
de fresa una piruleta
riega con zumo de frutas.

Un árbol de hojas doradas
en un instante ha crecido,
de golosinas racimos
recolecta de sus ramas.

Una cestilla bien llena
de su cosecha golosa
con un gran ramo de rosas
le ha traído a Magdalena.

Astronomía

Magdalena en la ventana
al ver la luna que sale,
con ella y con las estrellas
hace juegos malabares.

Cuando alguna se le escapa,
en mil fuegos se deshace,
es así que por el cielo
cruzan estrellas fugaces.

Cantinela

Magdalena
blanca lleva
larga seda
y un pañuelo de color.

Medialuna,
reina muda,
ve y saluda,
de agua y flores es su voz.

Magdalena,
la mar lleva
sal, arena
y el bailar de una canción.

Medialuna,
sé mi ayuda,
ven y acuna
en tus brazos este amor.

Magdalena,
tras la pena,
nada queda,
solo paz en su interior.

Cometa

Magdalena una cometa
sabe hacerse con un hilo,
lo anuda en el firmamento,
sostiene la luna en vilo.

Magdalena también quiere
despegar como un suspiro,
el cordón quita del cielo
y lo prende en su vestido.

Magdalena vuela alto,
pájaro desde su nido,
Medialuna para verla
en un árbol se ha subido.

Magdalena una cometa
sabe hacerse con un hilo,
átate tú este poema
y ven a volar conmigo.

Instrucciones

Para soñar, Magdalena
suelta al viento su melena.

Para dormir, Medialuna
canta una canción de cuna.

Para nadar, Magdalena
viste cola de sirena.

Para volar, Medialuna
pone en su pelo una pluma.

Para reír, Magdalena,
hace del mundo verbena.

Para vivir, Medialuna
de ilusiones se perfuma.

Caballito

Paisaje

Al alba, una nube malva,
al ocaso, cielo raso,
en el mar, murmullo de algas,
en el prado, un toro manso.

Siéntate, no tengas prisa,
miremos crecer un árbol,
convertirse en piedras lisas
los roquedos y los cantos.

Al alba, una nube malva,
al ocaso, cielo raso,
cuando las estrellas salgan,
la luna estará de paso.

Entre las hojas

Ramillete de lavanda
entre las hojas de un libro,
flor dormida en las palabras
de los cuentos de un chiquillo.

¿Quién fue que a secarse puso
ese ramillo violeta?
Misterioso y dulce intruso,
¿cuál es tu historia secreta?

Ramillete de lavanda
entre las hojas de un libro,
páginas bien perfumadas
esta noche lee un niño.

Marta frente al mar

Marta maravillada frente al mar,
brillos de marfil, espuma de mármol,
ve cómo se marchitan y se van
a cámara lenta sueños amargos.

De amarillas margaritas un ramo
con olores de marzo todo perfuma,
mecen las olas barcos amarrados,
luz de coral, fumarolas de espuma.

Marta maravillada frente al mar,
de peces marabunta en el azul,
maraña de algas con sabor a sal,
quiere soñar y no marcharse aún.

Misterio

¿Cómo hará para guardar
la caracola en su vientre
todo el sonido del mar
y que allí resuene siempre?

«Ojala fuese yo igual»,
pensó ante ella un poeta,
«y guardar la inmensidad
en un puñado de letras.

Al escribir esconder,
en las líneas de un poema,
el cosquilleo en los pies
al andar sobre la arena».

¿Cómo hará para guardar
la caracola en su vientre
recuerdos de espuma y sal,
fiel rumor de la corriente?

A esconder historias

Vamos a esconder un cuento
en una esquina secreta,
por ejemplo, sobre el viento,
escrito en una cometa.

En un papelito fino,
que doblaremos después,
con forma de submarino,
de paloma, rana o pez.

En un granito de arroz,
y con letra diminuta,
en la tripa de un león,
o en el hueso de una fruta.

En la sombra de una peca,
vamos a escribir un cuento,
pero que nadie lo sepa,
guárdame tú este secreto.

Abanico

Abanico de madera
en las manos de un muchacho,
de papel unos pedazos
lanza y de sus dedos vuelan
palomitas mensajeras
como pétalos de marzo.

Abanico de madera,
de juguete un torbellino,
libres cometas sin hilo
de cartulina ligera,
mariposas que aletean
quién sabe hacia qué destino.

Abanico de madera
en las manos de un muchacho.

Tres monedas

En un bolsillo tres monedas,
escucha cómo tintinean,
allá sale ya la primera,
con ella ¿qué se comprará?

Ahora dentro solo dos quedan,
como dos campanitas suenan,
el turno de una de ellas llega,
mírala, mira cómo va.

Se quedó sola la tercera,
su destino quiere que sea
que con ella cositas buenas
alguien vaya pronto a pagar.

A la fuente de la plazuela,
para que un deseo conceda,
la lanza un niño y ella vuela,
va a hacer un sueño realidad.

En un bolsillo tres monedas,
escucha cómo tintinean,
el destino que nos espera
nunca es fácil de imaginar.

En la funda de un violín

En la funda de un violín,
hizo un pájaro su nido,
bello y musical sonido
desde entonces se oye allí.

Su pareja, con amor,
puso muy blancos tres huevos,
tres son hoy ya los polluelos
que acompañan a su voz.

Alada orquesta en lugar
de tan solo un instrumento,
sus melodías al viento
cada día cantarán.

En la funda de un violín,
cantores desconocidos,
llenando de colorido
las tardes del mes de abril.

Caballito

Se soñó el árbol corcel en libertad,
al ver a un caballo correr por el monte,
quisiera poder ir hasta el horizonte,
y allí ver con sus propios ojos el mar.
Ojalá pudiera él también galopar.

Sacar del suelo una raíz intentó,
mas no hubo manera de desenterrarla,
y triste se lamentó con voz amarga:
«¿Por qué tú puedes correr mientras que yo,
he de quedarme aquí quieto bajo el sol?»

Años pasaron, llegó un verano seco,
de sed se murió el árbol sin conseguir
haber en vida asomado su raíz.
Un pájaro hizo nido en su tronco hueco,
y los hombres lo talaron sin respeto.

Pero a veces los sueños, a su manera,
se cumplen sin que el tiempo los derrote,
y aquel árbol al fin pudo ir a galope:
no fue nunca corcel en una pradera,
mas fue de un niño caballo de madera.

Carrera de nubes

Quiso la nube ser veloz,
tomó forma de conejo.
El viento, cuando la vio,
de un soplo la mandó lejos.

La nube se mareó,
¿para qué ir con tanta prisa?
¿De qué sirve este ciclón,
si a ella le basta una brisa?

A otra nube que encontró,
de inmediato pidió ayuda,
y aquella recomendó
tomar forma de tortuga.

Así se la encontró el viento
y entendió pronto el mensaje,
comenzó a soplar muy lento,
puso a dormir el paisaje.

Ahora la nube pasea,
de tortuga disfrazada,
hecha de algodón y seda
al despuntar la mañana.

A bordo

Sea anciano capitán con barba,
o grumete inexperto e imberbe,
qué fortuna ha de ser vivir viendo
borboteos de mar cada día,
y burbujas de espuma en el viento.

Arribar bajo la lluvia a puerto,
ver vencerse el sol sobre las aguas,
revivir vientos y tempestades,
y a babor volando las gaviotas,
y a estribor un albur buceando.

Es el mar un prodigio soberbio,
y ser marinero ¡algo bárbaro!

Copo de nieve

Un copo de nieve quiero
envolver para regalo,
tres algodones de hielo
en la palma de mi mano.

Un copo de nieve quiero
envolver para regalo,
suspiro largo de enero
en papel coloreado.

Un copo de nieve quiero
envolver para regalo,
un pedazo del invierno
que obsequiar en el verano.

Un copo de nieve quiero
envolver para regalo,
lo intento pero no puedo,
dime tú cómo lo hago.

Fluvial

Un lugar tengo junto al arroyo
donde a la tarde
voy a sentarme,
y en el que torna el verano otoño.

Juncos de seda guardan la orilla,
el agua mece
de plata peces,
rizos de aire en las buganvillas.

Perfumes dulces en las umbrías,
pájaros lentos
vuelan al viento
bajo el silencio del mediodía.

Pone el ocaso la luna a salvo;
en los carrizos,
suena el hechizo
de un ruiseñor cantando sus salmos.

Lava tus manos, moja tu cara,
luz de ribera,
la primavera
pone reflejos en tu mirada.

Cartografía

No hay mapa que no guarde en sí un tesoro,
viaje no hay mejor que surcar solo
los pliegues de un papel coloreado,
soñando puedes ir a cualquier lado.

Entre tus manos caben cordilleras,
arroyos, islas, mares y praderas,
ciudades donde también hay quien sueña
la vida y los paisajes de otras tierras.

Un mapa puede ser cuento y poema,
la intriga y la emoción de una novela,
el vértigo, el amor, la fantasía.

Cada una de sus líneas, horizonte;
cada una de sus tintas, cualquier donde;
cada una de sus letras, poesía.

El cartero

Esta mañana el cartero,
en su destino primero,
entregó un mensaje al vuelo
que debía ser de amor.

Tenía un sello con hojas,
un olor como de rosas,
la caligrafía hermosa
y pintado un corazón.

Le ha dejado a la vecina
una cartita muy fina
que le mandaba su prima
y una preciosa postal.

Viene de un país lejano,
de un amigo o de un hermano,
que ha pasado allí el verano,
en un pueblo junto al mar.

Luego en el número siete,
ha dejado un gran paquete,
quizás contenga un juguete
que a un muchacho hará feliz.

Se imagina la alegría,
al abrir la mercancía,
oye ya la algarabía
que va a producirse allí.

Es tarde y ya ha terminado
la jornada y ha llegado
a su casa algo cansado
y con ganas de roncar.

Piensa: «Es bello mi empleo,
llevo cartas y deseos,
aunque yo nunca las leo,
que soy un profesional».

Abre su buzón ansioso,
pero no hay nada valioso,
del banco un aviso soso
y algo de publicidad.

Entra en casa alicaído,
hoy tampoco ha recibido
carta de un amor perdido,
algún día llegará.

De papel

El barquito de papel
a mojarse tiene miedo,
el agua no es para él,
no es un barco marinero.

Quiere echarlo a navegar
en una charca el muchacho,
pero él no quiere zarpar,
no quiere ya ser un barco.

Las velas agita fuerte,
volando quiere escaparse,
y buscar mejores suertes
donde no haya que mojarse.

El chico rápido entiende
del barquito su congoja,
sabe que él es diferente
y sueña con otras cosas.

«Ya sé yo lo que te pasa,
te comprendo, compañero,
no naciste para el agua,
tú estás hecho para el cielo».

Con cuidado lo desdobla,
vuelve a doblarlo de nuevo,
y de avión le da la forma,
para que él emprenda el vuelo.

El barquito no es barquito,
sus velas ahora son alas,
y cuando lo lanza el niño,
hacia las nubes escala.

Avioncito de papel,
aquel era su destino,
eso siempre quiso ser,
y eso hoy por fin ha sido.

Amigas

En mitad de un gran trigal,
fue a nacer una amapola,
era todo verde mar,
y ella se sentía sola.

Una mañana de niebla,
volaba una mariposa,
divisó allá abajo en tierra
una flor brillante y roja.

Confundida en tal blancura,
sin saber dónde volar,
en la flor encontró ayuda,
a ella se vino a posar.

La amapola qué alegría
sintió al ver llegar sus alas,
una amiga ahora tenía
y era como ella encarnada.

Ya no está sola la flor,
y encontró al fin el insecto
un buen faro de color
con el que llegar a puerto.

Se dirían solo una,
juntos pétalos y alas,
de carmín entre la bruma
dos amigas abrazadas.

La niebla ya se marchó,
pero juntas ellas siguen,
aquel que encontró el amor
nada más que amor ya pide.

Divertimento

Ándale, Iván, dale al vándalo,
dulce ramita de sándalo,
que lleve al Congo la góndola
a rifarla en una tómbola.

Trae a Roma tus aromas,
o al claro mar cual paloma,
el caro marfil lujoso,
pájaro maravilloso.

¡Qué mareo de palabras!
¡Qué mar veo de olas largas!,
¡Quemar quiero flores malvas
y que un humorado salga!

Helados encadenados

Helado de dulce fresa,
presa de un ave rapaz,
capaz serías de todo,
toro tranquilo y sagaz.

Helado de suave nata,
gata de suave pelo,
velo de suave seda,
será de plata pañuelo.

Helado de fresco limón,
lirón dormido en la rama,
llama de fuego caliente,
valiente es siempre quien ama.

Calor

Pobre alondra, se atolondra
con el calor del verano,
va a buscar algo de grano
y no encuentra ni una sombra.

Se despista y pierde el rumbo,
no sabe cuál es su norte,
vuela mareada y torpe,
y aterriza dando tumbos.

Bebe el agüita de un charco
y al instante recupera
fuerza y de nuevo despega,
allá va echando su canto.

Pobre alondra, se atolondra
con el sol del mediodía,
mejor es dormir, decía,
que andar haciendo la ronda.

Bla, bla, bla

El señor Blablá no para de hablar,
y el cielo se nubla de blancas nubes,
la blanda niebla por el valle sube,
se pueblan las ramblas de olor a sal.

La señora Blablá tampoco calla,
tiemblan las tablas de tanta palabra,
hasta se dobla el tallo de la parra.
¡Qué verborrea, blasfema diabla!

Vino la vecina y trajo ensalada,
filetes, puré y otras cosas ricas,
a ver si así al menos, mientras mastican,
callan y tiene la boca cerrada.

Qué silencio hay, no más bla, bla, bla,
comen y comen, y ya no platican,
demos un aplauso a la buena chica,
que al fin consiguió hacerles callar.

Croq-croq-croqueta

Se acercó el gallo a pedir
una co-co-co-cocreta,
con esa genial receta
que preparaban allí.

Díjole una rana así:
«Perdone que me entrometa,
se dice croq-croq-croqueta,
que en la escuela lo aprendí».

El camarero al oír
como aquellos conversaban,
mientras la barra limpiaba,
vino rápido a decir:

«No sé quién tiene razón,
que yo no sé ortografía,
pero coman que se enfría,
y no tiene igual sabor».

El consejo del señor
les pareció pertinente,
y para comer caliente,
dejaron la discusión.

Sabia ella y sabio él,
que la letra es importante,
mas si hay comida delante,
más aún lo es el comer.

Cuando el león cogió la gripe

El león ha caído enfermo,
la gripe cogió esta semana.
«No rujas y guarda reposo»,
le ha recomendado su hermana.

El león, que quiere curarse,
obedece y se queda en cama,
y espera que todos acudan
a ver al rey de la sabana.

Espera pero nadie llega,
qué poco respeto le tienen.
¿Qué harán todos los animales,
que a ver a su jefe no vienen?

Hoy tarde después de la siesta,
viene a visitarle la hiena,
y el león, que se siente solo,
comparte con ella sus penas.

«Ningún animal va a venir
aunque usted les haya invitado,
ya no son capaces de verle
ahora que anda así camuflado».

El león se queda perplejo.
¿Camuflaje los de su especie?
No usa esa clase de cosas
ningún buen león que se precie.

«Me temo que está equivocado,
va usted camuflado, señor,
pues no es sino un león en cama,
es decir, un camaleón».

Pompa

Con jabón y con su trompa,
sin que ni una se le rompa,
hace muy hermosas pompas
el elefante al soplar.

Aunque son pompas ligeras,
son gigantescas esferas,
y una pequeña gacela
a una de ellas fue a parar.

El animal, sorprendido,
dice: «¿Dónde me he metido?
No me gusta estar cautivo
y además no sé volar.

Esta jaula jabonosa,
tiene vistas muy hermosas,
pero soy algo miedosa
y yo me quiero bajar».

Por dentro de la burbuja
la gacela fuerte empuja,
por ver si la pared cruza
y la consigue pinchar.

Pero lo piensa de nuevo,
está ya lejos del suelo,
como se rompa ese huevo,
un buen golpe se va a dar.

Así que ella se relaja,
y en su gran pompa viaja,
allá abajo las jirafas
la saludan al pasar.

Esta es, pues, la historia rara,
de una gacela atrapada,
que voló aun sin tener alas,
quién sabe dónde andará.

Un día

Un día de madrugada,
y tras muchas vueltas dadas,
el perro atrapó su rabo,
y dijo muy indignado:
«Pues esto no sabe a nada».

Juan un día en el jardín,
al quitarse un calcetín,
esperaba oler a queso,
mas sus pies en vez de eso,
vio que olían a jazmín.

Un día de primavera,
a un gusanito de seda,
le sucedió extraña cosa,
en lugar de en mariposa,
se convirtió en una pera.

Un tarde de calor,
el gato desde el sillón,
estando medio dormido,
intentó dar un maullido,
pero sonó un saxofón.

Una noche de verano,
me salió un poema raro,
este que ahora estás leyendo,
pero ya te estás durmiendo,
así que mejor lo acabo.

La lenteja

Conozco yo una lenteja,
que aunque ya es un poco vieja,
cocinarse no se deja,
no hay quien la pueda guisar.

De un guiso con gallineja
y un puchero con almejas,
se libró la muy corneja,
nadie lo pudo evitar.

«Para mí no existen rejas»,
dice subida a una teja,
y aunque esta es misión compleja,
se ha conseguido escapar.

Imparable ella se aleja,
en su empeño nunca ceja,
del cansancio no se queja,
corre y corre sin cesar.

Huye por una calleja,
se esconde en una madeja
de lana de gorda oveja,
y allí se piensa quedar.

Con otra amiga lenteja,
feliz su hazaña festeja,
qué curiosa esta pareja,
nunca vi yo nada igual.

Índice

Página

Cuentos

1 El faraón quiere ir al baño 5
2 El legañosaurio 9
3 Sopa de letras. 13
4 El pirata duplicado 17
5 Historia del relieve 23
6 Los nombres cambiados 29
7 Una mancha de huevo frito 33
8 Cartas 37
9 El rey Migas 41
10 El señor Kópek 45
11 Guadalupa 49
12 Cuentos con calamares 53

13 La mofleta 57
14 Papiroflexia 61
15 Comepipas 65
16 Trabajo de niño 69
17 Una brisa ligera 75
18 Cuestión de talla 81
19 Bajo el charco 85
20 Ovejas 89
22 Renombrar el mundo 93
23 Con la música a otra parte 97
24 Iguales 99
25 El peor trabajo del mundo 105
26 Burbujas y alfileres 109
27 El libertador 113
28 Revuelta en el diccionario 117
29 Historia de un globo 123
30 Papeles al viento 125
31 Gusanos 127
32 El náufrago y el árbol 131
33 Caracola 135
34 El cielo bajo el mar 137
35 La primera naranja 139
36 El niño que lloraba galaxias 143
37 Pan 147
38 Rayos 151
39 Bajar el cielo 153
40 El cielo y el lago 157

41 Hacia atrás 159
42 O no 163
43 Fábula del árbol viajero 165
44 El último billete capicúa 169
45 Uno mismo 173
46 El árbol de los pájaros 175
47 Historia de una montaña 179
48 El gato con una vida 183
49 Don Preciso 187
50 Sin eco 191
51 La cigarra y la hormiga 195
52 Un «trabacuento» 197

Arena 199

Poemas
Magdalena y Medialuna 261
Atardecer 263
Amanecer 264
A la mesa 265
Al escondite 266
Navegante 268
Lluvia 269
De la mano 270
Moda 271
Lección 272

Patatas con nubes 274
Con una flor 275
Nota 276
Medio remedio 277
Caras 278
Huerto 279
Astronomía 280
Cantinela 281
Cometa 282
Instrucciones 283
Caballito 285
Paisaje 287
Entre las hojas 288
Marta frente al mar 289
Misterio 290
A esconder historias 291
Abanico 292
Tres monedas 293
En la funda de un violín 294
Caballito 295
Carrera de nubes 296
A bordo 297
Copo de nieve 298
Fluvial 299
Cartografía 300
El cartero 301
De papel 303

Amigas 305
Divertimento 307
Helados encadenados 308
Calor 309
Bla, bla, bla 310
Croq-croq-croqueta 311
Cuando el león cogió la gripe 313
Pompa 315
Un día 317
La lenteja 319